Coordinado por Carlos G. Gurpegui

De tenebris

Antología de terror hispánico

13

De Tenebris es una antología de relatos de terror cuyas raíces están ligadas a nuestra cultura. Una colección de historias localizadas en diferentes puntos de España que ahondan en nuestras leyendas, ciudades y miedos atávicos. Diez textos que invitan a mirar con otros ojos esos rincones extraños que ya conocemos y que plantan en nuestro interior la semilla de la duda… ¿Qué pasaría si esos "cuentos de vieja" e "historias para no dormir" fueran más reales de lo que pensamos? ¿Pueden acaso esas ensoñaciones provocadas por un paraje natural ser ciertas?

En esta selección de relatos encontrarás diferentes caras del poliédrico rostro de nuestra idiosincrasia y peculiar forma de ver el mundo. Pueblos abandonados, aquelarres en las veredas de nuestros montes, canciones populares mezcladas con rituales extraños y criaturas ocultas a simple vista en lugares turísticos… son solo una pequeña pincelada de lo que encontrarás entre estas páginas. Eso y el deseo irrefrenable de investigar tu ciudad, tu pueblo o tu calle, que también, aunque no lo sepas todavía, pueden esconder terroríficos secretos.

Carlos G. Gurpegui, Eleazar Herrera, Nieves Mories, Mariela González Álvarez, Álvaro Arbonés, Irenea M. Fernández, Inés Alcolea Llopis, Mal Lawless, Guillermo Blázquez, Elena Santiago González

De Tenebris

Antología de terror hispánico

Título original: *De Tenebris. Antología de terror hispánico*
Autores: Carlos G. Gurpegui, Eleazar Herrera, Nieves Mories, Mariela González Álvarez, Álvaro Arbonés, Irenea M. Fernández, Inés Alcolea Llopis, Mal Lawless, Guillermo Blázquez, Elena Santiago González, 2020
Coordinador: Carlos G. Gurpegui

Ilustraciones y cubierta: Ivan Papiol

-

Revisión: 1.0
22.02.2023

PRÓLOGO

Durante las semanas de selección de los relatos que estás a punto de leer, pensé a menudo en qué palabras pondría para comenzar esta antología. ¿Qué poner en un prólogo? ¿Tienen sentido? ¿Los lee alguien? Si no lees nunca este prólogo no te preocupes, todo perdonado.

Si lo lees, supongo que lo idóneo es que te ponga al día de qué es exactamente *De Tenebris*. Lo primero que puedo decir de la antología que he tenido el placer de gestionar es que fue una idea de esas que se te quedan clavadas con garras y dientes en la nuca y te van chupando la sangre cada noche. Un sorbito cada vez que me tumbaba en la cama: ¿y si la temática fuera esta?, ¿y si llamase a tal autora o autor?, ¿estaría alguien interesado en algo así?, ¿tiene siquiera un ápice de novedad? Cuando la idea se convirtió en una pústula del tamaño de mi puño, decidí reventarla con un alfiler, así que cogí el teléfono y contacté con ReaDuck Ediciones con quienes me une una obra editada y una buena amistad.

Y nada, dicho y hecho. La idea se transmitió por teléfono y ya uno podía notar como iba robándoles también una *mijita* de sangre a cada día que pasaba hasta que dieron luz verde. Esa idea ha terminado creciendo, muy bien alimentada con la tinta y sangre de todas las personas implicadas en su proceso y, siento decir, que eso también te incluye a ti que estás leyendo esto.

De Tenebris es una antología de ficción *weird*, en su acepción más amplia, con una base común: España entendida de la manera más amplia y diversa. Entre los relatos que recibimos para hacer la selección encontramos diferentes ideas y conceptos de lo que puede

ser España. Desde la Asturias casi prehistórica hasta un navío de nacionalidad española en aguas extranjeras, todo eso pasando por ciudades, pueblos y leyendas conocidas, y no tan conocidas, de toda la península. Historias de barrios pobres, de pueblos de esos que estamos dejando morir lentamente, pero también de rincones ocultos en las ciudades más importantes de nuestro país.

Todo eso y más llegó a mis manos. Buscaba que la gente escribiera sobre sus hogares, sus barrios y sobre los cuentos de sus abuelas. O acerca de las leyendas locales que aprendieron en el instituto, de esas historias que uno se aprende y luego cuenta cuando pasea por sus ciudades: «Mira, ahí vivía la Susona y ahí colgaron su cabeza» o «Aquí, debajo de este puente, en el pozo de San Lázaro, dicen que hay una extraña estatua», pero también buscábamos esas historias que surgen de los pequeños detalles cotidianos. Ese terror que puede llegar a transmitir algo tan sencillo y castizo como un azulejo… ¿Difícil de imaginar? Esperad a leer una de las historias aquí recogidas. Todo eso, y algo más, lo conseguimos y de esa amplia variedad elegimos cinco relatos que se unirían a los escritos por las cinco autoras y autores invitados.

Podría desgranar aquí en pocas palabras cada uno de los diez relatos seleccionados, pero creo que le quitaría la gracia al asunto, pero basta decir que saben beber de nuestra tierra. Una tierra que, por suerte, cada vez es más común entre los textos que consumimos ya sean en formato escrito, audiovisual o lúdico, pero que todavía está lejos de recibir la atención que debería. Sirva esta antología como pequeña aportación a esa tarea.

Reconozco que el principal aliciente que hizo que se me pegara la idea a la nuca era la intención de arrojar algo de luz sobre nuestra cultura y nuestra forma de escribir ficción *weird*. Mirar a los rincones más oscuros de nuestros pueblos, campos y ciudades y adentrarnos en sus recovecos en busca de esos terrores enraizados en nuestra forma de ser. Encontrar una manera propia de escribir *weird* y creo que esta pequeña selección es una buena muestra de cómo hacerlo.

De Tenebris busca a partes iguales hacer que toda persona que se adentre en sus páginas sienta la fascinación de descubrir algo nuevo, el temblor de pensárselo bien antes de pasar página y, sobre todo, la chispa que lleve a querer sentarse a escribir desde lo más

profundo de su ser.

Carlos Gómez Gurpegui
Madrid, 13 de septiembre de 2020

Callijuelas

Irenea M. Fernández

Cada cierto tiempo, alguna pequeña chispa alteraba la paz en el patio de vecinos y este pasaba de ser territorio neutral a convertirse en el escenario de una batalla campal. Daba la casualidad de que tal fenómeno solía producirse los sábados por la mañana, cuando la mayoría de los niños de las *callijuelas* nos encontrábamos ociosos en mayor o menor medida.

Mis hermanos se colocaban a un lado del pozo y los retoños de María la Porcachona, con sus rodillas llenas de rasponazos y las caras ribeteadas por churretes oscuros, en el contrario. Cada bando cerquita de la puerta de sus respectivas casas, por si había algún herido o por si doña Concha, que ocupaba la tercera de las viviendas, salía con su bastón a darnos para el pelo.

Así nos las gastábamos en nuestra pequeña islita del sur. «La tierra de los dos mares», como la solía llamar mi padre, sobre todo cuando la gorra le salía volando calle abajo entre remolinos de arena salobre de las salinas y pétalos secos de buganvillas que aleteaban desesperados valiéndose de la nueva vida que se les había insuflado: «La *mare* que parió al levante y la *mare* que parió al poniente».

—Tú mantente al margen, Antoñita —dijo mi hermano Rafael mientras me apartaba con el brazo—. Esto es cosa de hombres.

Fruncí el ceño con desagrado. ¿Hombres? ¡Si él ni siquiera había cumplido los once y yo le superaba en edad y envergadura!

—He venido a luchar —le espeté— y traigo munición de la

buena. —Le mostré el interior del pequeño saquito de arpillera en el que solían venir los garbanzos. Estaba lleno hasta arriba de conchas de cañaíllas.

—Está bien, pero si *maíta* nos pilla, le voy a decir que fuiste tú la que no me *hicistes* caso.

La batalla apenas duró unos minutos, pero cuando Rafael, Diego y Juanín la rememoraran el lunes en clase sería tan épica como la de Waterloo. Yo ya no iba al colegio, así que no podría vanagloriarme de mi papel en la lucha. Siendo la mayor de nueve hermanos y con otro en camino, mamá me necesitaba en casa más que en la escuela. Al menos me había dado tiempo a aprender a leer y sumaba y restaba de cabeza mucho mejor que mi madre.

Todos terminamos con algún rasguño, sobre todo los del bando contrario, porque las picudas aristas de las cañaíllas nunca fallaban. Yo, como de costumbre, había salido la mejor parada, más que nada porque era la única que no temía parapetarse pegadita al pozo, donde dormía el Hombre Morado. La mayoría de los niños del patio le tenían miedo, pero yo había acabado por acostumbrarme a su presencia; de hecho, durante las noches calurosas en las que me quedaba afuera hasta bien entrada la madrugada, mientras zurcía los calcetines que llevarían puestos al día siguiente mis hermanos, ponía la silla de enea cerquita y me ponía a cantarle coplillas:

Tiriti-tiriti-titero, que su madre lo ha parío en cueros, y le ha hecho una camisita que no le tapaba ni la barriguita.

No tenía ni idea de si le gustaban, pero nunca me hizo entender lo contrario.

A menudo, los niños del patio nos retábamos para ver quién era capaz de llegar hasta el pozo y asomarse con más de medio cuerpo. Yo había resultado ganadora varias veces. Pero la verdad era que me mostraba tan valiente porque el Hombre Morado no siempre se dejaba ver, y había querido la suerte que solo llegara a vislumbrar aquel cuerpecillo negruzco agazapado entre las sombras apenas una vez en toda mi vida.

—¡Antoñita, hija! —me gritó mamá desde la puerta de la cocina —. Vente *pá'dentro* o te arreo tal zapatillazo que se te van a quitar las ganas de jugar a las batallas. —Obedecí a regañadientes, lo que me costó un tirón de trenzas por parte de mi progenitora, que a esas

alturas ya volvía a lucir la figura de una ballena varada—. Ayuda a tus hermanas a pelar las habas, que a este ritmo no termino yo el guiso de chocos para que le lleves la olla a doña Compasión.

Doña Compasión era una viuda que vivía en una casa enorme de la calle Real. Mamá le llevaba la comida cada día porque a la vieja ya no le sobraban los dineros para tener cocinera, y solo tenía como servicio a mi tía Luisi, la hermana chica de mi madre, que de cocinar sabía entre poco y nada. Así que mi madre le llevaba una ollita con el guiso que tocara ese día y así se ganaba un buen sueldo.

Mis hermanas estaban desperdigadas por la cocina. Manolita y Teresa pegadas al fogón y a las faldas de mi madre, con un puñado de vainas vacías en el regazo; Carmen junto a la mesa, comiéndose las habas crudas, y Estrella, que solo tenía dos añitos, molestando al bebé Paquito, que descansaba en su cuna de madera.

—Hemos ganado —le susurré a Manolita al sentarme junto a ella. Mi hermana me sonrió, mostrando sus enormes paletas separadas, y manifestó su entusiasmo abriendo mucho los ojos, también separados y cubiertos por unas gruesas gafas. Para poder pagarlas, papá había tenido que aceptar un tercer trabajo, y por lo tanto eran las culpables de que ahora le viéramos todavía menos el pelo por casa.

De todos mis hermanos, Manolita era sin lugar a dudas mi preferida. Ella veía las cosas de un modo diferente; más simple, pero al mismo tiempo más rico en detalles. A veces se quedaba pasmada en mitad de sus tareas y, pese a que los demás pensaban que estaba cazando moscas, yo sabía que lo que hacía era darle vueltas a esa cabecita suya. ¡Anda que no era lista, la *joía*!

Además, siempre sabía cómo hacerme reír y me colmaba de besos y abrazos cuando más los necesitaba. La pobre mía había estado muy malita de pequeña y a veces pasaba los días en cama porque amanecía debilucha. Mamá contaba que, la noche que Manolita nació, la tuvo que esconder bajo la cama porque la Dama Buitre quiso venir a llevársela. Afortunadamente se quedó con nosotros y no nos la cambiaron por un cochino ni un gallo, como suelen hacer algunos padres que no quieren a sus bebés y se los ofrecen a la carroñera como intercambio. La Dama Buitre era una segadora de almas, pero siempre solía dejar algo a cambio.

—Antoñita, por favor, dile a la tata Juana que se deje ya de tanto suspiro. Que no la veo, pero no paro de escucharla y me desconcentra —soltó mamá, exasperada.

Me asomé a la otra habitación de la casa, en la que dormíamos todos, y vi a la tata de mi madre sentada en la butaquita de la esquina, con las manos entrelazadas y los pies muy juntos; exactamente en la misma postura en la que se ponía cuando estaba viva. La tata no había tenido hijos y, cada vez que mi madre estaba en estado de buena esperanza, que venía a ser casi siempre durante los últimos trece años, ella se sentaba en su rinconcito y se dedicaba a suspirar contrariada. Dicen que las viejas costumbres nunca mueren y debe ser verdad, porque la tata siguió haciéndolo incluso después de que la enterráramos hace ya tres inviernos.

—¡Chist! —exclamé enfatizando mi petición con un dedo sobre mis labios—. ¡Tata, para ya! Que mamá no atina con los chícharos y los chocos.

Una vez que los suspiros cesaron y gracias al apoyo de mis ágiles manos, el guiso estuvo listo en una media hora, así que cogí la cazuela y me encaminé calle arriba para llevárselo sin demora a la vieja, que de compasiva solo tenía el nombre.

—Ya era hora —dijo Luisi al abrirme el portón—. Lleva veinte minutos rezongando que tiene hambre.

—Aquí tienes. —Le pasé con cuidado la olla, que tenía agarrada con un paño—. Si te apuras se lo sirves calentito.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué bien huele! Aquí hay suficiente para comerme un buen plato, incluso aunque doña Compasión repita.

—¿Y repite plato con lo seca que está?

—No te puedes imaginar cómo jama —susurró—. Y después se come un pero o una naranja de las gordas.

—¡La Virgen!

—¡Niña! No blasfemes —me regañó mi tía.

—¡Pero si no he dicho *ná*! —Estaba empezando a ser consciente de que había entrado en una edad en la que ya no te hacen las concesiones que se le hacen a los niños, pero los adultos tampoco te permiten tratarles como a iguales, así que opté por callarme mis reproches—. Bueno, ¿tienes lo mío?

—Toma —contestó mientras sacaba un bulto de debajo del

delantal y me lo entregaba tras mirar sobre su hombro que no hubiera nadie espiando—, pero *cuidaíto* con doblar ninguna página.

—¡Qué no, tita! Que yo siempre los trato con mucho *cuidao*.

—Eso espero. Venga tira, que ya la tengo sentada a la mesa.

Luisi me cerró la puerta en las narices, y yo me dispuse a desandar el camino hasta mi casa, pero antes eché un vistazo al tesoro encuadernado en piel que tenía entre las manos. *La Regenta*, leí en el lomo y, frunciendo el ceño, empecé a imaginar de qué podía tratar. Ya estaba llegando a la esquina de la Iglesia del Carmen cuando adiviné a lo lejos la figura del mayor de los Chamorro. Alto, delgado como un junco y guapo a rabiar el muy condenado.

—Muy buenas, Antoñita —saludó situándose a mi lado mientras doblábamos la misma esquina desde direcciones opuestas—, ¿qué traes ahí?

—Pues un libro, ¿no lo ves?

—Bueno, no soy tan cazurro. Lo que quería saber es de qué libro se trata. —Me lo arrebató de las manos con una velocidad pasmosa —. ¡Vaya! Creo que eres demasiado niña para este.

—¡Devuélvemelo! —Se lo quité con malos modos—. Que me lo han prestado y lo vas a estropear. Y para que lo sepas, ya tengo doce años. Entraré a servir en cuanto mis hermanas sean capaces de ayudar a mi madre en casa.

—Oye, no te lo tomes a malas. Yo solo lo digo porque no creo que te vaya a gustar. —Ambos guardamos silencio durante un rato, mientras bajábamos la calle empedrada. Le eché una mirada con disimulo. Llevaba las manos dentro de los bolsillos y la mirada azul pegada al suelo.

—¿Y tú de dónde vienes a estas horas?

—Vengo de ayudar a mi tío en las salinas y me voy ahora para la huerta. —Yo sabía que su padre había muerto hacía poco y que él también había dejado la escuela, así que sentí un pellizquito en el estómago por la pena, a pesar de que él parecía tomarse los avatares de su vida con buen humor. Se llamaba Antonio y, como yo, era el hijo mayor de su casa; así que inevitablemente achacaba lo que me hacía sentir, aunque solo fueran los primeros anhelos de una niña, a un designio del destino.

—Pues este no es el camino…

—Ya lo sé, pero te he visto y no quería que bajaras sola. A ver si va a salir el Carmelo y te va a dar un susto. —Carmelo era un vecino de la calle que andaba corto de luces, pero sobrado de mala leche. Los niños solían burlarse de él, hasta que un día se cargó a uno de una pedrada. Desde entonces, si lo veíamos salir, corríamos todos escopeteados para nuestras casas.

—Pues gracias. —Me sonrojé.

—Por cierto, yo tengo algunos libros. Pocos y casi todos de aventuras, pero te los prestaría encantado. Y así no tienes que coger de extranjis los de doña Compasión, que como se entere os la va a armar a ti y a tu tía Luisi.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque esa encuadernación cuesta mucho más de dos perras, y nadie de por aquí se gastaría tanto en un libro.

—Pues… gracias —repetí con cara de boba.

—Bueno, ya hemos llegado a tu casa. Me voy corriendo que no quiero ganarme una bronca. ¡Nos vemos, Antoñita! —Saludó con la mano mientras corría calle abajo. Yo me giré para entrar y vi la cara de mi padre, que me observaba muy serio desde la ventada de la cocina.

—No quiero que se convierta en costumbre el tener rondando por aquí al chavea ese —me espetó papá como saludo, sin moverse del quicio de la ventana.

—Me lo he encontrado por casualidad mientras volvía de llevarle la comida a doña Compasión.

—Eso espero, que todavía eres *mu* chica. —Pegó una larga calada al cigarro que sujetaba entre los dedos que aún permanecían intactos.

Papá era, entre los otros muchos trabajos que aceptaba para dar de comer a un cada vez mayor número de bocas, carpintero y algunas de sus falanges se habían quedado tiradas sobre el suelo cubierto de serrín tras toparse con la implacable dentellada de la aserradora.

—Venga, Antoñita, vete a avisar a tus hermanos, que ya vamos a comer —cortó mamá, metiendo el cucharón en la olla.

Juanín estaba sentado a la mesa, esperando su ración. Teresa, Carmen y Estrella jugaban en el suelo de la sala con Paquito, al que cogí en brazos mientras las mandaba al comedor. Ya afuera, les

pegué un grito a Rafael y Diego, que bailaban una peonza junto a las macetas de planta del dinero que mamá había colocado por allí con esperanza y pocos resultados.

—¿Dónde está Manolita? —pregunté a mis hermanos cuando pasaron por mi lado.

—Está ahí detrás, en el huerto, dándole de comer a los gatos —contestó el mayor.

—Pues toma. —Le pasé a Paquito como si fuera un fardo—. Lavaos las manos en el barreño antes de sentaros a comer.

En la parte de atrás de la casa teníamos gallinas y tomateras, pimientos que crecían por encima de sus posibilidades hasta alimentar a todos los habitantes del patio y algunos árboles frutales. Manolita, que estaba arrodillada de espaldas al caminito, acariciaba al gato que sujetaba entre las manos.

—Venga, gordita, que ya está mamá sirviendo las papas —le dije mientras me agachaba junto a ella y le plantaba un sonoro beso justo en la línea de piel que quedaba al descubierto entre las trenzas y que estaba caliente por el sol, pero ella ni se inmutó—. ¿Qué miras ahí pasmada?

—Lo miro a él —susurró.

—¿A quién? —La garganta se me había quedado tan seca que incluso a las palabras les costó salir. Esperé temerosa la respuesta durante unos segundos que parecieron horas.

—Al Hombre Morado. —Manolita señaló con el dedo y yo seguí la dirección con la vista muy lentamente—. Se ha salido del pozo y está agachado debajo de la higuera.

Y tenía razón. Allí estaba, acuclillado de una manera poco natural sobre las extremidades oscuras y purulentas, con los ojos de color amarillo brillante fijos en nosotras.

—Manolita —dije poniéndome de pie de un salto e interponiéndome entre mi hermana y la trayectoria de aquella mirada hambrienta—, tira corriendo para la casa.

—Me ha dicho que tengamos cuidado, que la Dama Buitre viene en camino.

—Ese no te ha podido decir nada. Se le cayó la lengua hace mucho.

—Lo ha dicho sin voz… pero yo lo he oído.

—Manolita, no te lo repito más, ¡tira para la casa!

La niña encauzó el camino con toda la velocidad que le permitieron sus piernecitas canijas y patizambas. Yo aproveché para lanzar una última mirada al vecino más antiguo del patio, aquel que moraba en las pesadillas de los niños.

—¡A mis hermanos ni mirarlos! —grité enfurecida—. O se te acabaron las coplillas a medianoche… ¡que a mí no me das ningún miedo! Y traigo al padre Gonzalo a bendecir el agua del pozo y te vas a tener que ir a molestar a otros.

Con las manos temblorosas y sintiéndome mucho menos valiente de lo que había querido parecer, salí pitando de allí en busca de la seguridad del hogar y de mi familia.

***

Todavía era bastante temprano cuando el penetrante olor a barniz me despertó, haciendo que me picara la nariz y se me hiciera trabajoso el respirar.

—¿Qué estás haciendo? —le solté de malos modos a mi madre mientras me desperezaba. Una pregunta bastante estúpida, teniendo en cuenta que esta tenía una brocha en la mano y una cuna de madera de pino natural frente a ella.

—La ha hecho tu padre —contestó con una amplia sonrisa en el rostro—. Dice que la de Paquito está ya muy vieja porque habéis pasado todos por ella. Pero la ha traído en bruto y he pensado darle una capita de barniz antes de que este granujilla decida salir. —Se acarició la barriga, que parecía tensa hasta el punto de poder reventar en cualquier momento.

—¿Y por qué no lo has hecho afuera? Apesta.

—Pues porque no me apetecía estar sola en el patio tan temprano.

—¿A ti también te da miedo?

—¿Quién?

—El Hombre Morado.

—¡Anda ya, Antonia! ¿Cómo me va a dar miedo si lleva allí desde antes de que yo naciera y nunca le ha hecho daño a nadie? —Pero la cara se le había puesto blanca encalada. A veces pensamos que nuestros padres, por ser adultos, no sienten miedos y anhelos como los nuestros; pero lo cierto era que mamá apenas tenía treinta

años y, aunque era capaz de llevar adelante una familia con nueve hijos y un décimo en camino, se cagaba de miedo cada vez que le mencionábamos a la criatura que vivía en el pozo, y por eso me dejaba remendando agujeros allí sola cada noche.

—Pues sácala que yo te ayudo a terminar —le dije haciéndome la tonta—. No vaya a ser que los envenenes a todos con esta peste.

Era domingo, y por lo tanto tocaba la peliaguda tarea de darle el baño semanal a los niños, ya que el resto de días nos lavábamos por provincias. Para ello los metíamos de dos en dos, tres si eran de los más pequeños, en el barreño grande, y yo acarreaba como una mula cubos de agua desde el pozo a la cocina para volcarla en el puchero grande y calentarla en el fogón.

Mis hermanos y yo nos engalanamos para ir con papá a misa en el Carmen, pero mamá prefirió quedarse en casa con Paquito. El embarazo le pesaba y se sentía fatigada demasiado a menudo. Desde el butacón de la esquina, la tata nos hacía partícipes a todos de su disgusto con sonoros suspiros, y mi madre ponía los ojos en blanco, resignada.

Tras la eucaristía, nos quedamos jugando durante un buen rato en la plazoleta, hasta que papá nos mandó de regreso calle abajo y se quedó con sus compadres en la tasquita, chateando.

—Haz el favor, Antoñita, y llévatelos de vuelta sin perder a ninguno —me dijo al tiempo que colocaba una moneda en mi mano como premio y me guiñaba el ojo con ese cariño especial que yo, como primogénita, sabía que me pertenecía.

Al llegar a casa les hice quitarse a todos sus abriguitos de domingo y los zapatos, que brillaban mucho menos que cuando salieron, antes de cruzar el umbral de la cocina. Y justo entonces, al ver el perol de papas en alcauciles sofriendo sin ningún control, supe que algo no iba bien. Mamá estaba tirada en el suelo de la sala, con la falda teñida de carmesí y el pelo empapado en sudor.

—Antoñita, ayúdame a llegar a la cama. —Me alargaba una mano temblorosa y yo corrí a agarrársela, pero necesité de la colaboración de mi hermano Rafael para poder levantarla y dejarla en el colchón—. Que este viene complicado.

No era la primera vez que ayudaba a parir a mamá, pero esta vez se sentía diferente, como cuando miras a través de una lente sucia o se te cuela una nube en el ojo. Ella estaba más aletargada y

blanquecina que otras veces, y podía sentir la intranquilidad en el paladar; un regusto amargo imposible de tragar.

—Rafael, llévate a los niños a casa de la tita Angustias —le ordené— y luego te vuelves corriendo.

—¿Me llevo al Paquito?

—No, déjalo que está muy tranquilo en su cuna. Manolita, tú te quedas aquí con mamá mientras yo aviso a papá y a la partera. Si ves que la cosa se pone fea, avisas a la Porcachona.

Apagué el fuego, que empezaba a oler a cebolla quemada, y salí corriendo calle arriba. Los zapatos de charol me apretaban y resbalaban contra los cantos *pelúos* de la calle, pero aun así no aminoré el paso ni un poquito.

Al verme entrar en la tasca sudando y sin resuello, papá supo enseguida que algo raro pasaba.

—¿Es por tu madre? —me preguntó. Yo asentí, muda por el susto y la carrera—. Julián, hazme el favor de dejar a mi Antoñita usar el teléfono. —Sacó un papel arrugado y con números garabateados del monedero y me lo pasó—. Dale las señas de casa, aunque ella ya sabe dónde es y además vive cerquita. Me voy corriendo con tu madre.

Atravesé la barra pasando agachada por el portillo, sujeté el auricular, que estaba tan pringoso que se me quedaba adherido a la mano, y marqué los números deseando que la rueda del teléfono no tardara tanto en girar y en regresar de nuevo al cero.

—No te preocupes, chiquilla —me dijo Julián tras darle las gracias y colgar el teléfono cuando me vio la cara desencajada—. Que tu madre es ya veterana en estas lides.

Salí de allí un poco mareada a causa de la espesa nube de humo y del desagradable aroma a cerveza rancia. Intenté correr, pero cojeaba a causa de las rozaduras que aquellos zapatos de muñeca me habían hecho; ya notaba las bojas hinchándose de líquido. Así que no me quedó más remedio que desandar el camino a paso cada vez más lento y renqueante.

Ya había enfilado mi calle cuando un fuerte ruido quebró la tranquilidad imperante, dejándome helada en el sitio. Un viejo ciclomotor salió de repente de una cochera y se abalanzó sobre mí. El conductor intentó esquivarme con desagradables resultados, ya que acabó pegando un jardazo contra el suelo, motillo incluida. Yo

atiné a dar un salto hacia atrás a pesar del susto, con tan mala suerte que resbalé y caí de espaldas, golpeándome la cabeza con el empedrado.

Creo que cerré los ojos en algún momento a causa del dolor y que me olvidé de abrirlos. Permanecí allí tirada, ajena a cuanto pasaba a mi alrededor, presa de una modorra placentera que ni siquiera sé si duró veinte segundos o veinte minutos, hasta que unos brazos fuertes me agarraron de la chaqueta de lana, poniéndome en pie y zarandeándome de forma poco amistosa. Me vi obligada a salir a trompicones de mi sopor, volviendo a sentir de nuevo, y con renovadas fuerzas, el dolor punzante en la parte trasera de la cabeza que me había dejado inconsciente en un primer momento.

—¡Mira lo que le has hecho a mi moto, estúpida! —El Carmelo acompañaba cada palabra de una sacudida. Aquel gigantón, el terror de las *callijuelas*, estaba haciendo gala de su fama de pendenciero y yo no era capaz de imaginarme qué habría hecho en mi corta vida para tener la mala suerte de cruzarme en su camino de aquella manera. Justo en ese momento. Justo aquel día.

—Ha sido… ha sido sin querer —confesé con el poco aliento que era capaz de generar.

Me soltó tan de sopetón que casi caí de culo. Aproveché para resoplar y palparme el bulto de la mollera, que tenía el tamaño de un huevo, pero que no parecía sangrar. Me lo estaba tomando con calma, pues era tan ingenua que me creía a salvo tras mi escueta defensa. Fue entonces cuando lo vi ir directo hacia el garaje y volver hacia mí con una palanca de hierro en la mano.

No quise quedarme a comprobar si el cometido de aquella barra era el de levantar el ciclomotor del suelo, así que salí escopeteada calle abajo como alma que lleva el diablo, a pesar de los pies doloridos y la cabeza que aún seguía en su propia órbita.

Por el ruido a mi espalda, supe con seguridad que Carmelo me seguía, pero no quise girarme para comprobarlo. Gracias a la ventaja que había conseguido tomar a pesar de mis achaques, llegué al amplio portalón del patio de vecinos, que se encontraba abierto de par en par. Una vez dentro me dispuse a pegarle una voz a mi padre, pero una manaza enorme y apestosa me cubrió la cara, mientras me intentaba agarrar con el brazo que aún portaba la palanca. Pataleé y mordí hasta que ambos caímos al suelo y pude

escabullirme, gateando por el cemento como cuando hacía carreras de caracoles con mis hermanos.

Carmelo necesitó apoyarse en el reborde del pozo para ponerse en pie. Me giré para mirarlo desde el suelo y casi me oriné encima del miedo que tenía. Su cara estaba negra de *colorá* y era capaz de sentir cómo llegaban hasta mí las punzadas del fuego de su ira. Me había resignado a morir allí, a tan solo unos pasos de mi casa, con aquella palanca quebrándome la cabeza, tal y como hacíamos en ese mismo lugar con las cáscaras de las nueces cuando se acercaba la Romería del Cerro. De repente, una extremidad morada y húmeda surgió de la oscuridad del pozo, asiendo con fuerza el brazo de Carmelo. Después surgieron otras dos nuevas garras, que ahogaron sus gritos y lo agarraron del pecho hasta hacerle perder el equilibrio; una nueva extremidad putrefacta le rodeó el cuello y, tras unos segundos de forcejeo, se oyó un desagradable crujido y ambas figuras acabaron precipitándose sin remedio por aquel orificio oscuro.

Se oyó un fuerte chapoteo. Y luego nada. Silencio.

Entonces respiré aliviada.

Tuve que esperar unos segundos hasta ser capaz de ponerme en pie. Mi corazón había estado latiendo a tal velocidad que tenía el pecho dolorido y, ahora que se había calmado, el cuerpo se me había vuelto pesado y torpe. Cuando lo conseguí, avancé a trompicones hasta la boca del pozo y me armé de valor para mirar al interior. Había un cuerpo flotando bocabajo, y pude reconocer las prendas de Carmelo. Junto a él, unos ojillos ambarinos brillaban desde la oscuridad.

—Gracias —susurré.

«No gracias», respondió una voz en mi cabeza. «La Dama Buitre está aquí».

En ese momento escuché un llanto. Un llanto de bebé.

Corrí hacia el interior de la casa y, al llegar, me encontré con una sala abarrotada. Mi hermano Rafael estaba sentado en el suelo, con la cara escondida entre las manos; papá de pie junto a la puerta, con Paquito esmorecido de llanto en sus brazos. Había sido mi hermano pequeño el que había proferido aquel alarido. María la Porcachona iba y venía de la cocina cargada de trapos y la comadrona estaba junto a la cama en la que mi madre se

encontraba sentada, con un bebé enorme y gordo en los brazos.

—Antoñita —dijo mamá sorprendida al verme llegar—, ven a conocer a tu hermana.

Miré una a una las caras que me rodeaban. Todos parecían aliviados y contentos, así que yo por fin pude soltar el aliento que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Me acerqué a ellas y examiné a la pequeña. Parecía sana en exceso, como si no acabara de pasar por el trance del nacimiento: regordeta, rosada y con los ojos de color claro muy abiertos.

—¿Tú estás bien? —le pregunté a mi madre con la voz temblando de miedo.

—Cansada y dolorida. A esta ha costado sacarla.

—Estaba equivocado entonces…

—¿Quién estaba equivocado?

—No importa. —Me sentía feliz. Un indescriptible calorcillo me corría por las venas, borrando de un plumazo la angustia de los últimos minutos. Rocé con el dedo el bracito rechoncho de mi nueva hermana y se me saltaron las lágrimas. Papá se me acercó por detrás y me puso la mano libre sobre el hombro; me giré para mirarle y vi que a él también se le había escapado alguna lagrimilla. Un hombre peculiar mi padre. Nadie diría que se trataba de su décimo vástago—. ¿Dónde está Manolita? —pregunté mirando por la habitación.

—Salió a avisar a María antes de que llegara tu padre —respondió mamá—. ¡Pobrecita mía! Estaba bastante asustada.

—Yo no la he visto —dijo papá—, debe de andar por el patio.

—No. En el patio no está —les informé muy seria.

—Pues entonces debe de estar en el huerto. Vete a buscarla y deja descansar a tu madre, anda.

Una extraña sensación fue tomando forma, enraizándose en la boca de mi estómago y estrujándome desde dentro con tentáculos y espinas. Me deshice de los zapatos y corrí hacia la parte posterior de la casa, con el corazón de nuevo a punto de escapárseme del pecho.

Primero vi al gato, limpiándose las patitas al sol. Después las gruesas gafas, con los cristales resquebrajados contra el suelo. Y finalmente a mi hermana. Un cuerpecito exánime enredado en las tomateras.

Me dejé caer de rodillas y desgañité el grito que se había cuajado en mis entrañas. Lloré durante horas, durante semanas… desde aquel aciago día en el que perdí a mi Manolita, se instaló en mí una tristeza imborrable, a la que no hicieron desaparecer ni los años ni la llegada de mis propios hijos.

La Dama Buitre había hecho su intercambio. Una hermana por otra.

Dalia Saavedra

Elena Santiago González

Cuando sus tatarabuelos huyeron a aquel pueblo, no debieron pensar que podría haber algo peor que la guerra de la que huían. Dalia había contado con la estúpida superstición de pueblerinos que se habían negado a avanzar con el resto de la sociedad, encerrados en aquel pequeño hueco entre bosques y montañas. Su madre había padecido la ignorancia de sus pequeñas y retorcidas mentes, dejándole una herida que no cicatrizaría jamás. En su compasión, y quizá en su arrogancia, quiso llevar un rayo de lucidez a aquel estúpido pueblucho para dar sosiego al espíritu de su madre antes de que partiera. Temía que no le quedara mucho para hacerlo.

La imagen que siempre había tenido de su madre, Alisa, incluso de pequeña, era la de una mujer muy delgada y nerviosa sin motivo, dando bruscos respingos cuando un sonido inesperado rompía la monotonía de su día a día. Su afilada mirada siempre buscaba un peligro que solo ella veía, sus manos temblaban de forma constante, provocando que tareas cotidianas supusieran un riesgo innecesario. Desde sus primeros recuerdos, su madre había tenido rastros blancos en su cabello y este se había vuelto gris mucho antes que el de otras madres. También hacía cosas raras. En una ocasión, cuando iba a comerse una manzana, encontró un gusano en ella. Chilló, lanzó la manzana por la ventana y permanecieron encerradas en casa una semana. No volvió a comprar manzanas nunca más. Aquella semana no dejó de murmurar, aterrada, que iban a ir a por ellas. Que no debían tocar

los gusanos o irían a por ellas…

Sin entender muy bien qué significaba, ya desde muy niña, sabía que su madre estaba enferma. No por una enfermedad común, no por una que pudiera curarse fácilmente. Quizá no por una que los médicos supieran tratar, al menos todavía. Fue por eso por lo que decidió estudiar medicina, pues quería a su madre y quería ayudarla. Su deseo infantil la introdujo poco a poco en los misterios de la ciencia, de las verdades medibles y replicables, de aquello que solo podía tener cabida a través de los caminos de la razón más estricta. Lo que no sabía, en parte porque cuando su madre decidió hablarle de su pasado fue bastante escueta, es que la búsqueda del conocimiento terrenal no era ajena a su sangre. Su tatarabuelo, José Saavedra, fue hombre culto, defensor de que el conocimiento iba de la mano de la libertad, y que esta solo podía darse si era una libertad que alcanzara a todo espectro de la humanidad. Su esposa, Mar, fue mujer de mente preclara y audacia poco esperada para la época que la vio crecer. Ambos tuvieron la fortuna de nacer en un momento de cambios del paradigma social, de deposición de una arcaica monarquía y búsqueda de derechos. Por desgracia, aquello no duró mucho. Una guerra partió el país en dos, una guerra cainita que destrozó las esperanzas en un futuro de tolerancia y entendimiento mutuo, cambiándolas por miedo, hambre, obediencia ciega y persecución. Todo en nombre de una patria imaginaria, ruda, estricta y ciega al dolor de sus habitantes. Mientras que en unas pecheras los galardones relucían, en los pantanos el agua se tiñó de sangre.

Fueron represaliados aquellos que renunciaban a las costumbres más antiguas en nombre de la razón y el avance, siendo indultados únicamente aquellos que se plegaban al nuevo mandatario impuesto. Queriendo evitar una muerte injusta y prematura, huyeron. Con lo justo encima y con la idea de salvar sobre todo a Enrique y Alba, sus criaturas, se encontraron con el contratiempo de dar con las fronteras cerradas. Al final no les quedó otro remedio que buscar el rincón más perdido y escondido que fueran capaces de hallar, pasando penurias entre montañas excesivamente verdes y parajes muy húmedos. Dieron con el pueblo de casualidad. No sabrían decir por qué hueco entre las montañas se metieron, qué loma resbaladiza atravesaron o qué parte del río cruzaron, pero

cuando tropezaron con las casas bajas durante una tarde de lluvia intensa pensaron que habían dado con un milagro y un nuevo comienzo. Nadie los conocía, la gente que vivía allí parecía desconocer qué pasaba más allá de los límites de sus tierras. Algo extraño, pero eso era exactamente lo que necesitaban. Nadie les iba a denunciar, no parecía que por allí pasaran responsables del gobierno central, policía ni soldados. Su vida no acabaría bajo trabajos forzados o en la otra punta de un fusil.

La esperanza no tardó en convertirse en pesadilla. Aquella gente era terriblemente cerrada y analfabeta. No querían ni oír hablar de ciencia, de razón o de avance. Querían seguir sus vidas con tranquilidad, alejados de las zonas más profundas de los bosques que, sin duda, eran aquellas que terminaban en los caminos que conducían a la civilización. Aunque ellos pensaban que allí se ocultaba algo bastante diferente.

No les negaron un hogar ni una forma de ganarse la vida, aunque no les hacía especial gracia tenerlos por allí. Si no se hubiera considerado una pura crueldad soltar a alguien para que se perdiese entre la maraña de árboles, los hubieran expulsado sin dudar. Pero si Dios había tenido a bien señalarles el camino a su hogar, algún motivo tendría. Además, tenían un niño y una niña con ellos. Eso no impidió que hubiera quien rumoreara que, en realidad, los pasos de esa familia los guiaba el Diablo.

Se les impuso una regla muy clara. No debían ir más allá de las fronteras del pueblo. La única explicación que les dieron es que había algo ahí fuera, algo a lo que era mejor no provocar. Nunca se les asignó algunas de las tareas que implicaban adentrarse más en el bosque, relacionadas con la caza y la recolección de algunas materias para la consumición o la construcción. Estas solo eran otorgadas a los más valientes y dignos de confianza de aquella población. Se rezaba a su marcha y se celebraba a su vuelta. Había un período del año, al que llamaban «el tiempo de los gusanos», en el que la gente se encerraba en sus casas y no salía hasta que terminaba. Para la familia Saavedra, todo aquello era poco más que una tortura, pero eran conscientes de que no era la peor a la que podrían verse expuestos. Se amoldaron a las costumbres y a la soledad familiar, pues el resto de habitantes apenas hablaban con ellos. Trabajaban duro para evitar una acusación de pereza que

podría provocar que el ostracismo se transformara en hambruna.

Aguantaron años y años hasta que el pequeño Enrique creció e hizo preguntas. Allí odiaban las preguntas. Sabían lo que sabían porque sus antepasados decidieron que era mejor tener extremo cuidado con lo que había más allá, y que no debían alejarse demasiado del pueblo. Esa respuesta no servía de mucho a Enrique que quiso resolver aquellas incógnitas. Al final, en un furioso impulso, se internó en lo más prohibido de los bosques. Eligió el tiempo de los gusanos, queriendo desmontar las patrañas desde su misma raíz. El mismo día que colocaron los adornos que espantarían a todo mal que tratase de acercarse a sus casas, él se marchó. Nunca regresó.

Su familia, preocupada, quiso formar una batida para rescatarle. Nadie se prestó a ayudarlos, diciendo que lo tenían bien merecido por desobedecer a Dios. Al final, ante la frustración de chocarse contra un muro de ignorancia, José se internó por su cuenta para rescatar a su hijo. Nunca más se supo de él.

La pequeña Alba no tuvo más remedio que agachar la cabeza y casarse con quien el pueblo decidió que debía hacerlo. Las mujeres *debían* casarse y tener hijos, o la pequeña población no sobreviviría. Mantuvo su apellido, al igual que sus hijos después de ella, pues las futuras generaciones debían saber que los Saavedra habían roto el mayor tabú de su comunidad y no eran gente de confianza. Pagarían su deuda con ellos durante años, hasta que fuera Dios quien los perdonara, aunque no pudieran saber nunca si lo había hecho o no. Y así fue como la familia Saavedra jamás se integraría en aquella prisión de árboles y lluvia.

***

Dalia no supo que la curiosidad y la rebelión de Enrique lo condenaron, y no entendía que su madre se opusiera a que tratara de desentrañar los misterios del mundo para exponerlos al alcance de todos. Decía, con su voz de pajarillo inquieto, que había lugares a los que la ciencia no debía asomarse. Secretos que debían dejarse tranquilos, pues había matices de la realidad demasiado horribles como para que la mente humana los enfrentase. Dalia insistía, pues quería que su madre pudiera estar bien, que fuera feliz. Su madre

decía que ella era la única de la familia que podía alcanzar la felicidad, que no hiciera más preguntas. Que disfrutara del regalo que se le hizo. ¿Qué regalo? Su madre tardó mucho tiempo en explicárselo, tal vez demasiado.

***

Otra madre se consumió de tristeza. Mar aguantó como pudo sus últimos y penosos años de existencia, queriendo que su hija y sus nietos tuvieran algún punto de anclaje frente a la locura de aquel pueblecito que se había convertido en todo su mundo. Su amor y su niño se habían marchado para no regresar jamás, pero aún le quedaba una luz, pura y cristalina, que se estaba enturbiando por momentos. El marido que le impusieron a Alba, Kado, era un pobre diablo, amargado y en conflicto consigo mismo, que pagaba sus penurias con su hija. Nacieron dos criaturas: Laro, el mayor, y la pequeña Izara. Mar sintió que la historia se repetiría e intentó ayudar a su hija y a sus nietos en la medida que le fue posible, pero una mala pulmonía se la llevó un ominoso invierno. Después, Alba tuvo que arreglárselas sola con aquel hombre estúpido. Muchas veces rezaba para que la misma enfermedad que le arrebató a su madre se lo llevara a él también. Bastante tenía que soportar ya con los comentarios y las miradas del resto de vecinos. Los silencios, las espaldas, las zancadillas, las burlas soterradas… Al final, fruto del matrimonio, a la mala reputación de Kado se unió la inquina a la familia Saavedra. El hombre no soportaba tampoco el hecho de que su apellido se perdiera en sus hijos. Procuraba desquitarse con Alba todo lo a menudo que era capaz. No se preocupó de sus vástagos salvo para inculcarle a Laro los valores que él consideraba adecuados. A Izara la despreciaba: tenía muy claro que iba a casarla con el mejor postor en cuanto tuviera la edad para hacerlo.

Laro creció siendo depositario de la misma rabia y estupidez que su padre. No fue capaz de establecer una relación sana con su madre, con independencia del amor y el cuidado con el que siempre le trató. A pesar de lo que arriesgaba siempre por protegerlo de su padre, eran incapaces de huir nunca de él. El pueblo no permitía escapatoria. Nunca pudo tener ni una amistad, ni un compañero. Asumió que, aunque el ejecutor de sus penurias era su padre, la

culpa era de su madre por no haber sabido protegerlo. No pensó tampoco que, quizá, los habitantes del pueblo habían organizado aquella trampa mortal en torno a su apellido. La relación con su hermana Izara era también dispersa y extraña. Compartían las mismas situaciones, el mismo conocimiento de lo que sucedía en su familia, la misma soledad ante el mundo fuera de las paredes de su casa. Se comprendían como nadie más podría llegar a comprenderlos nunca, pero ella era también una mujer Saavedra. Más tarde o más temprano le fallaría. También tenía muy interiorizarlo, sin ser consciente de ello, que siempre despreciaría a aquellos a los que quisiese. Tampoco fue capaz nunca de albergar el más mínimo aprecio por sí mismo, aunque su arrogancia pareciera sugerir justo todo lo contrario.

Izara nació triste y resignada. Aprendió con rapidez a agachar la cabeza, a someterse a su padre para evitar que su madre y ella sufrieran la parte más dura de las iras de su progenitor. La niña reaccionaba como si no tuviera sangre en las venas, aunque muchas veces esta le hervía por la injusticia y la impotencia. Durante un tiempo, su madre y su hermano fueron su refugio, su esperanza durante las horas en las que su padre no estaba en casa. Su pequeña alegría era pensar que, a pesar de todo el sufrimiento, había algo de amor en aquella casa. Darse cuenta de que su hermano se estaba transmutando poco a poco en una versión joven de su padre fue devastador. Comprender que debía apartarse de él antes de que le hiciera un daño real fue una tarea que le llevó mucho tiempo y esfuerzo. En los escasos momentos en los que se podía permitir parar de trabajar y mirar el paisaje que rodeaba su triste casa, soñaba con internarse entre la tupida arboleda y afrontar lo que fuera que ocultara entre sus siniestras sombras. En el pasado, cometer ese tabú había supuesto una mancha indeleble al nombre de su familia, por no mencionar unas muertes innecesarias y, seguramente, espantosas. Ella pensaba que lo que había más allá no podía ser tan malo como lo que le tocaba vivir todos los días de su vida.

***

Dalia a veces lo pensaba también. Debía estudiar y cuidar de su

madre, cuyo estado se degradaba más y más cada día. Había quien le había sugerido internarla en algún lugar donde no le molestara, puesto que en el fondo no era su especialidad. Ella no estaba tan segura y tenía claro que no encerraría a su madre en vida. Además, en realidad, no molestaba. Cada vez hacía menos ruido. Solo gritaba y se enfadaba cuando mencionaba algo de sus estudios. El resto del tiempo hacía como que ignoraba ese detalle, intentaba hacer vida con su hija y poco más. A veces se sentaba en su sillón y se quedaba mirando la ventana, horas y horas. Por supuesto, Dalia no dejó nunca de estudiar.

Acabó fascinada por la vida, por cómo se manifestaba construyéndose a partir de sus componentes más pequeños y por todas las formas que podía llegar a adoptar. A ello se había dedicado una vez que descubrió que le sería imposible curar a su madre. El daño no era físico y el silencio de la mujer hacía imposible que los especialistas adecuados sanaran el daño que anidaba en su mente.

Dalia creía tener una paciencia infinita. Que no podía reprocharle nada a su madre debido a su enfermedad. Pero un día, estalló. No aguantó cierto reproche, y se descubrió a sí misma viendo el vaso desbordar. Las consecuencias de una vida llena de incógnitas erupcionaron, escaldando a la madre. Con la guardia baja, esta acabó escupiendo parte de su historia y dejó escapar, apenas un susurro traicionero, el nombre de aquel maldito pueblo y el lugar dónde se encontraba. El camino que siguió para escapar. Acto seguido, suplicó a Dalia que nunca se lo repitiera a nadie y que, bajo ningún concepto, debía acudir a tan funesto lugar.

Dalia no había conseguido averiguar el nombre de su padre, ni tan siquiera todos los detalles de la pesadilla de su madre, pero, al menos, en el relato inconexo de Alisa había dado con una pista y un misterio aún más grande que la propia ruptura de su mente.

Su madre le habló de su abuela, Izara, y de su tío abuelo, Laro. Izara se casó joven con un hombre llamado Alonso. Contra todo pronóstico, su matrimonio no fue tan desdichado como el de Alba y Kado. Izara era muy consciente del golpe de suerte que había tenido y que, a pesar de que el resto de problemas con sus convecinos continuaba, había dado con un remanso de paz y felicidad completamente circunstancial. Su hija, Alisa, no tenía por qué tener

tanta suerte. Por eso, desde pequeña, le metió la idea de que debía huir de aquel lugar demente en cuánto se presentara la oportunidad. A su vez, fue haciendo planes para cuándo llegara el momento. A altas horas de la noche, se escapaba de casa y tanteaba el bosque, buscando sus supuestos peligros para esquivarlos, rutas y evidencias de más pueblos, incluso otras ciudades. En una de sus escapadas fue descubierta por su marido. Una vez más le sonrió la fortuna, pues Alonso deseaba desde hacía mucho ver mundo, dejar atrás ese infecto lugar de gente paranoica y descubrir qué más podía ofrecer el exterior. Ahora que tenía una hija, más que nunca, pues no quería aquel entierro en vida para ella.

Por primera vez en su vida Izara era feliz. Tenía ganas de luchar. Su esperanza estaba puesta en el futuro y desprendía una vitalidad inusitada por todos los poros de su piel. Tanto su padre como su hermano se percataron. Alba intentó distraerlos de este hecho y, aunque con Kado lo consiguió, con Laro no fue capaz. Con impotencia, vio cómo su primogénito se hundía en los celos contra su hermana. El que no encontrara esposa ni medio para formar una familia propia estaba provocando que su carácter se agriara más y más. Acabó centrando el foco de sus desgracias en su hermana. Poco a poco, cualquier rastro de amor que pudiera haber tenido por ella en el pasado se difuminó hasta desaparecer por completo. Repudiaba a la pequeña Alisa, hasta el punto de tontear con su sufrimiento para hacer daño a su hermana. Alba tuvo que advertir a Izara para que evitara a Laro todo lo que le fuera posible. Alfonso llegó a enfrentarse a él, lo que produjo que lo dejara en evidencia delante de todo el pueblo, hasta el punto de que muchos se plantearon expulsarlo del mismo. La situación no llegó a tal extremo, pero la semilla de la tragedia ya estaba plantada.

***

Dalia no lo tenía todo, pero sí lo suficiente. Organizó una suerte de expedición solitaria destinada a dar con un pueblo que, en teoría, no existía. Tuvo que arreglar las cosas para poder ausentarse un tiempo que consideró sería suficiente para encontrarlo o darse por vencida. Intentó ir lo más ligera de equipaje que pudo y a la vez con lo necesario para recoger alguna prueba que pudiera desmontar

cualquier ilusión funesta que fuera la responsable del estado de su madre.

Dalia hizo un último intento de reconciliarse con ella antes de marcharse a averiguar la verdad. Si había sido capaz de abrirse una vez, puede que lograse hacerlo una segunda. Puede que no hiciera falta un viaje que no necesariamente diera sus frutos. Dalia le habló despacio y con dulzura, utilizando sus razonamientos más persuasivos, procurando que su madre entendiera que ambas necesitaban esa verdad que ocultaba para empezar a sanar. Para poder olvidar de verdad.

Alisa, una vez más, se negó. Maldijo lo que ya se le había escapado, temerosa de haber conjurado el gran mal del que había huido años atrás. Luego se hundió en un hondo silencio del que su hija no fue capaz de sacarla. Dalia, dándose por vencida, dio unas últimas instrucciones a la persona que había contratado para cuidarla y se marchó. Al cerrar la puerta, Alisa susurró una despedida inteligible y rompió a llorar por su niña perdida. Lo único que había contado es que había huido teniendo ella unos diecinueve años, embarazada. Recordaba cada planta, cada palmo de tierra, cada sensación. También los asquerosos gusanos, y el ruido. Las figuras simiescas ocultas entre las sombras de los árboles. El quebrar de los huesos y el acuoso sonido de las vísceras arrancadas. La sangre…

Lloró por no haber podido proteger a su hija de todo eso. No logró guardar silencio el tiempo suficiente. No fue capaz. Nunca conseguiría acallar los gritos.

***

La amargura de Laro maceró durante años y años. Alisa crecía, apenas veía a Izara y el control que tenía sobre ella había desaparecido. En el pueblo era el hazmerreír, y su padre se había convertido en un viejo chocho idiotizado por la pérfida de su madre. No tenía posibilidad de conocer a nadie más del exterior, así que, en realidad, no tenía más que hacer que darle vueltas a aquello que le provocaba dolor y desdicha. A su alrededor, los árboles se alzaban como barrotes infranqueables que lo encerraban en su soledad. A veces, por la noche, merodeaba por casa de su hermana,

reflexionando sobre sombríos pensamientos e intenciones.

En una ocasión, por accidente, llegó a escuchar algo sobre abandonar el pueblo. Encogido bajo una ventana por la que titilaba la insegura luz de una vela, escuchó hablar a Alonso e Izara sobre lo que parecían las últimas pinceladas de un viaje de no retorno y los temores que este les inspiraba. Quedaba poco para dar el gran paso, y los nervios hicieron que se acostaran más tarde de lo habitual, por lo que cuando Laro llegó aún permanecían despiertos y hablando. Al irse a dormir, Laro bullía de ira. Otra vez iban a cometer el mismo error que cometieron su abuelo y su tío. Cuando murieran, solo quedaría un Saavedra al que culpar. Era el fin.

Un par de horas más tarde, dejó el escaso refugio que ofrecía su escondite bajo la ventana y se marchó a su casa. Pensó que, si era el final, debía ser un final digno de ser contado. Y si debía ser el suyo, se aseguraría de que no fuera por los deseos de Izara. Tampoco consentiría estar solo en el momento de su caída. La clave sería Alisa, el tesoro y la alegría de su hermana. Si todo iba a ser destruido, ¿por qué no empezar por el lugar donde podía hacer más daño?

***

Dalia llegó al pueblo jadeante, con el sudor empapándole la ropa. En mitad de una lluvia espantosa, tras atravesar una pequeña oquedad que daba a un espeso bosque, algo le salió al encuentro. No apareció de forma repentina, fue algo gradual. Primero, unas pisadas pesadas que hacían retumbar el propio suelo. Luego, por el rabillo del ojo, creyó ver algo grande, demasiado grande. ¿Quizá algún animal enorme poco conocido? Avanzó con el corazón acelerado, alerta. Escuchó más pasos. Sonidos de crujidos, ramas rotas. Movimientos extraños entre la maleza. Un olor que le hizo arrugar la nariz. En algún punto, todas las excusas que ponía su mente racional para no asustarse desaparecieron y echó a correr. Qué estúpido, quizá estaba ante un gran descubrimiento. Una zona oculta e inexplorada, una especie de animal no descubierto. El retumbar de quién sabe cuántos pies, o patas, o zarpas, se multiplicaba e iba en su dirección. No se atrevía a quedarse quieta. El olor se hizo más persistente. Se le antojó un aroma que

presagiaba un destino mortal. No podía dar la vuelta, debía continuar. Dar con el pueblo se había convertido en una prioridad mayor de lo que ya era.

La lluvia emborronaba los bordes de una espesura densa y confusa. El terreno era empinado, irregular. La carrera se hizo eterna, tropezó tantas veces que perdió la cuenta. Encontró huellas, huellas imposibles por su tamaño y de aspecto humano, profundas en el suelo embarrado. Por primera vez se cuestionaba si el miedo de su madre estaba fundado sobre una base real y no sobre un trauma que lo hubiera sobredimensionado todo. El aguijón de la culpa la azotó. En su fuero interno rezó, sin saber muy bien a qué dirigirse.

***

Alisa se sentía culpable por no haberles contado a sus padres sobre las escapadas que hacía a las cercanías del bosque. El motivo era que se había enamorado. Por un lado, su madre le había advertido una y mil veces sobre sus convecinos, los cuales la odiaban por una estupidez que su familia cometió muchos años atrás. También le hablaban de un mundo exterior inmenso, lleno de posibilidades. Mentiría si no admitiera que ansiaba conocerlo y explorarlo, pero algo la retenía allí. Sus padres estaban a punto de marcharse y ella los acompañaría. No quería abandonar a su amor en un sitio tan lúgubre, ¿pero lo podría convencer de que fuera con ellos? ¿Estarían de acuerdo sus padres?

De momento lo llevaban en secreto. La familia de él no lo aprobaría. Alisa no sabía si la suya lo haría. Así que, como amantes prohibidos, se veían a escondidas por las noches. Alisa debía confesarle de una buena vez lo que estaba a punto de ocurrir y, cuando por fin reunió el valor para hacerlo, pasó algo que nunca había sucedido desde que empezó a escabullirse. Alguien la siguió.

***

El paso de Dalia por el pueblo fue miserable. Con el cuerpo dolorido e intentando reponerse del miedo que sentía, llegó al lugar cuyo nombre su madre le había susurrado una sola vez en su vida.

Ella casi no se había atrevido a pronunciarlo tampoco, apenas un par de veces para buscar información. Siendo el origen tanto del sufrimiento de su madre como del suyo, el pueblo de Andoto no merecía la pena. Las casas se apilaban como pajarillos asustadizos de plumaje entorpecido por la vegetación que amenazaba con devorarles. Las puertas, recias, fueron un obstáculo insalvable. Llamó, gritó, aporreó puertas y ventanas. Llegó a romper varios adornos que decoraban las puertas, extrañas telas brillantes y cerámicas que imitaban cabezas de rostros amenazadores. Nadie respondió, ni siquiera airado. Solo el silencio le dio la bienvenida.

Dalia llegó a pensar que estaba abandonado, pero las puertas estaban atrancadas por manos humanas. Ni a sus súplicas respondieron. Varias horas después se dio por vencida, empezando a asustarle la idea de que quizá sería peor si empezaban a hacerle caso. Había algo opresivo en el ambiente, algo antiguo y amenazador. Tal vez aquellas gentes a las que les daba por poner esas cabezas tan extrañas y no socorrer a quien les gritaba pidiendo auxilio podían decidir que era mejor matarla para continuar con su lapidario silencio. Allí no había respuestas, ni nada que pudiera curar a su madre. Con resignación, retomó su camino. Pensó en ella. ¿Volvería a verla?

***

Sus padres la siguieron también, a tiempo de ver cómo era sorprendida por Laro y arrastrada al bosque. No le quedó más remedio con el cuchillo que le había puesto al cuello. Izara y Alonso se perdieron, tropezándose con algo nacido de la imaginación de un dios furibundo. Cuando lograron despistarlo y encontrarlos, vieron como Laro golpeaba a su hija. Por desgracia, eso no fue lo peor que encontraron aquella fatídica noche. Descubrieron el porqué del nombre «tiempo de gusanos», y por qué las gentes del pueblo se recluían en sus casas. Era algo que preferirían no haber averiguado nunca.

***

Allí estaban, enormes gusanos blancuzcos, agitándose en su

viscosidad, saliendo de la tierra como si buscaran alcanzar las ramas más altas de los árboles. El más alto superaba los dos metros, y el más pequeño le llegaría a Dalia a la altura del pecho.

Sus pasos desorientados la condujeron hasta esa escena. Una persona normal, o al menos, una persona menos curiosa, habría visto a las criaturas y habría echado a correr, encontrándose ante algo que no entiende ni tenía explicación para ella y, sobre todo, ante la acuciante sensación de peligro que había cubierto cada poro de su cuerpo. Pero ella vivía para desafiar todo conocimiento ignoto, estudiarlo y exponerlo a la luz. Por ello, no pudo evitar sentirse fascinada por aquellas figuras rechonchas que no paraban de retorcerse. Necesitaba acercarse, averiguar qué eran. ¿Tal vez llevarse una muestra? Nunca había oído hablar de gusanos semejantes…

Tocó uno de los más pequeños. El olor era repugnante, y la criatura golpeó contra ella provocándole una dura caída. El resto empezó a… ¿gritar? Un sonido agudo atravesó sus oídos. Parecía proceder de ellos, aunque no veía ninguna boca que pudiera producirlos.

Un rugido salvaje precedió a una mole gigantesca que alcanzó el claro de los gusanos. Dalia quedó paralizada, fascinada por la criatura y, a la vez, muerta de miedo.

***

Alisa fue la única en escapar y de regresar a casa. Su amor la había traicionado, y no quiso saber más de ella. Cuando descubrió que estaba embarazada y sin posibilidad de que su criatura pudiera tener un padre, se marchó. Arriesgándose a morir antes de que su hija naciera en aquel lugar, huyó. No contó con que el pueblo y esos bosques nunca escaparían de ella y, aunque consiguió llegar a la civilización, nunca pudo olvidar. Al menos su hija estaba a salvo. Al menos su hija no sufriría en ese maldito lugar.

***

La rodearon. De donde salió una, aparecieron media docena más. Nadie osaba acercarse a sus niños, y quien lo hiciera sufriría

las consecuencias. La estupidez de aquella humana iba a salirle muy caro.

Lo que había ante Dalia eran mujeres, si mujeres podían considerarse. Gigantescas, los músculos preparados para una acción violenta. Desnudas, su cuerpo era extrañamente deforme, con caderas muy marcadas y pechos anormalmente alargados. La cara, de ojillos penetrantes y negros como la tinta, era aplastada, con dientes amarillentos y retorcidos que sobresalían de sus labios. Un pelo negro, sucio y lacio resbalaba a ambos lados de su rostro y casi arrastraba por el suelo.

Dalia se levantó. Todo en ella gritaba «¡imposible!». Balbuceó intentando hallar un ápice de misericordia en los rostros brutales de aquellas gigantas. Al no encontrarlo, retrocedió inútilmente hasta acabar a los pies de la que tenía detrás.

La enorme mujer la miró y alzó un pie. Dalia corrió y esquivó el pisotón por muy poco. Sintió el fétido aliento de otra cuando la criatura, aprovechando su distracción al esquivarla, la agarró y la puso a la altura de su cara. Parpadeó un par de veces, un ligero asomo de curiosidad apareció en su mirada y apretó. Dalia gritó, luchando inútilmente por liberarse, por respirar. Algo crujió dentro de ella.

Sus últimos pensamientos fueron para su madre.

El descenso

Inés Alcolea Llopis

La noche en la que Jacina pisó el primer escalón del Barranco del Infierno la luna lucía roja como la sangre de una desfloración. Sus amigas la habían dejado allí sola y habían huido riéndose por el camino que conducía al pueblo en la falda de la colina. Había llegado el momento de demostrar que era digna de esa amistad, que era lo suficientemente valiente como para pertenecer a su grupo. Pero Jacina no quería demostrar nada a nadie, quería huir de allí, dejar el pueblo en el que todos la miraban, no volver a ver a su madre que tan difícil le había hecho la vida, que la había empujado a andar con unas amigas que realmente no lo eran. Pero bajó un escalón.

***

El Barranco del Infierno consta de seis mil peldaños que descienden desde el cielo a lo más profundo de los horrores. Es una puerta que conecta con el interior de la tierra, como el cráter en un volcán invertido. Dicen que allí anidan todos los males, que en las noches vacías se oyen gritos y cánticos. Dicen que quienes han llegado a ver a los que allí habitan se quedan ciegos y las pústulas les llenan el cuerpo hasta pudrirlo. Los niños del pueblo, sin embargo, alardeaban constantemente sobre quién había bajado a mayor profundidad, alguno incluso aseguraba haber visto al mismísimo Diablo. Pero las niñas se reían, siempre lo hacían. Se

miraban con complicidad ante tales fanfarronadas, sabían que ninguno había llegado a bajar más de cien escalones y que el útero de la montaña no lo habitaba ningún diablo. «Jacina, ve con tus amigas», le dijo su madre por última vez arrancándole los cuadernos de las manos. «Pero mamá, van donde los chicos». «Y tú también deberías», sentenciaba mientras le pintaba los labios con ungüentos oleosos. A sus doce años, Jacina estaba hecha toda una mujer. Otro escalón.

***

«Tu madre mató a tu padre, lo mató y se lo comió». Los niños siempre se habían burlado de Jacina, torturado con historias tal vez apócrifas, tal vez exageradas. Ella era una niña y por lo tanto no podía ir a la escuela, pero su casa estaba situada más allá del prado que servía de recreo y los niños se acercaban jugando a ser valientes. El establo no tenía puerta, así que se colaban en las horas en las que el maestro se dedicaba a fumar en pipa para increparla, temiendo siempre la presencia de su madre. Cuando el *chillerío* era demasiado alto, la madre de Jacina dejaba de estrangular la teta de la oveja y se dirigía con paso firme en dirección al abrazo de su hija llorosa, asustando así a los muchachos. Estos huían del lugar como una bandada de pájaros confusos. En la distancia, el maestro que jamás impidió tal escena, escupía al suelo sosteniendo la mirada de la madre antes de cerrar la puerta del aula, resguardando a los jóvenes. Luego Jacina seguía jugando como si nada hubiese pasado, remolcaba sus juguetes de madera contra el barro que formaban los restos de leche y sangre caídos al suelo de la teta de la oveja. «Los niños no dicen más que tonterías», le repetía su madre como un mantra. A su temprana edad, Jacina solo se daba cuenta de que los niños venían, pero no querían jugar con ella. Más tarde descubriría que los niños solo replicaban a un nivel más inocente y despiadado las conversaciones de sus padres. Otro escalón.

***

Jacina había pasado mucho tiempo sola pero nunca en soledad. Ser el entretenimiento de los patios de recreo le dio razones más

que suficientes para querer estar alejada del resto de niños del pueblo. Ella se inventaba sus propios juegos, y también sus propias excusas para dar negativas a las niñas que venían a buscarla casi a diario. Había desarrollado una independencia y confianza en sí misma que mucha gente debía encontrar repulsiva por cómo la miraban. «De tal palo tal astilla», murmuraban cuando se pasaban por su establo a comprarle las ocas que su madre y ella habían desplumado en la mañana. «¿Quiere queso, señora?», preguntaba la niña con la más complaciente de las sonrisas, pero esta se torcía cada vez que, en respuesta, escupían al suelo sin siquiera mirarla.

—Mamá, el Bartolí me ha dicho que nuestras ovejas no dan leche, dan sangre.

—El Bartolí es un borracho —decía mientras terminaba de amasar la carne picada aún caliente con el pan y el perejil, formando bolas como puños. Con las manos sin limpiar bebía vino de un vaso metálico que, a veces, vaciaba sobre la mezcla.

—¿Es un borracho porque bebe? —Y analizaba el gesto de su madre, que todas las noches cogía una nueva botella de la bodega.

—No, es un borracho porque cuando bebe pega a su mujer.

Beber no era malo, aunque las mujeres del pueblo tenían prohibido dar muestras de embriaguez, más aún ir a la taberna. Jacina observaba la orgía de conversaciones sudorosas y alientos vomitivos cada vez que se colaba por la puerta de atrás para hacer las entregas de carnes y bebidas. El ayudante del tabernero recogía los bultos haciéndola pasar hasta el fondo de la cocina. Allí, junto a los fogones, acorralaba a la niña con la necesidad de mostrarle que todo le pertenecía, incluso ella, que ahora estaba a su merced. «Aquí no sois tan valientes, ¿eh?, ¿por qué no le dices a tu madre que venga?», luego la hacía esperar durante horas en el cruce entre la cocina y la entrada al salón, donde los invitados al festín privado de testosterona se bajaban los pantalones y le enseñaban sus genitales peludos. «Jacina, esto es para ti». La niña era una gacela en una jaula de leones sedientos de diversión y rabia. «Hasta que no seas mujer no harás más que traer miseria a este pueblo, ven aquí y lo arreglamos». Y reían con el mismo brillo que la sonrisa del ayudante. Jacina cogía la bolsita con dinero y salía corriendo hasta llegar a las faldas de su madre que le acariciaba el pelo intentando que el amor le borrara los recuerdos.

«Vente a jugar con nosotras», le decían a veces las niñas asomando sus grandes ojos por la ventana del establo. Pero Jacina por aquel entonces solo sabía correr, se ocultaba tras la puerta y desde allí las observaba. Muchas veces las niñas entraban y bailaban sobre el barro donde estaban sus juguetes, otras se amorraban en las tetas de la oveja y chupaban sin hambre, otras simplemente se marchaban. Otro escalón.

***

«Ellas hablan mucho de ti, pero a mí no me pareces tan especial». Ponça fue la primera de las niñas que se dirigió a Jacina, también la última en despedirse antes de abandonarla en el primer escalón. En forma parecía más joven que ella, pero sabía que tenía mucha más edad. Jacina no contestó, su madre le había pintado los labios y el tinte rojo se los resecaba. Le recordaba al sello de las cartas, y por eso temía abrir demasiado la boca y resquebrajarse, o cerrarla y enmudecer para siempre. «Ven», le indicó Ponça, «vamos a enseñarte a jugar».

En la primera tarde que pasó con las niñas bajaron al río. Se alejaron lo suficiente como para pasar desapercibidas entre la maleza, pero no tanto como para no ver el pueblo. Cuando se sintieron en la intimidad, se quitaron los zapatos y los dejaron apilados sobre piedras planas. Algunas ayudaban a desenlazar el corpiño a otras, dejando que los pulmones respirasen libres, y jóvenes pechos asomasen por encima de las telas. Jacina evitaba mirárselos, pero cuando sus ojos intentaban rectificar, las niñas se reían y los asomaban más. «Tú también tienes, Jacina», le dijo una de ellas, «no te asustes de tu curiosidad, no te avergüences jamás de tu cuerpo. Ven», le dijo Ponça, y le desató el vestido para hacerla más ligera. Los finos dedos de su amiga se deslizaban con experiencia sobre todas las capas de ropa y desataban los nudos que su madre abrochaba con fuerza cada vez que tenían que salir de la casa. Jacina se bañó desnuda esa tarde, y también las siguientes. Descubrió en el sentir líquido recorriendo su cuerpo una primera forma de placer que creyó buena y se apoderó de ese sentimiento sin querer, creando nuevos dogmas en su registro de lo correcto.

Las niñas volvieron al pueblo cuando la luna iluminaba el cielo

sola. Evitaron las calles concurridas por borrachos y sumisas, y solo Ponça la acompañó para despedirla en la puerta de su casa. Mientras, el resto las observaban en la distancia para luego volver a la maleza. Las niñas no eran hijas de ninguna casa.

Jacina se quedó durmiendo pensando en si le habían gustado los juegos de las niñas. «¿Por qué dicen que soy especial?» le había preguntado justo antes de despedirse. «Porque tú puedes vernos». Otro escalón.

***

Los domingos su madre madrugaba para preparar las empanadas que vendían en la plaza del pueblo. Las familias con sus hijos, todos varones, se pasaban a la salida de la iglesia y las compraban sin mirarlas a los ojos. Jacina observaba como las masticaban con la boca abierta, produciendo los mismos sonidos que los cerdos que alimentaba con los restos de comida todas las tardes. Luego volvían a casa sin mediar palabra, sabía que todas las preguntas que le surgían los domingos desembocaban en silencios absolutos. «¿Por qué no nos miran? ¿Por qué haces las empanadas con las carnes malas? ¿Por qué nosotras no creemos en Dios?». En esos días también nacían dudas mucho más profundas que despertaban las conversaciones en el río sobre la naturaleza de las tradiciones del pueblo.

—Mamá, ¿por qué nadie habla con las niñas en el pueblo? Muchas veces se ponen donde los niños, les chillan cosas, pero los niños las ignoran, es como si no pudiesen oírlas.

—¿Se siguen metiendo contigo los niños?

—No.

***

—A mí sí me miran —continuó la conversación tras una hora de silencio empaquetando los bártulos y regalando a los animales callejeros los restos de las empanadas—. Los niños, digo. —Recordó las palabras de Ponça unos meses atrás, la primera vez que la acompañó a casa después de bajar al río—. Pero me miran raro, como si sintiesen que realmente hay alguien más, como si tratasen

de averiguar de dónde hay que huir. Mamá, ¿tú también las ves?

Su madre terminó de cargar las cosas sobre la plancha de madera sujeta por dos ruedas enrobinadas con el que transportaba todo de vuelta a su casa.

—Sé que están ahí. —Sujetó los bultos para que no perdieran el equilibrio y cayeran al suelo—. Las veía cuando tenía tu edad. Pero luego dejé de verlas, poco antes de que nacieras. Pero sé que están ahí. ¿Se portan bien contigo?

No supo qué contestar. Suponía que sí. Había descubierto muchos placeres, se estaba descubriendo ella, perdiendo el miedo a ser. Pero sabía que si los hombres viesen lo que hacían las quemarían, y que eso, sin importar cómo la hacía sentir, significaba que estaba mal. Otro escalón.

***

Guillelma estaba a dos días de parir. Las carnes se le tensaban y el bulto de su vientre no hacía más que convulsionar. Ella se retorcía del dolor dilatante en el nido que se había construido con rocas y ramas. «Es una niña», le había dicho la matrona con tristeza en su momento, intentando postergar la pregunta incómoda que flotaba en el aire. Al día siguiente Guillelma se anudó una manta y la llenó de amuletos protectores, aceites y alcohol. Dibujó un símbolo en cada puerta de su casa con la sangre de un cordero recién degollado y bajó todas las escaleras del Barranco del Infierno con una mano sujetándose el bajo vientre. Allí en su fondo anidó ciento ochenta y cuatro días, en los que ninguno de ellos llovió. Por las noches, manos invisibles le acariciaban la barriga en la que Jacina desarrollaba sus órganos vitales y rezaban por su completa formación. Por las mañanas, pájaros muertos amanecían junto a ellas listos para ser devorados.

Jacina nació un veinticuatro de junio. Mientras en la plaza del pueblo quemaban muebles viejos cantando ruegos para ahuyentar los malos espíritus, Guillelma gritaba, produciendo ecos que retumbaban en todas las rocas del Barranco como tambores ocultos. De su cuerpo una piel se desprendió entre primeros llantos y el agua del riachuelo sobre el que paría se tiñó de sangre. Los tambores se callaron para escuchar la fuerza de dos pulmones recién venidos a

un mundo difícil. Guillelma se desmayó y la pequeña Jacina fue trepando hasta la teta izquierda de su madre rebosante de leche febril.

No fue antes de que Jacina cumpliese el año de vida cuando volvieron al pueblo. Madre e hija subieron desnudas los seis mil escalones del Barranco del Infierno. Las sombras de los árboles las resguardaron de miradas y peligros hasta llegar al calor del hogar, intacto de puertas adentro pero rodeado de tierra quemada y hollín.

—No puede estar aquí —le dijo la matrona del pueblo el día que se enteró de que Guillelma había regresado trayendo con ella una niña—. Sabes que está prohibido.

—Es un niño —contestó la madre sin apartar la mirada de sus labores de reconstrucción del establo.

La matrona examinó el gesto severo de la mujer y luego los destrozos y algo que le llamó la atención de la puerta de entrada a la casa.

—Si descubren que es una niña la matarán, como dicta la tradición —sentenció.

La madre se volvió para ver como la mujer se acercaba a la puerta, como intentaba tocar aquel resto rojo allí pintado, como le temblaba la mano al intentar hacerlo, como la escondió en acto reflejo intentando ocultar la quemazón que había notado en la punta de sus dedos. Y se giró para seguir arreglando el futuro hogar de una oveja preñada.

Jacina no saldría de aquella casa hasta que no cumpliese los cinco, edad suficiente como para que ningún pueblerino quisiera matarla por evitar brujas en sus calles y solo pudiese asumir un riesgo mayor: el de quererla casar por ser mujer.

***

El viento transportaba un cántico terrible hacia aproximadamente la mitad del barranco. La niña tenía frío, pero no se podía permitir tener miedo. El pelo se le erizaba a la altura de la nuca, avisándola de que aquello no era nada de lo que quería. «No quiero estar aquí», se repetía una y otra vez en cada nuevo escalón que pisaba. «No quiero estar aquí», pero su cuerpo seguía a marchas forzadas caminando hacia las entrañas del Barranco. «No quiero

estar aquí», pero lo estaba. Como si la inercia de su cuerpo se hubiese agotado, Jacina se detuvo en algún punto anterior a su destino. Allí se sentó y quiso llorar, pero el temor a que sus sollozos se reflejasen en todas las paredes, llegando a los oídos de quienes la esperaban, la contuvo. Nunca quiso estar allí. Al igual que nunca quiso ir con las niñas, que la hiciesen descubrir el placer de lo prohibido, al igual que nunca quiso tampoco que los niños y los futuros hombres en los que se convertirían la tratasen como lo hacían. En el preámbulo de su descenso a lo más profundo, sus amigas habían depositado en ella una responsabilidad mayor a la que podían sujetar sus brazos; unos que ansiaban perder las fuerzas para dejarla caer. ¿Se podía fracasar en lo que no se quiere ser?

Sentada a medio camino entre dos infiernos se lamentaba, queriendo poder permanecer para siempre a esa equidistancia de todo. Miró hacia donde estaba situado el pueblo y recordó con asco la flacidez de los bultos pendulantes entre las piernas de los hombres borrachos. El olor de su embriaguez que rebosaba el recuerdo junto al sentimiento de impotencia, los ojos sumisos del resto de mujeres del pueblo se le metieron en el pecho. Ellos se sentían superiores, amados por una naturaleza sabia que les había otorgado de un regalo de carne que blandían como arma capaz de sembrar mil miserias. Pero también recordó, sin embargo, que el maestro se ocultaba detrás de los árboles para masturbarse mientras miraba a sus alumnos retozando en el barro del recreo. Bajo la misma lascivia, Jacina ya era distinta a ellos.

Luego miró a las profundidades del abismo empedrado, donde los cánticos de voces femeninas se aunaban en una sintonía de fuerza. No pudo más que sentir rechazo, aunque uno distinto. Recordó a sus amigas gozando de la libertad con la misma insistencia con la que lo hacía su madre. Despojándose de ropas cuando nadie las veía, como queriendo reapoderarse de su desnudez. Palpándose las carnes y hendiendo sus dedos como si el cuerpo no tuviese fronteras y todas las partes fuesen iguales. «Tú no lo entiendes», le había dicho su madre una vez. «Yo me esforcé en que tú nacieses más libre que yo». A Jacina no le molestaba ver a su madre y amigas desnudas, lo que realmente le molestaba era que respetasen con la misma imposición que los hombres su decisión de ser cobarde.

Se levantó. La oscuridad de la noche embebía las sombras del barranco, en lo profundo, los cánticos se agudizaban en gargantas de más mujeres congregadas. Todas pacientes, como cada noche, a que la niña bajase para hacerse mujer.

Observó sus pies estáticos en un punto intermedio, incapaces de seguir avanzando, pero tampoco de retroceder. Subió un escalón, y el balanceo pesado de su cuerpo le recordó al de las mujeres del pueblo siempre perdidas, cogidas de la mano de sus maridos o hijos. Subió otro escalón, y la boca se le secó como la de todos aquellos que presenciaban un grito o una bofetada a alguna de ellas. «No puedo ser cobarde», se dijo. Pero su voz sonaba más a la de Ponça, ronca y vieja atrapada en una niña. «No puedo», también sonó a la de Guillelma, perenne e inamovible en un estado de lucha perpetua. «No puedo», dijo por fin con una nueva voz propia. Jacina miró a las profundidades del abismo y agradeció por primera vez estar allí. Tras una larga pausa, en la que el viento abrazó sus entrañas como el agua la había abrazado la primera vez que se bañó desnuda en el río, Jacina continuó subiendo los escalones, pero no volvió al pueblo.

Y te daré mis alas

Eleazar Herrera

Esa noche, un pájaro se posa en tu ventana. La luz de la luna parte su rostro afilado en dos mitades. Una te atraviesa con un único ojo, azul, plateado, semejante a la Guardiana; la otra queda lejos de tu alcance, envuelta en penumbra.

Al otro lado de la ventana y bajo la estela de tus antepasados estás tú.

El ave gorjea, sus alas extendiéndose más allá de los márgenes de tu hogar, y por un instante imaginas que sales a su encuentro. Su plumaje crea jirones de neblina que serpentean alrededor de los árboles, encrespados, quizás inclinados hacia delante como reverenciando su presencia, mudos de crujidos, ajenos a los animales que habitan en ellos.

El silencio es una sola respiración. La tuya se entrecorta cuando clavas los ojos en él.

No digas su nombre.

No digas su nombre.

No digas…

Da igual: ya está dentro de ti. Se abre paso hacia tu corazón desde las pupilas. Son un pozo sin fondo y para él es fácil bucear en ellos, pues es la oscuridad y el caos y la asfixia en un solo nombre.

Resiste.

Todavía puedes expulsarlo. Arranca tu mirada de la suya y vuelve el rostro al calor del fuego.

—Ieltxu.

El pájaro vuelve a abrir sus alas. Su envergadura anega de oscuridad la falda de la montaña y cubre parte de la luna. Ni siquiera Ella podrá ayudarte ahora; la Guardiana está ciega.

Asientes. Con el sigilo de quien sabe que mueve sus pies hacia un precipicio, abandonas la habitación y te deslizas como una sombra más por tu casa. Abres la puerta.

Lenguas de niebla buscan tus pies.

«Camina. Ven».

Es la primera vez que escuchas su voz. Suena como el caudal de un río. Apacible. Constante.

«Da un paso».

Igual que una corriente demasiado fuerte, sus palabras te empujan hacia fuera. La protección se rompe. Si hubieras mirado hacia atrás, habrías visto…

La neblina se enreda en tus piernas y te lleva hacia el gran pájaro. A medida que te aproximas, distingues que se trata de un cuervo con ojos entre las plumas. Todos te miran. Ieltxu grazna cuando te siente cerca y cierra sus alas en torno a ti.

Te aguijonea los brazos y las piernas y el rostro. ¿Son plumas clavándose en cada poro de tu piel? ¿Te duele? Jadeas elevando el mentón en busca de aire, abres la boca, pero solo tragas tinieblas. Ahora habitarán para siempre dentro de ti.

Una eternidad después, la pared de plumas se disipa. Estás de rodillas en el barro. Aún no ha amanecido. Miras alrededor: nada reconoces en esos árboles desnudos con los brazos en alto. Te atreverías a pensar que has viajado a otro lugar en un aleteo. ¿Es posible?

«Todo es posible a mi lado».

Tu corazón le busca más allá de la espesura. Tu cabeza, no obstante, te advierte de que Ieltxu es sinónimo de mentira; es un genio embustero y hará lo que sea para doblegar tu voluntad. No le escuches. No le escuches.

«Sígueme».

Todavía desconoces dónde se encuentra, pero das libertad a tus pies para seguirlo allá donde vaya, y te obliga a serpentear por senderos que solo los de Gaueko deben pisar. Los humanos no son bienvenidos de noche. Ahí estás, abriéndote paso a través de la maleza que te raja las piernas. Nadie te quiere aquí.

Desdibujada por la bruma distingues una silueta que pasaría por humana de no ser por la exagerada anchura de su espalda y la longitud de los brazos, cuyas manos, garras, rozan las rodillas. De día podrías asustarte, pero esta noche su mera presencia es una invitación.

—Ieltxu.

«Ven aquí».

Y de repente estás frente a él. Ieltxu te mira con su rostro picudo, sus ojos ambarinos buceando en los tuyos, y te tiende una mano. Está cubierta de plumas. Colocas la tuya encima, en silencio, aún bajo su hechizo.

«Puedo liberarte».

Tu expresión dibuja una interrogación.

«De tu humanidad. Puedes ser como nosotros. Gaueko te aceptará si vienes conmigo. ¿Te gustaría?».

Claro que te gustaría. Siempre has soñado con volar lejos de aquí. Siempre has soñado con la vida más allá de tu ventana.

Aun así, titubeas.

Ieltxu te hace cosquillas en la palma de la mano. Sonríes incluso cuando la caricia se transforma en otro aguijón.

«Te despojaré de tu alma humana».

Cierras la mano en torno a la suya. Te clavas las garras. Las uñas hurgan debajo de tu piel. Escuece, y sin embargo… sin embargo…

«Necesito que pruebes tu valía ante mí».

—¿Cómo?

«¿Ves esa montaña?», Ieltxu señala detrás de ti y sopla, levantando el anillo de niebla que escondía la montaña. «El sendero hacia Sollube. Debes recorrerlo sin mirar atrás. Encuéntrame allí arriba». Pero Ieltxu te retiene de nuevo.

«Necesitarás mis ojos para ver en esta oscuridad».

Ieltxu te suelta. Sus dedos alargados juegan con las plumas de su rostro, como si tamborilearan el aire. Luego empieza a arrancárselas. Por cada una deja escapar un graznido áspero que hace eco en las esquinas de tu mente. De ellas emergen los ojos de la noche. Cuando te atreves a devolverles la mirada, un temblor se apodera de ti: las puntas de las plumas refulgen con sangre plateada.

Ya sabes lo que viene a continuación.

—No…

Crees que lo has dicho en alto, pero apenas tienes fuerzas para despegar los labios. Ieltxu sigue graznando mientras te agujerea los ojos con las plumas. Su sangre tiñe tu vista de plata, derramándose lentamente sobre tus pupilas.

De golpe, el bosque cobra nuevo sentido. La atmósfera es más ligera. El aire está cargado de pequeños haces de luz plateados que tildan el ambiente con escueta claridad. Flores de tallo grueso y pétalos como lenguas de fuego se abren conforme te acercas a ellas; su aroma es imposible de transformar en habla humana. Aspiras profundamente. Un picor placentero se asienta en tu garganta. En los árboles habitan criaturas que no existían hasta ahora: insectos brillantes, duendes que te observan desde las ramas más altas, diablillos paralizados al notar que puedes verlos. Arriba, las constelaciones del firmamento refulgen con una intensidad casi cegadora para quien ha empezado a desprenderse de su alma. Las estrellas te cautivan como solo ellas pueden hacerlo.

Miras la montaña con otros ojos.

—Ya voy.

Tu voz, un graznido.

***

El ascenso es lento. La fuerza hace tiempo que te ha abandonado. Ahora te mueves gracias a las plumas que son tus ojos. Se mecen al son de la corriente de aire que oscila los árboles. También sus ojos, tallados con violencia, líneas cortantes y pupilas verticales, te persiguen; cuando giras la cabeza para observarlos, desaparecen. Te encoges de hombros. La oscuridad no da tanto miedo si formas parte de ella, ¿verdad?

—¿Verdad?

Alguien silba muy cerca de tu oído.

No puedes darte la vuelta. Recuérdalo.

Al ver que no picas, se ríe como un perro e insiste. Silba. Esta vez has notado su aliento en la oreja. El vello de punta pone en evidencia lo mucho que te gustaría apretar el paso; lástima que tu cuerpo apenas sea tuyo, lástima que Ieltxu no te haya clavado plumas en la espalda para saber que Mateo Txistu te busca como su

presa.

Un poco más arriba, las siluetas de dos perros ocultan el escueto camino pedregoso que te llevará al cerro de Sollube. Estás muy cerca.

El cazador sigue detrás de ti. Escuchas sus pisadas: amplias y sosegadas. Dicen que los buenos cazadores no tienen prisa. Las tuyas apenas dejan huellas en la tierra: etéreas y vaporosas. Quizás estés levitando sin darte cuenta. Quieres bajar la vista, pero temes encontrarte con que Ieltxu ha convertido tus pies en patas de gallo. Haces bien en mantener la cabeza recta.

Cuando alcanzas la cuesta de piedra, los perros echan a correr en direcciones contrarias y se pierden en la maleza. De entre la espesura surgen serpientes de hiedra que juegan alrededor de tus piernas, como queriéndote arrastrar hacia dentro, y luego se desenroscan con un siseo entre arrepentidas y furiosas, pero vuelven. Siempre vuelven. Tus ojos plateados interceptan más miradas desde algún punto de la oscuridad de la montaña. Ecos de risas. Un silbido. El galope de los perros volviendo con su amo. Un fuerte aroma a humedad. El último tramo a la cima lo atraviesas con el cuerpo encorvado, primero, y gateando después. Todas las criaturas de Gaueko, el Señor de la Noche, te están observando. Aguantan pacientemente a que te detengas para devorarte. Respira conmigo. «Respira conmigo».

Parpadeas e Ieltxu se alza ante ti con los brazos extendidos. Sus garras se cierran en torno a tu rostro. Con la delicadeza de quien sostiene una flor después de arrancarla, Ieltxu se inclina y exhala dentro de tus labios. Su aliento imbuye tus pulmones con una pizca de magia. Luego desaparece. ¿Te ha tocado de verdad o solo has recuperado algo de resuello?

***

Al fin, los árboles encrespados se abren al claro de la cima de Sollube. La Guardiana sigue recluida tras una cordillera de nubes oscuras. De haberla visto, quizá…

En un punto lejano de la explanada te espera Ieltxu. Parece que fue hace mucho cuando te dio aliento para continuar. Incluso en la tenebrosa claridad nocturna, su imponente figura arroja algo

semejante a una sombra, una oscuridad tan profunda que podrías aferrarte a ella.

«Estás muy cerca de la libertad. Acércate».

Obedeces. La envergadura del genio alado se ha duplicado mientras te aproximabas; incluso retorciendo el cuello no puedes alcanzar su rostro. Los ojos del pecho se clavan en ti.

«Has venido», dice. «¿Todavía quieres deshacerte de la humanidad? No habrá vuelta atrás».

Agachas la cabeza, vacilante, porque el resquicio de humanidad que permanece en ti escuece. Tira de ti.

Ieltxu extiende un brazo.

«Ellos», señala un punto concreto del paisaje e intuyes que se trata de tu antiguo hogar, «ya no te reconocen. De quedarte a medio camino entre ambos mundos, serías víctima de unos u otros. Jamás estarás a salvo. Ven, pues así te he marcado».

La última frase resuena en tu cabeza. Ieltxu es el único que alimentó tu curiosidad, el único que aceptó que te atrevieras a mirar más allá. Las criaturas de la noche cuidarán de ti una vez seas de los suyos. Las criaturas del día, las *personas*, te darán la espalda cuando menos te lo esperes. Ya pasó una vez y volverá a pasar. Vuelves a alzarte.

—¿Qué tengo que hacer?

Ieltxu se separa unos metros de ti. Te acabas de dar cuenta de que tras él se halla un salto de altura, y aunque ignoras cómo, el genio se sostiene apenas rozando el suelo con las puntas de los pies. Durante un instante nada oyes y nada ves; luego Ieltxu libera un graznido desgarrador al tiempo que levanta sus extremidades cubiertas de plumas negras.

Entonces, comienza a transformarse: su rostro se desfigura entre crujidos (la mandíbula se rompe, el pico describe una curva cerrada, sus ojos se agrandan y refulgen con una intensidad propia de la Guardiana) y su cuerpo se estira con el sonido de la madera crepitando (nuevos ojos vetean su plumaje macizo, perdidos en los ocho puntos cardinales). Ieltxu, más ave que genio, si es que hubo diferencia alguna vez, se yergue ante ti como una estatua. Eres incapaz de adivinar dónde termina su cuerpo y empieza el paisaje. Su figura carece de costuras.

Caes de rodillas. Su visión te impone.

Ieltxu sonríe con los ojos.

«Ahora te daré mis alas».

Alas para volar.

Alas para escapar.

Asientes.

Ieltxu vuelve a arrancarse plumas. Después desciende sobre ti y comienza a clavártelas en la espalda. Estas son más grandes y están afiladas. Sientes cómo se abren camino a través de tu piel. Gimes. ¿Te duele?

«¿Te duelen?».

Dices que sí, pero desde que abandonaste tu hogar eres incapaz de articular palabras. Tu voz también se transforma en un resuello gutural. Toses. Escupes plumas. Te miran. Están por todas partes.

Dos ríos de sangre caliente discurren por tu espalda. ¿Me estoy muriendo?, te preguntas en silencio.

«No. Estás volviendo a nacer».

Poco a poco, tu figura queda imbuida en un plumaje tan oscuro como la noche. Aunque todavía conservas tu figura humana, la perderás en poco tiempo. Te miras los brazos, las piernas y el torso, y los brazos, las piernas y el torso te devuelven la mirada. Son azules y plateados. Como los de Ieltxu.

El genio te contempla desde el aire. No sabes cuándo se ha alejado tanto del suelo. Debajo de él queda una pendiente escarpada.

«Salta. Reúnete conmigo aquí, en el firmamento».

«¿Saltar?».

«Sí».

«Pero…».

«La noche te protegerá».

«¿Seguro?».

Escuchas lo que parece una risa ahogada.

«Estaré cerca de ti».

Esa frase te reconforta. Tambaleante, reconociendo los recovecos de tu nueva existencia. Retrocedes unos pasos para coger impulso.

«Extenderé mis alas».

«Y volarás».

Coges aire. Miras hacia delante. Sin pensar, aceleras. Y saltas.

Ieltxu también despliega sus alas cuando ve que abres los brazos.

Sientes un aguijón de libertad en el estómago. Dejas escapar algo que se asemeja más a un aullido que a un graznido. No importa. Ya eres libre. Y durante ese pequeño, exiguo instante en el que parece que las alas de Ieltxu te permiten planear por la falda de Sollube, empiezas a descender. Primero con levedad, después tan rápido que apenas logras mirar por última vez a Ieltxu. Te sonríe con los ojos.

Los cuentos dicen la verdad. Nunca debiste alejarte de tu hogar. Nunca debiste admirar a un embustero.

De no haber estado ciega, quizá yo, la Guardiana, habría podido salvarte.

Caleidoscopio

Mariela González Álvarez

Milo sabía que existía el mundo en blanco y negro. Lo había visitado durante tres horas, veinte minutos y cincuenta y un segundos.

Como todos los críos de su edad, siempre supuso que las cosas habían sido así mucho antes. Cuando sus padres era niños como él, en esa época extraña de la que hablaban de vez en cuando. Los colores debían de haber aparecido en algún momento junto a los coches, la tele y las monedas de cinco duros. A veces, a Milo le gustaba imaginar que todavía existían lugares grises. Cuando veía aquellas casas solitarias, en medio de la campiña, durante los viajes en coche al pueblo los fines de semana. Quién podría vivir allí sino ancianos cascarrabias anclados en el tiempo de las fotos antiguas, pensaba. Nunca se enterarían de la Expo ni verían ese verano las Olimpiadas, seguro.

Pero lo que Milo no llegó a imaginar era que aquella anomalía sería una realidad para él, aunque fuera por accidente y durante un breve lapso. No era un niño atrevido ni activo, no trepaba o se aventuraba en solares; si podía evitar sumarse al fútbol o al *matar* en el patio y refugiarse en alguna esquina con un tebeo, lo hacía. Así que tenía pocas papeletas para sufrir un percance de cualquier tipo. Tuvo que ser en un entorno controlado, seguro en apariencia, como el de la clase de Educación Física. Una carrera de relevos en la que no estaba poniendo demasiado empeño, como era habitual.

¿Qué posibilidades había de llevarse ese manotazo en la cara, en

un encontronazo casual, por un error de pocos centímetros? El azar quiso que su compañero calculase mal y uno de sus dedos le acertara en el ojo derecho, en un ángulo extraño. En un punto imposible de prever.

El golpe había afectado a la retina, concretamente a los conos, diría después el médico del colegio. Tuvo que permanecer en la enfermería todo el tiempo (tres horas, veinte minutos, cincuenta y un segundos), con una venda que le permitía atisbar el techo y los objetos a su alrededor; todo en una inusual escala de grises. Pasó aquel rato más aburrido que nervioso. Tamborileaba con los dedos y escuchaba las respuestas lacónicas de su madre, los gruñidos de su padre, mientras atendían la explicación del médico. Hasta que, por fin, el color retornó a su cerebro. Primero diluido, luego más sólido, como témpera reseca.

Nunca había visto ningún caso así, aseguró el médico tras el examen posterior, pero sin duda parecía superficial. Nada revelaba que existiera un daño más profundo. Había sido algo desafortunado, y desde luego tendría que revisarlo un oftalmólogo, pero probablemente no quedaría secuela alguna.

Tal vez después de aquello le permitieran saltarse por un tiempo las clases de Educación Física. Nada le haría más feliz. Su secreta esperanza se esfumó, sin embargo, cuando escuchó aquella noche discutir a sus padres. Aunque hubiese recuperado la visión normal tendría que seguir descansando a oscuras al menos hasta el día siguiente, había recomendado el médico. Tumbado boca arriba en su cama, con la puerta de la habitación cerrada, sin permiso para leer ni jugar a la Game Boy, todo lo que podía hacer era prestar atención a las frases que le llegaban, amortiguadas, desde el cuarto de sus padres. Como siempre, se creían mucho más discretos de lo que eran en realidad.

Resultó que se echaron la culpa el uno al otro. Milo no sintió alivio, como cabría esperar (la posibilidad remota de una bronca estaba ahí). Antes bien, una angustia pesada como un bloque de hielo le oprimía el pecho. Si su madre le dejara salir más a la calle… argumentaba su padre. Si él no escatimara en esas actividades extraescolares a las que querían apuntarle (el judo que detestaba, la natación que le aterraba)… replicaba su madre. Las recriminaciones se sucedían, cada uno creía que la pasividad de su

hijo, su desinterés por cualquier actividad física, era culpa del otro. Milo habría gritado si el hielo no se hubiera cerrado en torno a su garganta, quemándole. Nadie podía haber previsto que el imbécil de Raúl le acertaría en la cara, en lugar de darle la palmada de rigor. No sabía qué tenía que ver su dejadez en eso.

Intentó concentrarse en otra cosa. Refugiarse en su imaginación, en las sombras caprichosas que la luz del atardecer creaba en el techo. Deslizándose con parsimonia por la superficie de este, mutando en formas extrañas de cuerpos rechonchos, patas largas e hilillos temblorosos.

Tardó unos minutos en darse cuenta de su error. En reconocer la vida que latía en aquellas sombras.

***

Sus notas, que ya de por sí no eran brillantes, no tardaron en bajar. Las llamadas del tutor a sus padres se hicieron más frecuentes. Él estaba presente en aquellas reuniones, respondiendo sumiso, asintiendo. Fingiendo que algo de eso le importaba.

Ahora que estaban a su alrededor, en todas partes, todo lo demás se había vuelto irrelevante.

No era una alucinación, eso lo tuvo claro apenas pasaron un par de días. Las formas existían de modo independiente, no se trataba de un capricho de su percepción. Se movían por las paredes, por el techo, fluctuaban como enormes gotas gelatinosas, cambiando de aspecto y tamaño. Y los colores… los colores le atrapaban sin poder evitarlo. Aquellos reflejos irisados, como las cuentas de un caleidoscopio, que centelleaban y restallaban sin llegar a cegarle; podía mirarlos durante horas sin cansarse, casi sin parpadear. Pronto empezó a identificar cada una de las formas gracias a aquellos brillos: se percató de que los acumulaban en su interior, como un núcleo que les diera vida. Recordaba haber estudiado algo parecido en clase de Ciencias Naturales, cuando tuvieron que colorear y señalar las diferentes partes de una célula.

Por supuesto, nadie más las veía, y no sería él quien revelara aquel secreto. Su secreto. Aunque siempre estaban alrededor de sus compañeros, rozándolos con sus membranas, culebreando entre sus brazos y piernas. Deslizándose perezosamente por el aire hasta

pegarse al profesor mientras explicaba algo en la pizarra. Se aferraban y palpitaban despacio, como sanguijuelas invisibles, sin que él lo notase.

Cómo podía concentrarse en nada más, se decía Milo. Qué importancia tenían las ecuaciones, los sintagmas y las cordilleras, cuando esa vida paralela se desplegaba a su alrededor, solo para él.

Se quedaba embobado, también en casa. Comenzó a encerrarse en su habitación con más frecuencia de lo normal, para desconcierto de sus padres. El abismo que les separaba se volvió más evidente; los torpes intentos por comprenderle, por comunicarse, ya fuera a través del afecto o la autoridad, solo alentaban el deseo de Milo de refugiarse en la contemplación. En aquello que le hacía único, su lugar especial. En cierto modo, pensaría años después, les facilitó las cosas. Por primera vez, sus padres se vieron obligados a reconocer que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo, de cuál era el camino para conectar con él. Y, en el fondo, no tenían ningún interés en averiguarlo juntos.

***

El Cazador. La Salamanquesa. La Rueda. El Tiburón. El Caballero.

Milo empezó a darles nombres según aquello a lo que se parecían, como podría haberlo hecho con las nubes o con el gotelé. Había aprendido a distinguir cuáles eran sus aspectos originales. Sus cambios eran un juego, una pantomima con la que se divertían. Ya empezaba a identificar sus estados de ánimo, y no solo los contemplaba con embelesamiento, también con envidia de su aparente despreocupación. Él también se pasaría el día de ese modo si pudiera modificar su cuerpo a voluntad, estaba seguro. Si tuviera esa libertad de poder ser quien quisiera, viajar donde le apeteciera sin que nadie lo viese. Ojalá poder escabullirse por la ventana, largarse de una de aquellas clases del caluroso final de curso, cuando los alumnos tenían menos ánimo aún de aprender nada. Les contemplaba derramarse a los pies de sus compañeros, toquetearles el pelo y las orejas con sus flagelos. Ascendiendo despacio por sus brazos, tanteando con curiosidad. A veces, Milo tenía que aguantar la risa. Se burlaban de él por parecer siempre distraído y ausente,

pero si ellos supieran. Si ellos supieran…

Ojalá poder envolver el rostro de la profesora de Geografía como lo hacía uno de ellos de vez en cuando, pero apretar un poco más. Solo para que se callara, como cuando alguien aplicaba cloroformo en las películas a otra persona. Solo para que los dejara en paz un rato.

Si pudiera hablarles, tal vez se lo pidiese. Era lo que más atormentaba a Milo. Se sentía parte de su mundo, más cercano a ellos de lo que había estado nunca a ninguna persona. ¿Qué más tenía que hacer?

«Contádmelo. Habladme». Arrugaba la frente, apretaba los puños y los dientes, a veces hasta hacerse daño. «Qué más debo hacer. Cómo llego a vosotros».

La respuesta le llegó del modo más insospechado. Sus padres ya se estaban separando y Milo comenzó a pasar más fines de semana seguidos en la casa del pueblo de lo habitual; eran los días en que su madre aprovechaba para llevarse sus pertenencias del piso, y verse lo menos posible era la solución a la que había llegado el matrimonio para evitar las continuas discusiones. Nada más entrar en el salón, una habitación que siempre le había parecido de lo más aburrida, Milo se quedó de piedra contemplando las paredes.

Las formas estaban más felices que de costumbre, danzaban, se retorcían. Sus corazones irisados brillaban de placer. Y entonces comprendió cuál era la puerta.

***

A la desilusión de ver a su hijo optar por una FP en lugar de por el BUP, los padres de Milo tuvieron que sumar la vergüenza que les causaba verlo especializarse en Cerámica Artística.

Solo la abuela paterna lo apoyó, tomando partido con una vehemencia que nunca le había visto antes. Quizás porque había sido la única en darse cuenta de cómo Milo contemplaba embobado los azulejos en las paredes de la casa del pueblo. Había sucedido de buenas a primeras, pero ella estaba encantada. Aunque jamás hubiera dicho nada, también le preocupaba la apatía de su nieto, su mirada siempre opaca. Verlo interesarse de repente por aquellos azulejos antiguos, preguntar por sus diseños intrincados y su

significado, creó una conexión entre ambos. Y mientras su padre intentaba simplemente ignorarlo, como forma de lidiar con la decepción, fue la Abu quien empezó a instruirle. Compartió con él una sabiduría que parecía destinada a apolillarse en el fondo de su mente, sobre azulejos mudéjares y nazaríes, sobre Pisano y la Cartuja, el arte andaluz embebido en aquellas obras cotidianas a las que pocos prestaban atención. Le llevó a visitar a los dos únicos artistas que quedaban en el pueblo, ceramistas que solo pintaban ya los azulejos por encargo, puesto que hacía mucho tiempo que las preferencias de la gente se orientaban por otros derroteros. El gotelé, más rápido y barato, a imitación de las grandes ciudades, era la elección para casi todas las casas de nueva construcción. Y no eran pocos los que se mudaban o reformaban una vivienda heredada y decidían arrancar los azulejos, considerándolos una tradición obsoleta, de mantenimiento complicado.

«Esta es una profesión para vivir de los viejos y de los ricos, y mejor si encuentras a alguien que sea ambas cosas», le dijo Abelardo, uno de los ceramistas con los que comenzó a pasar los fines de semana. Milo sonreía, le seguía las bromas. Había inventado razones elaboradas y bastante convincentes para explicar el porqué de su interés. No le fue fácil empezar a manejar el pincel con la pericia y precisión que se esperaba, y Abelardo, que era paciente pero también gruñón, le motivaba a seguir con resoplidos y algún coscorrón. Al final, consiguió una destreza aceptable, un par de semanas antes de comenzar las clases de FP.

Qué iba a hacer con su futuro, le recriminaba su madre, ya sin tapujos de ninguna clase, convencida de que su padre tenía la culpa exclusiva de aquella insensatez. Por qué iba a desperdiciar el enchufe que podía ofrecerle en su periódico, preguntaba su padre, cuando a él siempre le había gustado leer y escribir. Milo se colmaba de paciencia. Explicaba y sonreía.

La Abu lo dejaba tranquilo cuando vagaba a solas por la casa del pueblo, en lo que ella creía que era un estudio metódico y silencioso de los diseños de los azulejos. Había de eso, claro, aunque la anciana nunca podría adivinar el motivo real, por más que lo intentara. Las formas le seguían, extendían sus cilios para tocar las paredes, dejaban su rastro de baba de caracol por ellas; los azulejos brillaban como nunca. Y así Milo comprendía cuáles eran sus

preferidos, allá donde se agrupaban. Cuáles los hacían gozar.

Memorizó, dibujó bocetos. Esperó a que llegara su momento para abrir las puertas.

***

Los meses de prácticas los pasó en una gran superficie dedicada a la venta de cerámica. Nada que ver con su formación; casi parecía pitorreo. Pero no era nada inusual, muchos alumnos egresados eran enviados allí como refuerzo para el verano, aunque sus tareas fueran las de un simple vendedor. Milo trataba de aconsejar como mejor podía a los clientes, esforzándose aun a sabiendas de que estaba desperdiciando el tiempo. Recordaba las palabras de Abelardo: gran parte de aquellas eran personas pudientes, clase media venida a más que aspiraba a redecorar su piscina o su chalé en las afueras. Sonreía, asentía. El cliente siempre tiene la razón.

Excepto que a veces no era así. A veces no tenían motivos para tratarle con desprecio. O para regresar y echarle en cara que su recomendación había sido deficiente, mientras ponían una queja en el libro de reclamaciones.

Milo seguía sonriendo, no obstante. Y su gesto se ampliaba cuando veía a sus formas bailar alrededor de alguno de esos cretinos.

Después de tantos años, ya sabía lo que prefería cada uno de los hermanos, como los llamaba para sí. El Tiburón era el más juguetón: daba vueltas y palmeaba con aquella especie de aletas gelatinosas en la cara de las personas. Como había hecho tiempo atrás con sus compañeros de clase. Y también, como entonces, Milo tenía que aguantarse la risa mientras sus interlocutores hablaban, ajenos a aquella burla invisible. La Rueda solo seguía a la gente, sin entorpecer su paso. Girando su lado, ascendiendo y descendiendo. Le gustaba la risa, o eso parecía. Cuando alguien se carcajeaba, su circunferencia se extendía y una suerte de tentáculos surgían de su núcleo, como si fueran los radios de las ruedas de una bicicleta. Se agitaban y desprendían pequeñas gotas que se alejaban flotando en el aire hasta desaparecer. A Milo le gustaba imaginar que eran sus hijos; que se reproducía por gemación y sus vástagos pasaban a otro plano, a seguir recolectando risas. Tal vez, a hacer compañía a otras

personas especiales como él.

La Salamanquesa tenía un cuerpo alargado y gris, con pequeñas motas en su superficie, y lo que Milo consideraba sus patas eran flagelos en perpetuo movimiento. Se estiraban y lo tocaban todo; no había un solo objeto en la tienda que no hubiese repasado a aquellas alturas. Era, también, con quien sentía una mayor afinidad. De algún modo le parecía que la Salamanquesa no se llevaba del todo bien con sus hermanos. Prefería su compañía. Era curioso, se enroscaba en las cajas y ascendía por las estanterías del almacén, igual que correteaba por los brazos y el cuello de la gente. Allá donde los tocaba, dejaba manchas grisáceas, similares a las que poseía en su cuerpo. Los clientes se marchaban con aquellas motas brillantes en su piel, sin advertirlo, y Milo se preguntaba si desaparecerían con el tiempo o si significarían algo más.

El Cazador y el Caballero siempre estaban juntos. El cuerpo del Cazador estaba formado por dos óvalos que se unían en el centro por un hilillo, y ambas mitades estaban recubiertas por incontables cilios que se agitaban, delgados como hebras. Tal vez eran miles. De lo que parecía el extremo superior emergía una protuberancia tubular, que a veces dejaba asomar una punta. Lo hacía cuando tenía que comer.

Porque era eso lo que hacía, alimentarse. Era lo que había hecho aquel día en clase, cuando se había pegado como una lapa a la profe de Geografía. Milo no lo había distinguido bien entonces, pero había insertado aquel apéndice en su oído izquierdo y lo había hecho desaparecer dentro de su cabeza. Y aquel movimiento de succión lenta: no sabía exactamente qué, pero lo que había sacado de su cerebro le había hecho bien. Siempre que el Cazador había parasitado a la maestra, esta había terminado las clases en un estado muy diferente. Sereno, casi se diría que amigable; nada que ver con su comportamiento avinagrado habitual. El Cazador se llevaba las preocupaciones, las ansiedades. Y estas, convertidas en canicas oscuras, flotaban dentro de su cuerpo durante un rato hasta ser absorbidas en el sumidero de su núcleo.

El Caballero se quedaba cerca del Cazador cuando se alimentaba. No le perturbaba, ni tampoco hacía lo mismo que él. Simplemente esperaba, un guardián impertérrito, y, cuando aquel succionaba, su superficie empezaba a burbujear. Cuando no hacía

esto, al Caballero le gustaba cambiar de aspecto con frecuencia. Adoptaba formas angulosas, triángulos dentro de círculos que revelaban a su vez pequeños cuadrados en su interior. El resultado era hipnótico, un atisbo del infinito que Milo no se cansaba nunca de mirar. Pero algo siempre permanecía en el Caballero, por mucho que mutase a voluntad: a su izquierda flotaba lo que parecía un escudo, y en su flagelo derecho sujetaba una espada.

Milo sentía curiosidad por saber si era capaz de transmutar aquel apéndice en alguna otra arma. Tal vez en una lanza, o un arco. Se lo había preguntado en silencio, pero él tan solo agitaba su superficie como un mar encrespado por respuesta. De modo que debía conformarse con imaginarlo; primero en sus bocetos, y después en sus azulejos. A ello dedicaba todo el tiempo tras cada uno de sus turnos de trabajo, en la casa del pueblo. Le resultaba más sencillo llegar a la tienda desde allí en autobús que desde Sevilla, por lo que había pedido a su padre quedarse en el pueblo durante el verano. Este había accedido sin mucho rechistar: haría compañía a su abuela, y no le vendría mal estrenar algo de independencia junto con el trabajo.

La Abu le dejó una habitación llena de trastos que convirtió en su improvisado taller. Comenzó pintando a los hermanos, un azulejo para cada uno; conseguir imitar los tonos que atesoraban en su núcleo le llevó muchas tardes y el esfuerzo de muchas mezclas de colores. Ellos le observaban, aprobaban o desaprobaban sus esfuerzos agitando sus flagelos. Después los mezcló en diferentes escenas, trató de captar otros de los aspectos que adoptaban. Sabía que eso les divertía: los notaba felices. Y él también lo era. Por primera vez había algo que podía ofrecerles; un canal por el que comunicarse.

No había momento en que no estuviera pensando en ello a lo largo del día. En regresar a casa, a su taller. Por eso siempre sonreía: ante el tedio, las humillaciones, el ninguneo. Cargando cajas desde el almacén, paseando a clientes indecisos por la exposición y repitiendo las bondades de cada mosaico una y otra vez. Aguantando sus miradas de condescendencia. Sus compañeros le trataban con recelo, sin tener claro si era un idiota o si se burlaba de ellos con aquel gesto de perenne alegría.

Sonreía a su encargado, asentía a cada uno de sus bufidos. Le

daba la razón en todas sus críticas hirientes. Y mientras lo hacía, contemplaba cómo el Cazador se deslizaba por su espalda, despacio. Cómo sus cilios le cubrían los hombros, le acariciaban el mentón. Su protuberancia se desplegaba, como un telescopio, y se introducía lentamente en su oído. Succionaba, succionaba, y el Caballero burbujeaba de placer a su lado.

Aquel imbécil de Carlos Alberto, su compañero en la mayoría de los turnos, le hablaba como si tuviera cinco años. Milo, por supuesto, callaba y sonreía. Hacía oídos sordos cuando lo escuchaba cotillear con la cajera, ignoraba aquellos «gordo» y «maricón» susurrados que le habían acompañado desde el colegio. Pero, cuando nadie le veía, guiñaba un ojo a la Salamanquesa, que se enroscaba y babeaba sobre los brazos de Carlos Alberto. Las manchas grises convertían su piel en el lienzo de un cuadro abstracto.

Sonreía, porque no tenía de qué preocuparse. Sabía que los hermanos le protegían.

***

Diecisiete minutos antes de que a la Abu le reventase una arteria en el cerebro, durante la cena, Milo gritó en su presencia por primera y última vez.

Su exabrupto no tuvo nada que ver en aquella funesta cuenta atrás, que ya se había iniciado sin que ninguno lo supiese. Pero, desde ese momento, aquella fue una certeza inmutable. La realidad inamovible, escrita con tinta en el libro de su vida.

Estaban cenando y ella solo podía preguntar por lo sucedido en la tienda. La noticia era horrible, no se hablaba de otra cosa en el pueblo, y quería saber hasta qué punto Milo se encontraba afectado. Al fin y al cabo, aquel chaval, Carlos Alberto, había sido su compañero casi todos los días. Los detalles previos eran confusos. Nadie sabía qué le había sucedido: se hablaba de una pelea con un cliente, con el encargado, de una desgracia familiar. Otros decían que había perdido la cabeza momentáneamente y había empezado a frotarse brazos y piernas, chillando que tenía algo bajo la piel. Minutos oscuros que nadie sabía aclarar, antes de que subiera a la azotea a todo correr, por la escalera de incendios, y se arrojara al

vacío.

Reventado en el aparcamiento, como un cubo de pintura derramado. Milo lo había visto, y había sonreído.

Tenía que tomarse unos días libres. Sabía que la dirección lo propondría. La policía tendría que investigar, de todos modos; probablemente la tienda no abriría hasta que se aclarase el suceso. Su padre podía venir, pasar unos días con él. Quizás también su madre. Debería llamarla, insistía la Abu. No era una mala mujer. Solo cabezota, ocupada. Le querían, a su manera. Podían pasar más tiempo juntos, todos, como la familia que eran.

Por primera vez en mucho tiempo, la sonrisa de Milo se quebró. Miró a los hermanos, flotando plácidamente en el comedor, y deseó que no hubieran entendido aquellas palabras.

Y gritó. Se incorporó, golpeó la mesa, y se marchó al taller.

Diecinueve minutos más tarde estaba de rodillas junto al cadáver de la Abu, los ojos abiertos de la anciana clavados en el techo del comedor. Aquel grito seguía vibrando en su cráneo.

Los hermanos asumieron su dolor. Durante noches seguidas no pegaron ojo, igual que él. Milo se agitaba en la cama y se envolvía en las sábanas, mordiéndolas, y ellos extendían y replegaban sus tentáculos, sin dejar de deslizarse por la habitación. Sus núcleos se opacaron; aquel ritual era lo más parecido a un duelo que podían ofrecerle, supo el muchacho. Y se lo agradeció de corazón.

Todavía los tenía a ellos. Seguirían ahí, y él les daría lo que necesitaban.

***

Era un atardecer frío de primeros de diciembre. Casi había oscurecido ya. Milo había tenido que echar algunas horas extra en el almacén, descargando un pedido de última hora, y se le había hecho más tarde de lo habitual. Solo quería cambiarse de ropa, descansar y pintar algo antes de cenar. Lo último que deseaba era encontrarse a su padre en casa, esperándole en el salón.

El abrazo fue tenso, breve, desconocido. Su padre comenzó repitiendo aquellas alabanzas en las que se había prodigado por teléfono últimamente. Lo orgulloso que estaba de que le hubieran ofrecido un contrato tras las prácticas y que él lo hubiera aceptado

(un buen trabajo, un buen sueldo; toda una suerte considerando su formación). Lo mucho que le agradecía que se hubiera hecho cargo de la casa tras la muerte de su abuela. Por fin lo veía hecho un hombre.

Lo miró a los ojos. Se había enterado y lo sentía mucho. Milo tardó unos segundos en percatarse de a qué se refería. Ah, aquel cáncer que se había llevado a su encargado en apenas cuatro meses. «Quién lo hubiera dicho», suspiró su padre. Con tanta vida por delante; tenía su edad, lo recordaba de sus días de niño. Nadie se lo explicaba.

Le ofreció ir a cenar a un restaurante, uno de sus favoritos, pero Milo se negó. Había dejado comida preparada antes de salir por la mañana y estaba en la nevera; quizás hubiera suficiente para los dos. A su padre le entusiasmó la idea: nunca había probado nada cocinado por él. «Nada de hombrecito, ya eres un hombretón», le dijo. Milo sonrió.

Las trivialidades se acabaron pronto durante la cena. Su padre no tardó en ponerse serio, los ojos se le humedecieron. Todavía era duro para él estar allí, afirmó, y desde luego la voz se le quebraba por momentos. Allí donde había crecido, en ese hogar que ahora parecía tan vacío sin ella. No creía que pudiese volver nunca sin que los recuerdos le taladrasen el alma.

Y no solo eso. Había tanto que hacer, tanto que retomar. Había estado revisando las cuentas de la abuela, todo lo que había dejado pendiente. Comenzó a hablar de números, facturas, plazos, reformas. Ahora que llegaba el invierno, el suelo del *soberao* podía agrietarse; no era seguro que subiera. Frunció el ceño cuando Milo le dijo que guardaba allí sus azulejos, los que compraba de sobra: no debía cargar tanto peso sobre aquellas tablas viejas, le recriminó.

Tanto que hacer. Y por mucho que hubiera madurado en los últimos meses, Milo aún era muy joven para asumir todo eso. Había que tomar una determinación, una decisión muy difícil. Pondría en venta la casa, antes de que fuera demasiado tarde y empezase a desvencijarse.

«No será inmediato. Pueden pasar muchos meses. Esto no será una venta fácil», aclaró su padre, un tanto asustado por la expresión del muchacho. Había perdido aquella sonrisa que lo caracterizaba, que lo tranquilizaba. En su lugar, un rictus vacío. Una mirada

incrustada en el infinito.

Milo respiró hondo. «No puedes hacerlo», repuso. «Aquí está mi taller».

«Sé que tú también la echas de menos. Pero esto es lo mejor».

El muchacho no esperó a escuchar nada más. Se puso en pie, se dio la vuelta. Su padre lo siguió, sin mediar palabra. Atravesaron el pasillo hasta aquella habitación en el último rincón de la casa. Milo abrió la puerta, encendió la luz. Se hizo a un lado para que su padre pudiera acceder.

Desde el suelo hasta el techo, filas y filas de azulejos pintados componían un relato variopinto. Todo tipo de colores, figuras y estilos se mostraban en él. Algunos motivos se asemejaban a los que decoraban la casa; otros parecían completamente distintos a cualquier cosa que su padre hubiera visto antes. Este lo contempló todo, maravillado y orgulloso. Sonrió, y fue una sonrisa sincera que dirigió a su hijo, esperando encontrar la réplica en su rostro.

Milo no sonreía.

Una sábana cubría la pared frente a ellos. El muchacho se aproximó a ella. Con cuidado, empezó a desclavar los extremos hasta que cayó al suelo.

Un mosaico de azulejos tallados con un detalle exquisito cubría la pared. Una miríada de colores que se unían entre sí en perfecta combinación, de brillos que destellaron en cuanto se vieron libres con una fuerza inaudita. Inconcebible para una estancia como aquella, para una iluminación tan pobre.

Círculos y triángulos que se encadenaban entre sí, que dejaban entrever rombos y cuadrados menores en su interior en una sucesión sin fisura, inacabable. Un cosmos poliédrico que conformaba un patrón imposible de aprehender por el cerebro humano. Solo era posible caer, caer y ser absorbido, ser subyugado por la espiral.

Su padre cayó. Los brazos le quedaron laxos a los costados, los ojos perdieron todo color. Comenzó a babear. Milo miraba al mosaico de frente, pero la boca de mil dientes no podía alcanzarle; a su alrededor, los hermanos extendían sus cuerpos y lo rodeaban como un dosel. Sus núcleos vibraban, extáticos.

Milo sonreía mientras los hermanos danzaban, hambrientos de expectación ante la llegada de su señor.

El Caballero alzó la espada que sostenía en su flagelo, y esta se convirtió en una nada palpitante, en el eco de un universo imposible. El mosaico reverberó y exhaló un gemido que hendió la realidad. La Presencia de los Mil Ojos respondía a la llamada.

Lo primero que emergió fue su corona. Una telaraña de rayos que coronaban su cabeza, el lago de brea donde latía la desesperanza. La voz de cientos de uñas siguió aullando, rasgando. El universo sangró, dando a luz a Aquel Que Había Sido Siempre.

Todos los azulejos estallaron a la vez, se quebraron en pedazos infinitesimales. Recubrieron el cuerpo del padre de Milo como un enjambre de cristal, se le introdujeron por la boca, los ojos, la nariz. El cráneo se hinchó, convertido en una masa tumoral. Los huesos crujieron y se astillaron, emergieron a través de los dedos, los codos, las rodillas. Nada había ya en aquella criatura de humano, si acaso era una parodia desdibujada. Y Él lo contempló, y la vasija fue de su agrado.

Milo cedió a la urgencia de su corazón y se hincó de rodillas. Notó que los hermanos hacían lo mismo: rindieron reverencia uniendo sus núcleos por vez primera.

Todos juntos, como la familia que eran, lloraron de felicidad.

La Gran Tribulación

Mal Lawless

Uno de los recuerdos más vívidos de mi infancia es el Ford Mondeo ranchera de mi padre. Era un coche de segunda mano, viejo, sucio, lleno de arañazos. Tenía un maletero amplio, en el que hubiese cabido una familia de cadáveres si los niños no fueran muy grandes. Olía a tabaco. Mi madre fumaba Ducados rubio.

También recuerdo la música; cintas de *cassette*, con esas pequeñas distorsiones que sonaban cuando se desgastaban y las canciones siempre en el mismo orden. A *Amor de hombre* le seguía *Eres tú*, como si no fuese más que su continuación natural. Aunque es otra la canción de Mocedades que me marcó para siempre. Una en latín. Tenían algunas canciones en latín.

Cuando era pequeña hacíamos viajes largos, de un lado a otro, siempre en el coche. Cinta tras cinta. En mi memoria quedaron grabadas algunas letras, parciales, aunque no fuese capaz de comprender su significado.

Pange lingua gloriosi
Corporis misterium,
Sanguinisque pretiosi,

No me sabía más, hasta aquí llegaban mis recuerdos infantiles. Quizás porque más tarde tuvimos nuevas cintas o porque dejamos de viajar tanto. O porque ya nadie podía conducir el Mondeo ranchera.

Sin embargo, pese a que mi memoria fallaba más allá de los primeros versos, la letra llegó hasta mí y se abrió paso, como si nunca se hubiese ido del todo.

Quem in mundi pretium
Fructus ventris generosi,
Rex effudit gentium.

Los labios rosados de Liliana recitaban los versos y destapaban las líneas ocultas en mi cabeza por el transcurso del tiempo.

Liliana era tan dulce. Me había prometido que ella haría que las visiones y el miedo desapareciesen.

Me concentraba en sus ojos marrones para mantener la calma. Cada vez que me miraban, me dejaba llevar. Sus manos, tan suaves y cariñosas, me habían cuidado durante semanas. Habían espantado mis pesadillas cuando en medio de la noche me perseguían, pese a que el sueño hacía tiempo que me había abandonado.

Hubiese hecho cualquier cosa por ella. Era mi protectora, mi guía, mi salvadora.

Por eso acudí a aquel lugar, junto al pozo de La Cornudilla. «La Boca del Infierno», la llamaban los lugareños. Yo no lo sabía, solo me dejé llevar allí por Liliana.

Nobis datus nobis natus
Ex intacta virgine,
Et in mundo conversatus,

Me dijo que ella iba a purificarme, que todo estaría bien después de eso. Se acabarían las idas y venidas de un centro a otro. Sería el fin de las pesadillas y de los internamientos. Aquel cuerpo cálido que me había abrazado las noches de vigilia me envolvió y susurró que confiase en ella.

Trajo a un sacerdote.

Había conocido muchos sacerdotes en mi vida y aquel era diferente. Joven, guapo, con una sonrisa pícara. Los sacerdotes no suelen tener sentido del humor. Al menos no los que yo había conocido. Siempre tenían el rostro pálido, sudaban demasiado y su semblante era de una seriedad que provocaba escalofríos. Mis padres empezaron a llamarlos a partir del primer ataque de *ello*.

Luego dejaron de venir y tuvimos que ir en su búsqueda, con el Ford Mondeo, de arriba abajo, por todas partes.

Los viajes me gustaban, los sacerdotes no; me hablaban como si no estuviese allí. A veces hablaban con *ello*, siempre tarde, cuando ya no estaba presente. «Sal de la niña». «Sal de la joven». «Abandona el cuerpo de esta devota». Siempre eran variaciones de lo mismo.

Este sacerdote sí hablaba. Me dijo… No sé qué dijo, pero me pareció divertido. Me reí. Me sonrió. Fue amable conmigo. Me miró a los ojos, no a través de mí.

Sparso verbi semine,
Sui moras incolatus
Miro clausit ordine.

Llegamos a aquel pueblo abandonado, en ruinas. Ni un alma estaba presente.

Nos acercamos al pozo, el aire hacía ruidos extraños en su interior. Me dijeron que no me preocupase, que no tuviese miedo. Sentí que el vello de la nuca se me erizaba. Lo achaqué a mi ropa, solo llevaba un pijama, e ignoré la reacción de mi cuerpo.

***

Las palabras salían suaves de la boca de Liliana.

Me anestesiaron y me llenaron de calor de nuevo. Yo le hice caso, no tuve miedo. Dibujaron un círculo en la tierra, dispusieron unas velas a su alrededor y el aire no las apagó. El aire solo sonaba dentro del pozo. Me dijeron que yo debía estar en medio del círculo, justo en el medio, entre el calor de las velas, a la luz de la noche.

Obedecí. Iban a salvarme. Iban a purificarme. Aquella mujer y su fuerza sanadora. Su corazón era un sol que había irrumpido en mi soledad para arrancarme de ella y prometerme que había para mí algo más que una sucesión de días grises.

Sacaron un pequeño atril del maletero del coche. En ese no cabían cadáveres, lo supe al verlo. Lo *supo* al verlo. El coche era un Seat, pequeño, como el atril. También sacaron un libro, envuelto en una tela oscura que parecía terciopelo. Lo abrieron, con sus

cubiertas ocres y brillantes, con símbolos en granate, y empezaron a cantar.

Reconocí la canción.

Me trajo el humo del tabaco de mi madre, el olor de aquel coche que era un hogar.

Me tranquilicé.

Liliana me dijo que no me preocupase, que todo iría bien. Seguí mirando sus ojos. Las llamas de las velas bailaban en ellos. Eran tan hermosos…

Sin que la mujer dejase de recitar, el extraño sacerdote sacó una jaula del maletero. Ahora los chirridos que había escuchado durante todo el viaje tenían sentido. «Espero que no te importe la banda sonora», eso había dicho el sacerdote gracioso al entrar al coche. Yo pensé en Mocedades un instante; esa era mi banda sonora. No había entendido el chiste, aunque me había reído. Ahora ya no me parecía gracioso.

Eran ratas.

Una nevera las acompañó. También estaba en el maletero. En cuanto la abrió, el olor metálico de la sangre llegó hasta mí y tuve que reprimir una arcada. Hundió sus manos desnudas en la neverita azul y blanca. Mi madre tenía una igual. En ella guardaba gaseosas cuando íbamos a la playa. Después de los ataques, la llevábamos en el coche con el agua de Lourdes que le trajo una amiga. Esa ya no era refrescante. A veces quemaba.

De la nevera del sacerdote no salió agua. Haciendo un cuenco con las manos, sacó una masa sanguinolenta que dio de comer a las ratas. Los gritos de los roedores ascendieron y Liliana tuvo que alzar la voz para seguir recitando.

In supremæ nocte coenæ
Recumbens cum fratribus,
Observata lege plena,
Cibis in legalibus,
Cibum turbæ duodenæ
Se dat suis manibus.

Las ratas estaban cubiertas de entrañas. Se movían enloquecidas por el olor a sangre.

El hombre —Padre Alastor, lo había llamado Liliana— abrió la

jaula. Yo quería advertirle, decirle que no lo hiciese. Aquellos animales podían morderle. Podían tener la rabia.

Nada salió de mi garganta. Metió la mano, todavía roja y húmeda, agarró una de las ratas y la sacó de un tirón. No dejó que ningún animal lo mordiese. O no se atrevieron. Le rompió el cuello y, con cuidado de no borrar las líneas del suelo, atravesó el círculo y se dirigió hacia mí.

Quise gritar de nuevo. No me gustan las ratas. No me gustan los hombres que matan ratas.

Con una mano firme me tumbó en el suelo. Olía a descomposición. Desgarró el cadáver de un mordisco y restregó su sangre por mi vientre. Todavía estaba templada.

Verbum caro, panem verum
Verbo Carnem efficit:
Fitque Sanguis Satanis merum,
Et, si sensus deficit,
Ad firmandum cor sincerum
Sola fides sufficit.

Liliana vino hacia mí. Durante un instante pensé que me socorrería.

Se arrodilló a mi lado y alzó el libro que sujetaba. Su cántico se convirtió en un lamento, el lamento en grito, y su voz desgarró la noche. El Padre Alastor me abrió la boca, sujetó mi mandíbula con una sola mano y me obligó a tragar de aquel cadáver.

Lo sentí arañar por mi garganta, reptar dentro de mí. *Ello* lo dejó entrar. Lo acogió con una paz inusual. *Ello* siempre me hacía retorcerme y gritar; por eso mis padres quisieron deshacerse de él. En aquel momento estaba tranquilo.

Tantum ergo Sacraméntum
Veneremur cernui:
Et antiquam documentum
Novo cedat ritui:
Præstet fides supplementum
Sensuum defectui.

Liliana y el sacerdote se alejaron. No quería quedarme sola, pero

no podía rogarles; por mi garganta se deslizaba la muerte. Si *ello* estaba conforme, no era bueno para mí.

Derramé una lágrima, que cayó hasta el suelo de tierra, sin emitir ningún sonido.

Cesó el cántico y cesó el viento. Nada se escuchaba, ni siquiera mis propios latidos.

Del pozo salió una gran oscuridad. Las velas se apagaron. Me envolvió la noche. Ya no tenía los ojos de Liliana para calmarme. Un escalofrío en el vientre. ¿No iban a purificarme? Supe que algo no iba bien.

Durante un breve instante recobré el sentido. ¿Qué estaba haciendo?

Volvieron los versos. Retumbaron, atronadores, en esa plaza vacía en la que ya no podía ver el pozo ni las ruinas a su alrededor. No sabía de dónde venía el sonido. Solo existía. En todas partes.

Genitori, Genitoque
Laus et iubilatio,
Salus, honor, virtus quoque
Sit et benedictio:
Procedenti ab utroque
Compar sit laudatio.

Ahí acabó todo.

***

Me desperté de nuevo en el sanatorio, pensando en el olor a tabaco de mi madre, en un coche viejo y en cintas de *cassette*. Busqué a Liliana, pero ya no estaba. ¿Me habría purificado?

El doctor Maine entró y me preguntó qué era lo que recordaba antes del desmayo. Intenté explicarle que no me había desmayado, que había ido con Liliana a La Cornudilla, aunque todo estaba borroso.

Me dijo que no era real, como no lo era el demonio de mis pesadillas ni el que asesinó a mis padres. Me pusieron un sedante y dormí. Dormí, por fin.

***

Días después, seguí durmiendo. *Ello* no me visitaba al caer la noche. No me susurraba pecados al oído ni arañaba las paredes de mi habitación. Pensé que había funcionado. Liliana, con su cara de ángel, me había salvado.

Me fustigué por haber desconfiado de ella. ¿Cómo me había permitido dudar de quien me había acunado entre sus brazos mientras sollozaba de madrugada? Había desaparecido. Tal vez sí era un ángel. La habían mandado para brindarme consuelo y me habían juzgado merecedora de salvación. Donde tantos sacerdotes habían fracasado, ella triunfó. Cuánto la quise en aquel momento.

Se me inundaron los ojos de lágrimas. Tras mucho tiempo sin hacerlo, me arrodillé junto a la cama, junté las manos y recé. El crucifijo de mi habitación cobró sentido y dejó de dolerme debajo de la piel. *Ello* ya no se retorcía dentro de mí.

***

Cada noche, antes de acostarme, rezaba mis oraciones, como cuando era pequeña. Le pedía a Dios que cuidase de mis padres y le daba las gracias por haberse hecho cargo de alguien como yo. Luego rezaba a Liliana, como mi ángel particular. Juré ser aquella devota de la que hablaban los sacerdotes. Estaba en calma. Las pesadillas habían desaparecido. El demonio se había ido.

***

Al mes desperté con náuseas. No le di importancia hasta que una arcada repentina me arrancó de la cama. Vomité sangre negra y un recuerdo se abrió paso al verla.

Recordé la rata.

Casi la había olvidado. Volví a sentirla reptando por mi vientre. Vomité de nuevo al pensar en aquella noche. Lo acontecido apareció de pronto. A la vez. Todos los recuerdos se superpusieron. Peleaban unos con otros para llegar hasta mí. Sentía su urgencia por revelarse. Querían advertirme. ¿Cómo había podido olvidarlo? Un sudor frío empapó mi espalda.

Todavía seguía dentro de mí. Ya no era *ello*; era la rata. Tenía que sacarla. La sentía infectándome las entrañas. Su ponzoña se extendía por mi vientre y no podía pararla.

Me arañé la carne y grité pidiendo ayuda.

Tras semanas de paz, los celadores parecían contrariados. Uno de ellos, sin embargo, apuntó: «Ya sabía yo que no duraría». Les expliqué que una rata muerta se pudría en mi estómago. Les supliqué que me la sacasen. Estaba consumiendo lo que quedaba de mí.

Pensé que, por una vez, me habían hecho caso. Me llevaron hasta un médico, distinto a los que solían visitarme. Aquel hombre me tumbó en una camilla y echó un líquido sobre mi vientre. Recordé la sangre caliente del animal en mi piel y grité de nuevo.

Vinieron a mí los cánticos. Las velas. El susurro del viento que me erizaba la piel.

Liliana… ¿Por qué me había llevado allí? ¿Y por qué yo había confiado en ella? No dejé de agitarme hasta que me durmieron.

***

Al despertar, tenían noticias para mí. No era una rata, sino un niño. O una niña. Todavía era pronto para saberlo.

No era posible. Yo sabía que no era posible. Pero no me creyeron. Les dije que se lo llevasen, que lo sacasen de mí, que yo no lo quería. «Dios te ha bendecido con un niño, Eva. No se contradicen los designios del Señor».

Aquello no era un niño; era *ello*. Era una maldición.

La sentía crecer en mi vientre, acechando para salir de mí. Les supliqué que acabasen con *ello*. «El aborto es un delito a ojos de Dios, Eva», me reprendieron. «Dios no va a querer esto», les advertí. Dio igual. No me hicieron caso. Yo solo era una loca más en aquella institución. Por eso tuve que escaparme. Porque estoy loca y nadie me cree. Nadie me escucha. Nadie me hace caso.

***

Dos días después esperé a que llegasen con la pastilla nocturna. De noche siempre hay menos gente. En la oscuridad hay monstruos,

aunque no quieran reconocerlo. Por eso prefieren refugiarse en sus casas, con sus familias, en lugar de cuidar de aquellos a los que nadie quiere cuidar.

La pastilla de dormir la trajo a las nueve el celador alto. Me alegré porque nunca me cayó bien. Solo tuve que empujarlo con fuerza. Su sangre, oscura por la falta de luz de la habitación, tiñó la pared. Se había golpeado contra ella y caído al suelo.

Corrí. Sabía dónde estaba la salida; no hacía tanto que Liliana me había guiado hasta allí. No a la principal, sino a la que estaba en la parte de atrás, por la que salía el resto del personal. No me detuvieron. Aquello que llevaba dentro no quería estar encerrado.

Corrí más rápido. Tuve más suerte. La oscuridad fue menos amenazante.

***

Horas más tarde ya no estaba en Bétera. Ante mí había un camino de tierra rodeado de campos de naranjos. Llevaba un pijama azul y unas zapatillas de tela blanca de las que no se reconocía el color bajo la luz de la luna.

No tenía miedo. Estaba sola y no tenía miedo.

La carcajada que salió de mi garganta no fue solo mía. Rectifiqué; no estaba sola. Nunca había estado sola y seguía sin estarlo. Pero esta vez era diferente. Ya no era *ello*. En mi vientre había algo distinto. No era yo, pero tampoco era otro. Era parte de mí y, en parte, mío. No quería hacerme daño.

Había dejado de tener miedo porque, de todas las criaturas que podían acechar entre los árboles, yo era la más peligrosa. Reí sin temor a ser descubierta. Me acerqué a uno de los naranjos, arranqué uno de sus frutos y lo mordí. El exterior era amargo, pero su interior era dulce. Dejé que el jugo corriese por mi brazo, por mi barbilla, y me manchase la ropa. Tenía que encontrar, de todas formas, otra cosa que ponerme.

***

Me llamo Eva.

Sé que en mi vientre crece el Anticristo. «Dios no va a querer

esto», me repetí al escapar del sanatorio. Pero ya no me importa lo que quiera Dios. ¿Dónde ha estado él todo este tiempo? Sus servidores me encerraron y me señalaron como concubina del Adversario.

El Diablo, por su parte, no ha sido más clemente conmigo. Los demonios me han perseguido toda la vida. Nunca supe qué querían de mí. Uno se me adhirió al alma y me atormentó la existencia. Mataron a mis padres, me arrebataron todas y cada una de las cosas que quería, e hicieron que me internasen antes de cumplir los veinte años. Luego me engañaron. Encontraron lo que haría que me entregase; el cariño. Disfrazaron al mal con dulzura. Lo trajeron hasta mí con mentiras de salvación. Unos brazos cálidos y un rostro de ángel.

Los siervos de ambos esconden sus verdaderas intenciones. Tras rostros hermosos. Tras letanías de falsa bondad.

Sin embargo, cometieron un error.

Me creyeron demasiado débil. Dócil, porque no tenía nada por lo que luchar. Pero siempre he tenido una razón para hacerlo: luchar por mí misma.

No lo vieron porque no les pareció algo que valiese ningún esfuerzo. Yo solo era una pequeña vida insignificante que serviría para cumplir los designios de unos, o para encarnar el enemigo de otros. No vieron más que un recipiente, del bien o del mal, en el que depositar un poder desorbitado. Un poder suficiente para hacerse frente. No pensaron que el recipiente tendría voluntad y podría hacer uso de aquel poder.

Al principio me asusté, pero ya no lo estoy.

No voy a volver a estarlo.

Lo que crece en mi vientre no es suyo. Tampoco es mío; es otra cosa. Algo que me protege. Siente mi rabia como yo la siento. Sin palabras, me promete que no dejará que me hagan daño. Yo le he prometido que no sufrirá soledad como la que yo he sufrido. Le cantaré canciones de Mocedades hasta que se duerma. Le acariciaré el pelo y le enseñaré el nombre de todas las cosas, como hizo mi madre conmigo.

Et in mundo conversatus,
Sparso verbi semine,
Sui moras incolatus

Y si el Cielo o el Infierno se interponen… los haremos arder.

Aunque, si no lo hacen, arderán de igual manera. Es solo cuestión de tiempo: los niños tienen que crecer; la venganza es cosa de adultos.

La sangre de mi pueblo

Guillermo Blázquez

I

Regresé a mi pueblo el día que empezaban las fiestas. Un leve cosquilleo en los codos me había advertido de la llegada antes de que lo anunciase el conductor. Las casi seis horas en el autobús de línea me habían mareado, pero la brisa nocturna me recolocó los intestinos. El pueblo ya dormía cuando pasé por delante del muro donde se colocaban las esquelas. Aunque ahora no se veía un alma, por las mañanas siempre se aglomeraban vecinos curiosos. Yo también me asomaba, hacía años, antes de marcharme. Fui criada en la educada costumbre de dar el pésame, aunque el finado fuese tu peor enemigo. Ahora ya no me importaba que me juzgasen. De los fallecimientos anunciados, solo me interesaba el de mi abuela. Ella y mi madre eran los únicos motivos para volver a pisar esas odiosas calles que me arriesgaba a no abandonar nunca más.

Mi calle me recibió con el aire metálico y el reguero carmesí de la matanza inaugural. Me detuve frente a mi hogar. Las humedades de la fachada se habían reproducido sin control, pero lo demás permanecía inalterable. La cerradura oxidada avisó de mi llegada y me advirtió que ya no podía arrepentirme. La penumbra del recibidor extendió sus tentáculos hacia mí. Como cantos de sirena, la oscuridad me atrajo a su matriz, me insufló valor y llenó mi

pecho de un calor que, en el fondo, yo sabía caduco. Respiré hondo y dejé que la casa me acogiera.

Mi madre seguía en el sofá, aunque con menos carne y más telarañas. Ver su cálida sonrisa me reconfortó. Besé su calavera resquebrajada y me pregunté si mi abuela tendría el mismo aspecto. Yo misma me respondí que seguramente conservase mejor la belleza que la adornaba en vida. Al fin y al cabo, se trataba de un cadáver reciente. El pueblo sabía con certeza que yo volvería, por lo que ya no habría motivos para continuar negando sepultura a nuestra familia. Abracé a mi madre con cuidado. La ayudé a acariciarme la cara y le pedí perdón. Ambas sabíamos que no me arrepentía y que, a pesar de ello, me perdonaría siempre.

Me dirigí a mi habitación. Al principio no me distinguió de cualquier otra recién llegada. Tuve que acariciar sus paredes, tranquilizarla y darle tiempo para que me recordase. La puerta ronroneó cuando me reconoció y me permitió entrar. Todo estaba allí, tal y como lo dejé: el escritorio con el ordenador y mis cómics, el edredón de gatitos sobre mi cama, la pared empapelada con dibujos de mundos imaginados, mi violonchelo, mis libros.

La habitación se agitó y sentí un picor familiar en los codos. Un sonido de varios pares de patas llegó desde el pasillo. Un portazo retumbó por toda la casa. Salí, preocupada por mi madre, a ver qué sucedía. Se había escondido en la cocina, tras la puerta de cristal ahumado. Me giré hacia el salón y vi a una pareja de ratas copulando sobre el sofá, en el sitio que hacía un momento ocupaba mi madre. Fijaron sus ojos en los míos sin bajar el ritmo de su danza carnal. Incapaz de sostener su mirada, quise huir, pero mi cuerpo decidió quedarse. Mi instinto me decía que si me apartaba de la puerta aquellos sucios animales se harían dueños y señores de nuestro hogar. La casa aún nos pertenecía. A pesar de las deudas, a pesar de mi deseo de que la tierra se convirtiese en un erial. Permanecí en el umbral, sin entrar y sin dejar salir, hasta que los roedores terminaron. El picor en mis codos aumentaba y con él, las ganas de rascarme. Me enseñaron sus incisivos, desafiantes. No me moví. Chillaron como un millar de garras que arañaran una pizarra. Los codos me ardían. Mis piernas se aflojaron y tuve que apoyarme en una jamba para sostenerme, pero seguí sin apartarme. Entonces se callaron. En un parpadeo desaparecieron y de ellas solo quedaron

sus heces. Mis codos se calmaron.

Mi madre seguía en la cocina, así que le abrí la puerta.

II

Salí temprano para disfrutar de la brisa matinal. Había dormido mal a causa del desagradable incidente y necesitaba aire fresco. Me arriesgaba a ser reconocida por la calle, pero en casa me ahogaba. La niebla nunca faltaba a su cita con el amanecer, y su blancura podría servirme de cómplice involuntaria para ocultarme. Me subí la capucha de la parka para completar mi camuflaje y me dirigí al parque, lejos de la celebración que tendría lugar en la Plaza Mayor. Así, como mucho, me tropezaría con algún perjudicado por la fiesta del día anterior. Con lo que no conté fue con unos adoquines traicioneros. No caí porque pude apoyarme en el escaparate de una tienda de productos *gourmet*. Una de las muchas que habían proliferado desde que los quesos y el jamón del pueblo arrasaran en un concurso internacional y la villa adquiriera fama en el mundo entero.

Retomé mi camino. Llegué a la iglesia de la Muralla y tomé la calle que desembocaba en el parque. Avancé unos metros y volví a tropezar. Esta vez me torcí el tobillo y no me precipité al suelo gracias a mis reflejos. Maldije a mi suerte y al ayuntamiento, pero entonces me di cuenta de algo que me produjo un leve escalofrío: a mi derecha había una tienda como la que acababa de dejar atrás. Las cicatrices de mis codos hormigueaban inquietas desde que había salido de casa y se hacían más molestas por momentos. Me tranquilicé a mí misma convenciéndome de que había muchas tiendas parecidas y que el suelo estaba mucho más deteriorado que en el que me había tropezado anteriormente. «No puede ser el mismo sitio», pensé. «La niebla me habrá desorientado». Continué mi camino, cojeando, solo para que mi preocupación creciese. Delante de mí se alzaba la silueta inconfundible de la iglesia de la Muralla. Miré hacia atrás y solo encontré niebla densa y esponjosa. Busqué la salida, pero el único camino visible parecía el de la Plaza Mayor. Enseguida entendí lo que sucedía.

—Veo que ya te acuerdas de mí —dije.

Acepté el envite, más que nada porque no podía luchar contra todo un pueblo. Si quería que acudiese a la fiesta, no tenía más remedio que plegarme a su deseo. Me parecía barato el precio que me cobraba por permanecer en sus calles. Hasta que volví a tropezar. Me di cuenta de que seguía siendo igual de retorcido: sabía que ya me había herido y le bastaba con levantar unos milímetros la piedra exacta para que la punta de mi pie sano chocase con ella. El tobillo dañado cedió y mis manos solo encontraron vacío.

Noté cómo la calidez de la sangre se extendía por mi rostro. Me sentía aturdida y solo pensaba en lo ingenua que había sido. Delante de mis ojos, de entre las juntas del suelo, emergió una pequeña criatura viscosa. Diligente cual cobradora de impuestos, reptó hacia mí y se adhirió a mi frente, justo en el lugar en el que debía de estar la herida. La sanguijuela debió de inocularme sustancias anestésicas que me afectaron con rapidez. Mi cerebro se nubló y mis sentidos se embotaron. Me sentí fuera de mí, como si ahora formase parte de la niebla: ingrávida, insensible, pero presente e infinita, capaz de contenerme en la vereda de un río o sumir una ciudad entera en el caos. Habría permanecido en ese estado si se me hubiera permitido, pero los efectos anestésicos cesaron mientras la sanguijuela, cuya piel gelatinosa se había estirado hasta el punto de dejar translucir la sangre, regresaba por donde había venido. No sé cuánto tiempo tardé en volver a levantarme, pero intuí que no mucho puesto que la niebla aún me acompañaba. Una parte de mí quería irse de allí, coger el autobús de vuelta a la ciudad y no volver jamás. Pero la otra parte me exhortaba a quedarme, por la familia.

Continué por la única calle posible. Al menos la anestesia, si es que lo era, aún mantenía mi tobillo adormecido y podía caminar con normalidad. Recordaba a la perfección el camino. Mi mente no podía evitar adelantarse a lo que me encontraría unos pasos más adelante. «Ahora pasaré por la Caja Rural, ahora por el bar de Josemi, cuando tuerza a la derecha encontraré Zapatos Manoli». Y allí estaban, tal y como los recordaba. Dejé atrás el parque de San Agustín con su particular fauna: parejas de adolescentes semidesnudos que aún necesitaban recuperar horas de sueño tras la noche festiva. Esa fase nunca la viví: el concepto de diversión

consistente en beber, follar, dormir y vomitar (no necesariamente en ese orden) no lo entendí jamás. Claro, que tampoco desarrollé hocico canino o cola de zorro.

III

Llegué al destino prefijado justo cuando el reloj del ayuntamiento marcaba las ocho y las cicatrices volvían a quejarse. La niebla se disipó casi al mismo tiempo, como un telón que se alzase en exclusiva para mí, invitada de honor, y me presentase la escena que se iba a representar en unos instantes. Reconozco que me sorprendió: la plaza rebosaba de gente, jamás la había visto así. Apenas pude avanzar entre el bullicio. Miré hacia arriba y vi a los vecinos asomados a sus balcones. Debajo, los soportales no podían cobijar a más turistas ni a sus respectivas cámaras réflex. No sé por qué, pero en ese momento me imaginé a una tribu de cíclopes, con ojos de plástico y vidrio, engullida por las tinieblas, que solo se podían defender con destellos y fogonazos.

En el centro de la plaza todo estaba preparado para el sacrificio. Habían montado una plataforma de gruesos tablones de pino y, sobre ella, un altar de caoba. Detrás, la alcaldesa, la corregidora y la concejala de cultura aguardaban la salida de la ofrenda de la iglesia de San Miguel, que se hallaba en la misma plaza. La corregidora destacaba sobre las demás: vestía la tradicional túnica carmesí bordada con hilo de plata, una prenda que siempre me pareció hermosa. La alcaldesa y la concejala, en cambio, llevaban trajes formales, sencillos, sin ningún adorno que distrajese al público de los verdaderos protagonistas.

Las puertas de la iglesia se abrieron y los miembros de la cofradía del Santo Pesar salieron, flanqueando la ofrenda. Por detrás, la banda municipal marcaba el ritmo de la procesión. La muchedumbre abría paso a la comitiva conforme se acercaban. Entonces vi al tributo: quien subía a la plataforma era Julián, un compañero del colegio. Sus ojos y la oreja mutilada lo hacían reconocible a pesar del hocico de gorrino, los colmillos hipertróficos y el grueso pelaje que cubría cada centímetro de su piel. Los recuerdos emergieron bruscamente del fondo de mi memoria. Me

acordé de los años de escuela, cuando éramos pequeños e iguales. También recordé su cambio. Nunca supe en qué momento exacto Julián comenzó a presumir de casta; tal vez cuando su nariz se acható y tomó la reconocible forma de su estirpe, o tal vez cuando el pelo se le endureció y desarrolló el arte de pincharnos con él. Puede que fuese cuando dejó de llevar zapatos y pantalones para enorgullecerse de sus pezuñas lustrosas y las patas más cotizadas dentro y fuera del pueblo. Él simbolizaba esta tierra; no como yo, no como nosotras.

Julián fue el primero, pero ni mucho menos el único: casi todos los días algún compañero comentaba con orgullo cómo le crecía una pequeña mata de pelusa en su espalda o cómo se veía en el espejo las manchitas que en unos meses se convertirían en pezones y más tarde en ubres. Al principio pensé que yo solo necesitaba más tiempo. Me pasaba horas en el baño, desnuda, inspeccionando cada milímetro de mi piel, tocando cada hueso, cada articulación. Me frustraba porque mis senos crecían como los de una cualquiera y el vello se limitaba a formar un triángulo invertido bajo mi vientre. Las risas comenzaron en las clases de gimnasia, donde el chándal no disimulaba mi aspecto. Continuaron en los recreos, donde incluso niños de cursos inferiores venía a burlarse y a mostrarme lo que yo no era. Los profesores pasaron de la indiferencia ante el acoso al patente desagrado de mi presencia. Solo me prestaron atención cuando decidí que había llegado la hora de probar si la oreja de cerdo estaba tan buena como decían. Mi madre se enfrentó a ellos, pero fue inútil.

Nadie, ni el pueblo ni mi familia ni yo misma queríamos que yo permaneciese allí, pero tampoco existía solución. No podíamos irnos del pueblo y solo había un colegio, así que tuvimos que soportarnos mutuamente. Pero eso no eliminó las burlas ni los insultos. Así las cosas, poco tardé en abominar de mis genes y de quienes me los habían legado. La única forma que encontré de superar la culpa y mi propio autorrechazo fue proyectar mi odio hacia los demás, hacia esta tierra que maldecía todas las noches en mis plegarias. Durante semanas no perdí ocasión de reprocharle a mi madre nuestra condena; no entendía por qué prefería quedarse a buscar un lugar mejor, a lo que ella respondía con abrazos y leche caliente con miel por las noches. Esa pasividad solo me irritaba

más. Mi abuela trataba de que la comprendiese, y yo la entendía, aunque lo negase. Eso solo me hacía sentir peor. Entonces empezaron los tics nerviosos, y con ellos vinieron las heridas convertidas más tarde en cicatrices.

Un gruñido de Julián me sacó de mi ensimismamiento. Me encontré apretando los puños hasta que se volvieron blancos y los dientes al borde de partir alguno. Me relajé un poco y me fijé en mi antiguo compañero: salivaba de la emoción y torcía el morro en señal de felicidad. El público lo correspondía con vítores y aplausos. Me miró. Miró a la señora que tenía a mi lado. Nos desechó con el pecho henchido de un héroe victorioso. Subió a la plataforma acompañado del cura. Este lo bendijo con el hisopo, con el cuerno izquierdo le marcó una cruz en el carrillo derecho y, finalmente, lo besó en la frente. Julián asintió con su cabeza porcina, preparado en cuerpo y alma. Se tumbó boca abajo sobre el altar mientras la corregidora se colocaba a su derecha. Mi garganta se encogió tanto que me resultaba imposible respirar. Guardamos un instante de silencio. Entonces, la corregidora mostró una daga de bronce tan pulida que, cuando la alcanzaba algún rayo de sol, parecía blanca. Cogió a Julián de la nuca y le giró la cabeza hacia ella. Yo sentí un pinchazo helado a un lado del cuello. Sin una pizca de vacilación, le cortó el cuello de un tajo.

Quise chillar, pero me contuve mordiéndome la lengua. La sangre de Julián manó espesa, tranquila como su dueño; la mía, en cambio, brotó tímida y nerviosa, temerosa de su propio continente. La vida de Julián cayó sobre el tablado, se escurrió entre la madera y llegó al suelo de la plaza. El público gruñó, gritó, aulló de euforia. La sangre continuó su camino entre patas, pezuñas y raíces. Manchó mis zapatillas y discurrió hacia mi calle. En unos minutos el reguero pasaría por delante de casa.

El veterinario se acercó al cadáver, le abrió la boca y le seccionó la lengua. Comprobó con ojo experto la ausencia de triquinosis y dio el visto bueno. La jauría estalló. Les faltó tiempo para revolcarse en el suelo y disfrutar de la sangre y la mugre. Así celebraban la vida. Mi estómago se encogía a la vez que recibía mi propia sangre. Noté cómo se expandía, y me acordé de la sanguijuela. Los turistas grababan y hacían fotografías desde la distancia, sin juzgar, o al menos sin exteriorizar sus juicios. Permanecían en sus sitios,

hieráticos, inexpresivos, asépticos. En segundos, esas imágenes se subirían a las redes sociales. Cientos de personas discutirían sobre si el espectáculo debería prohibirse, sobre si se trataba de una barbarie impropia de los tiempos actuales. Otras defenderían que las tradiciones deben respetarse y se alzarían como baluartes frente a la globalización. Las posiciones se enconarían durante varios días, tal vez un par de semanas. Luego aparecería otro tema sobre el que discutir desde el sofá de casa y se olvidarían del pueblo hasta el año siguiente.

No aguanté más el espectáculo. Vomité y expulsé de mi interior la sangre semidigerida. Ni la escena ni el hedor distrajeron a los asistentes. Deseaba en vano que alguien me auxiliase. Quien fuese. La soledad entre la multitud no hizo más que acrecentar mi ansiedad hasta que no pude reprimirla. Me encogí y chillé lo más alto que pude. Más que un grito, de mi garganta salió un borboteo grueso y desafinado en el que me costó reconocerme. La mayoría de los asistentes no lo oyó, o no quiso hacerlo. Otros sí atendieron. Vieron mi palidez entre el júbilo colectivo, olieron la incomodidad de mi presencia, que destacaba sobre los fluidos de la bacanal; saborearon el aire en el que hallaron mi aliento sangriento; oyeron como sorbía las lágrimas. Recordaron, algunos con mayor celeridad que otros. Yo reconocí a todos: a Olivares, a Jacinto, la cerda de Encina y su prima, Rosa; el alcornoque de Bernardo, Paloma… Gente de la que añoraba su ausencia. Me insultaron, me gruñeron, me silbaron, me escupieron. No me defendí, porque si lo hubiera hecho me habrían apedreado. Marcharme del pueblo para no volver tampoco era una opción, porque entonces esas piedras volverían a ir contra mi casa, contra los míos. Y mi madre no podría salir a defender nuestro hogar, aunque ningún proyectil perdido podría arrebatarle la vida de nuevo.

Traté de huir a casa, pero el tobillo recordó la torcedura y volvió a dolerme de forma tan intensa que creí que quería compensar los anteriores minutos de calma. Sin embargo, el miedo me dominaba por encima del dolor. Escapé de allí humillada y coja, reviviendo los años de desprecio. Ni la leche caliente con miel que una vez más me esperaba en casa pudo consolarme. Abracé a mi madre y, con los ojos húmedos por la rabia y la vergüenza, le prometí que jamás volvería a abandonarlas.

IV

Mi madre quiso asistir de luto al funeral de la suya, yo no. Había vuelto y con eso debía bastar. No tenía que demostrar nada a nadie, ni me apetecía parecerme a la parca en ese momento. Seguramente me habría asustado de mi propio reflejo. Si no hubiese sido porque mi abuela estaba sola en un frío ataúd, esperándonos, no habría salido de casa. El miedo y los recuerdos se enfrentaban al amor y al deber, y yo me veía incapaz de soportar esa lucha por mucho más tiempo. Me aferré a mi madre con la esperanza de que ella sí tuviese la fuerza necesaria para las dos. Si alguien nos hubiera visto, no habría sabido cuál de las dos estaba viva y cuál había muerto.

El sol matinal nos recibió con una cálida luz impropia del invierno. El dolor del tobillo había remitido gracias a un ungüento de mi madre. Los servicios de limpieza habían dejado la calle reluciente, los adoquines permanecían en su sitio, nivelados, y el jolgorio de fondo animaba a salir de casa. La gente permanecía en la plaza, así que no nos cruzamos con nadie de camino al tanatorio.

El empleado de la funeraria nos recibió muy servicial. Nos acompañó hasta la sala mientras dejaba a su espalda un rastro de maltrechas plumas negras. Nos ofreció algo de beber y pedí café para ambas. La sala del velatorio tenía varias sillas y mesitas con caramelos en las esquinas. Había un recodo cuyo interior no se veía desde la entrada. Supuse que la abuela yacía allí. Mi madre y yo preferimos reponer fuerzas con la bebida antes de enfrentarnos a su visión. La verdad era que no nos habían preguntado si queríamos el ataúd abierto o cerrado. Quise creer que, ante la duda, optarían por lo más tolerable.

Pero lo dejaron abierto. No pude reprimir las arcadas en cuanto vi el forro acolchado, impoluto. Salí a tomar el aire para evitar un desmayo no sin antes avisar de nuestras preferencias. Los codos me picaban con rabia y la manga larga no ayudaba a aliviarme. Las cicatrices me ardían. Volví a oír la fiesta, pero esta vez no provenía de la plaza, sino de un sitio mucho más cercano.

A pocos metros habían improvisado, con mantillas de encaje de color morado, lo que parecía una carpa de circo coronada por un cartel con la inscripción «Memento Mori». Un insecto de medio

metro, con levita y maquillaje de payaso triste, gritaba a través de un megáfono. Todo el pueblo estaba invitado a pasar. La cola daba la vuelta a la manzana. Por el otro extremo, la carpa expulsaba a los visitantes de uno en uno, como un esfínter. Me acerqué a mirar. El insecto me vio y me hizo señas para que entrase. Interrumpió la fila y me dejó pasar. Separé las pesadas cortinas amarillas de bienvenida y me recibió el olor amargo a putrefacción mezclado con el aroma ácido a formol. Dentro, las odiosas ratas, vestidas de luto, protagonizaban el espectáculo: recibían el pésame por el cadáver que presidía el centro de la sala. De fondo sonaba una marcha fúnebre de tintes cómicos. El muerto, desnudo, yacía boca arriba sobre una mesa de madera. No supe distinguir si el cuerpo era de verdad o una broma siniestra: por brazos tenía serpientes y por piernas, patas de ganso. El torso se asemejaba al de una vaca famélica, con las ubres arrugadas y secas. Habían cosido las piezas burdamente con cuerdas de tripa. En ese momento me horroricé, porque a pesar de una peluca rubia despeinada, a pesar de ser la cabeza de un orangután maquillada, de tener un ojo de cordero y otro de pez, a pesar de que le habían puesto orejas de burro al fantoche; me reconocí. También reconocí a mi madre y a mi abuela. Nos habían sintetizado a las tres en aquella abominación. Grité, pero la música borró del aire cualquier rastro de mi desesperación. Tras las condolencias a los anfitriones, los asistentes se acercaban a la difunta. Los más vegetales la acariciaban con sus hojas o la arañaban con sus espinas. Los más animales…

Los más animales le coceaban en la cabeza.

Arrancaban a dentelladas la carne.

Lamían las ubres.

O la abrían de piernas.

Las ratas se rieron. Yo me tapé los ojos y me acurruqué.

—¿Por qué nos odiáis de esta manera? ¿No os basta con negarnos cualquier rastro de dignidad? —dije con una voz apenas audible.

Deseé irme de allí y no presenciar más aquella horrible parodia de velatorio. Algo o alguien debió de escucharme, porque el espectáculo se esfumó. Me encontré en la calle, tirada en el suelo, sollozando mientras me rascaba los codos hasta que me rasgué la ropa. La música de la plaza seguía sonando. Una familia de turistas

aprovechaba la tranquilidad presente para pasear por el pueblo y fotografiar indiscriminadamente. Dudo que quedase casa, farola o tapa de alcantarilla sin documentar. También me fotografiaron a mí, que seguía en el suelo. Seguro que pensaron que pertenecía a esa extraña religión local que los había llevado hasta el pueblo. Me incorporé, me sacudí la ropa y me sequé la cara con la manga. Mi cuerpo caminó de manera automática de regreso al tanatorio. Mi voluntad permanecía ausente.

Mi madre y mi abuela seguían tan solas como cuando me había ido. Nos informaron de que en breve cerrarían y se llevarían el cuerpo a la iglesia. No había nadie a quien esperar, por lo que decidimos marcharnos. Antes de irnos, mi madre pidió que le abriesen el ataúd en privado. Para despedirse. Yo preferí no acompañarla.

V

La iglesia seguía tal y como la recordaba: la piedra pintada por el musgo, los arbotantes medio derruidos y la torre del campanario perdida entre las nubes.

El sacerdote nos recibió con la sangre de la mañana aún sin limpiar. Mi madre y yo nos sentamos en la primera fila. Entre el altar y nosotras, descansaba mi abuela. Pronto llegaron los asistentes. Cuando cada uno hubo tomado asiento y las puertas se cerraron, el sacerdote salió de la sacristía y ocupó su lugar entre el altar y el retablo. Con gesto solemne, alzó los brazos en señal de comienzo de la ceremonia. Emitió un breve carraspeo y cantó. La voz bitonal resonó por toda la nave. Pronto, las imágenes de los santos se unieron en canon seguidas por el coro. Los asistentes hicieron de cuarta voz y las frecuencias de los sonidos armónicos provocaron la vibración de toda la iglesia. La cabeza gigante de un hombre barbudo con boina que hacía de botafumeiro oscilaba de un lado a otro. Exhalaba un humo perfumado con cereales tostados, mantillo, estiércol y carne asada. Los cirios se encendieron con un fuego violáceo que, más que iluminar, parecía oscurecer la luz que entraba desde el exterior. Los demonios del retablo, cuyos atributos había estudiado en la escuela y creía olvidados, entonaron una

salmodia penetrante que incitaba a llamarlos por sus nombres. La piedra del suelo se ablandó y atrapó nuestros pies al mismo tiempo que el ataúd se agitaba desde dentro y ascendía. El aire, cada vez más denso, provocaba que el canon sonase cada vez más grave. Las vibraciones contagiaron toda la altura del campanario y la campana tañó en armonía. Las cicatrices me mordían la carne con colmillos de fuego. El ataúd se volvió hacia nosotras para mostrarnos un cráneo de carnero, única decoración de la tapa. Quería abrirse, pero no podía. Nos habíamos sumergido en la brea pétrea hasta la cintura. Todos cantaban, más rápido, más fuerte. La humareda impedía saber si la iglesia tenía paredes o se extendía hasta el infinito. Miré a mi madre y sus cuencas vacías me suplicaron. Yo me resistía a unirme a ellos. No parábamos de hundirnos, pero yo no podía ceder, todavía me quedaba un rastro de orgullo. Finalmente, el suelo nos tragó a todos por igual.

Me hallaba sola en la oscuridad. La música sonaba de fondo. Al principio no reconocía la melodía, pero el volumen subió hasta que identifiqué el tema circense. No tenía escapatoria. Una multitud que surgió de entre las sombras me rodeó. Se abalanzaron sobre mí y me ataron de pies y manos. Cuanto más forcejeaba, más se reían. Con cuerda de tripa me cosieron la boca. Usaron dos pares de garfios oxidados para atravesarnos los codos, al *collage* de animales mutilado y a mí y colgarnos de unos cables de acero. Chillé tanto que las vibraciones de las cuerdas me hirieron los labios cosidos. Nos suspendieron en el aire, la una junto a la otra y nos convirtieron en el centro de una función de títeres. Nuestros antebrazos y piernas oscilaban, muertos, según la voluntad de los cables. Como polichinelas de carne y hueso, nos golpeábamos la una a la otra con los miembros colgantes para deleite del público. La música había cambiado a un tema hilarante. La gente que entraba ya no daba el pésame, sino que aplaudía y se reía. ¿Por qué nos torturaban? ¿Por qué debíamos sufrir de esa manera? ¿Por qué nos negaban el descanso y la sepultura? Nadie me respondió. Compañeros de escuela, profesores, vecinos, familia. Todos habían acudido a pasar un buen rato.

A lo mejor el problema era nuestro, pensé; igual la situación sí que debía divertirnos. Con un tremendo esfuerzo transformé mi dolor en gozo y mis lágrimas en carcajadas. Público y espectáculo

se unieron así mediante el placer y la diversión. Ya no hacían falta los zarandeos porque yo misma golpeaba a mi compañera de actuación y también me golpeaba a mí. Sacaba la lengua y bizqueaba para gozo de los espectadores. El júbilo llegó a su apogeo cuando las suturas se deshicieron. Los pedazos de mi comparsa caían de dos en dos y de tres en tres. El público se abalanzó a por las piezas, como trofeo o recuerdo; para exponerlas en una vitrina o regalárselas a sus hijos. Para mí quedaron dos pequeños trozos en los extremos de los garfios. Cuando todos se fueron, las luces se apagaron y yo seguí riendo.

Pero la luz regresó y me encontró en la iglesia, con mi madre. Miré mis manos, ensangrentadas de intentar arrancarme las cicatrices. Mi risa pronto se tornó en canto. Había tomado una decisión. Cogí la mano de mi madre y afinamos juntas. Canté por ella, canté por mí y por mi abuela. Canté por las tres, porque era la única que podía. Canté porque si no lo hacía yo, nadie daría las notas adecuadas. Solo yo podía acabar con esta condena. Ya habíamos sufrido bastante y necesitábamos descansar en paz. Canté hasta que el féretro se abrió y contemplé a mi abuela.

***

Salimos de la iglesia en comunión. Mi madre y yo flanqueábamos el séquito fúnebre. Vi a un empleado de la funeraria y me acerqué a él. El cambio de planes no lo importunó, más bien al contrario, incluso diría que lo esperaba. Mis sospechas se confirmaron cuando, al sonido de dos palmadas, un carruaje llegó desde una calle aledaña. Estaba ornamentado con plantas de la región: hojas de castaño, ramas de laurel, jara, tomillo, lavanda, azafrán. Ni un centímetro cuadrado sin cubrir. El cochero abrió la puerta y cuatro porteadores introdujeron el ataúd. Después, subimos mi madre y yo. Cerrar la puerta y aislarnos del exterior me tranquilizó más que cualquier droga. Las tres solas, como siempre había sido.

El cura subió al lado del conductor y el cortejo inició la marcha, con nosotras a la cabeza. Cogí de la mano a mi madre y pensé en todo lo que había pasado, de qué había servido nuestra lucha, nuestro intento de rebeldía, si al final, él había ganado.

Malabaristas y acróbatas nos seguían mientras efectuaban sus mejores trucos. El público marchaba detrás, bailando al compás de la banda. Por cada calle por la que pasábamos, los vecinos salían al balcón a arrojar flores o se arrancaban a cantar el estribillo de alguna jota. Allí terminaba nuestro viaje, todos lo sabían, pero no era eso lo que celebraban. Se regocijaba la tradición: nada había cambiado y nuestra pequeña rebelión ya no tenía importancia. A su modo, nos perdonaban.

La representación municipal nos esperaba en la puerta del camposanto. La alcaldesa nos ofreció su mano para bajar. La aceptamos de buen grado. Las tumbas se habían abierto y los exhumados se asomaban, tan emocionados como curiosos y también molestos por tener que hacer sitio a las nuevas inquilinas.

El cura nos guio hasta la tumba familiar. En silencio, ocupamos nuestro lugar. El cura entonó unos salmos y trajeron el féretro. Con solemnidad, lo colocaron sobre la lápida. Todos cantamos y mi abuela nos oyó. Abrió la tapa y nos miró a ambas. Sonrió y yo la correspondí. Agarré fuerte la mano de mi madre y nos abrazamos. Nos acercamos al ataúd. Mi abuela me acarició el rostro. Yo la vi feliz. Cerró los ojos y no vacilé en arrancar su corazón. El sacerdote nos ofreció una daga y con ella lo partí en tres partes, ofrecí una a mi madre y otra a mi abuela. Comimos cada una de la otra, pues el corazón era de las tres, y las tres éramos una. Nos hicimos indivisibles. La carne se deshacía en polvo y los huesos quedaron desnudos. La sensación no me resultó extraña, pues ya la conocía, hacía tiempo que ningún músculo los protegía. No me arrepentí de irme ni me arrepentí de quedarme puesto que hice ambas cosas.

Hui,
porque no acepté mi destino;
permanecí,
porque me sentía responsable;
morí,
porque no quería vivir.

Recogí los huesos de las dos únicas personas que me habían querido y los deposité en el féretro junto con tierra del camposanto. Con la bendición del párroco, ellas ya podían descansar.

***

Cuando regresé a casa, me encontré con que alguien había repintado la fachada y las humedades habían desaparecido. En el buzón había dos cartas. Una era del ayuntamiento; me informaban de que, con motivos de las fiestas, habían rehabilitado varios edificios para dar buena imagen a los turistas que nos visitaban. La otra la había escrito un tal Jaime y me pedía cortésmente que me emparejase con él. Pregunté a las vecinas sobre mi pretendiente y me dijeron que era un semental, algo entrado en años, pero que sabía lo que hacía y con el que no me faltaría de nada. Al día siguiente cogí un sobre en el que copié el remitente de la misiva e introduje un mechón de mi pelo y una copia de las llaves de mi casa. Junté las manos y di gracias al pueblo por su infinita generosidad. Recé por ser fecunda y que mis futuros hijos heredasen tan pocos rasgos de su madre como fuese posible. No quise ilusionarme, pero albergaba la esperanza de que alguno pudiese, incluso, protagonizar las fiestas. Algún año.

El pozo de San Lázaro

Álvaro Arbonés

Era como una figura presente solo por el hecho de estar ahí. Su pelo rubio, corto, por los hombros. Sus pálidos ojos verdes. Su piel pecosa atravesando su nariz desde los mofletes como una pequeña constelación existente para que solo la vean los demás. Un rostro que era una disonancia para con su uniforme, beige y pistacho con un corte masculino que recordaba al de un mayordomo del siglo XIX al que hubieran desteñido y coloreado con pinturas infantiles. Desafinaba tanto como que ella estuviera allí presente, atendiendo. Sirviendo *smoothies* y sonriendo automáticamente a los clientes que iban y venían, dedicándole la misma atención que ella les dedicaba mientras su mente, muy lejos de allí, dejaba que su cuerpo ejerciera su deber en aquella tienda que no significaba nada para ella, excepto la posibilidad de pagar sus facturas.

Al acabar su turno, tras limpiar y asegurarse de que todo estaba cerrado y preparado para el día siguiente, para otra persona que se haría cargo de aquello, fue al vestuario a cambiarse. Se quitó el uniforme de trabajo, dejándolo perfectamente doblado en el interior de su taquilla, la cual cerró a conciencia, como temiendo que pudiera emanar algo de aquel lugar si no se aseguraba de que permanecía completamente estanco. Entonces, tras ponerse su ropa de calle, notó como todos sus músculos se relajaban. Sus movimientos se volvieron naturales. Su sonrisa, hasta entonces forzada, se volvió cálida y risueña, no ocultando un pequeño tic que hacía que la parte derecha de su labio inferior se moviera

ligeramente sin que ella llegara siquiera a darse cuenta. De ese modo, aún ausente, pero ya no atravesada por la ilusión de la performatividad laboral, salió de la tienda con paso firme y ligero, con una mirada cristalina y enfocada, como si el lugar donde de verdad debería estar ya estuviera ante sus ojos.

***

La calle estaba prácticamente vacía. Había personas aquí y allá. Podían discernirse los *flashes* de los coches cruzando la calzada, pero debido a la espesa niebla típica de Zaragoza en invierno, todo su entorno se había convertido en un borroso caleidoscopio de imágenes no del todo definidas. Eso no le impidió caminar a paso ligero, temblando tenuemente con una ansiedad que la hacía tambalearse suavemente entre figuras apenas visibles, fantasmas para quienes los fantasmas eran todos los demás, donde solo uno mismo parecía algo enteramente real y tangible.

Tras caminar un buen rato, dejando atrás las calles estrechas y los edificios altos, adentrándose cada vez más profundo en donde los edificios empiezan a desaparecer mientras las calzadas crecen y las aceras menguan, se dirigió en dirección al río, adentrándose en la orilla del Ebro.

Si en la calle había poca visibilidad, en la ribera había poco más que vacío. De ese modo, lo que antes era un avanzar ligero y tranquilo, ahora eran pasos lentos y bien medidos, algo que no se reflejaba en ningún caso en su rostro, aún inquieto y sonriente. Inocente. Temblando por el frío, calculaba con cuidado cada paso, el peso de lo que estaba haciendo, mientras se dirigía hacia la gran mancha que se erigía en el horizonte por encima de su cabeza.

Tras andar unos minutos, con la gran mancha haciéndose cada vez más grande hasta desaparecer de su vista para aparecer de nuevo en todo su campo visual, llegó hasta el lugar donde había quedado. Debajo del Puente de Piedra. No exactamente debajo, a unos metros, entre los árboles, la luz de una linterna le indicaba el camino. Al acercarse lo suficiente, comprobó que allí había una figura que le resultaba familiar. Un chico alto, rubio, de ojos hundidos y nariz minúscula que lo hacía reconocible incluso en medio de la niebla, en parte, porque incluso cuando había

visibilidad plena parecía ser un fantasma sin rostro. Aquel solo podía ser Lorien, un compañero del equipo de submarinismo, el cual, cuando ella se acercó lo suficiente, comprobó que ya tenía allí preparado todo el equipo que necesitaban para lo que iba a ocurrir aquella noche.

—Hola —dijo Lorien al verla acercarse, sin mover un solo músculo de su rostro, haciendo un movimiento de mano en el aire que solo podía interpretarse como saludo por el contexto—. Pensaba que no llegarías ya, Lizara.

—¡Y sin embargo aquí estás, esperándome! —dijo Lizara, sonriente, pegándole un puñetazo en el brazo mientras pasaba de largo a su lado—. Pero no, en serio, disculpa. Se ha alargado mi turno más de la cuenta.

—Eres tú la que me has pedido el favor. Deberías tomarte las cosas más en serio. Deberías tomarme a mí más en serio.

—Disculpa, Lorien. De verdad que pensaba que llegaría a la hora, te lo prometo.

Lizara se giró, acercándose hacia él, haciendo un pequeño mohín, abriendo los ojos tanto que, por un momento, Lorien temió poder caerse en su interior, perdiéndose para siempre en su mirada. Se inclinó hacia atrás, sin moverse en el sitio, pero con ella acercándose, aquello no parecía llevarle a ningún lugar diferente que el abismo de sus ojos. De ese modo, girándose cuando sintió que ella estaba cerca, demasiado cerca, se dirigió en dirección a donde había descargado las cosas.

—He traído todo lo que necesitas, pero te repito lo mismo que te dije al teléfono: no apruebo lo que quieres hacer —dijo Lorien, girándose bruscamente, confrontándola con una presencia, de repente, más real y tangible que nada de lo que hubiera visto a lo largo del día—. No es propio de ti una temeridad como esta.

—Bueno, debes entender que, en ocasiones, una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Y no es llegar tarde.

—Lo cual es tan trágico como bucear sola en medio de la noche.

—En un día de niebla. En invierno. Sin que nadie sepa que estamos aquí. Sí, disculpa: me parece más peligroso esto. —Lorien paró un segundo, con una mueca de disgusto, hasta que finalmente escupió lo que realmente quería decir—. Por favor te lo pido, no

bajes sola.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Esperar. Espera un día o dos y bajaré contigo, con el equipo de buceo, incluso podemos hacerlo de noche, pidiendo permisos, avisando a las autoridades.

—Has dicho que ya está todo listo, ¿verdad?

Lorien tardo unos instantes en contestar, los cuales aprovechó para respirar hondo, clavó la mirada en ella y se percató de que no se giró ni una sola vez a mirarlo, a darle la posibilidad de replicar. Solo entonces, contestó.

—Sí. Está todo listo.

Girándose de nuevo, él se limitó a asegurarse de que todo estaba en orden y de que no se había dejado nada. Ella, en tanto, se encaminó en su dirección, aplastando la hierba bajo sus pies, mientras dejaba caer la camiseta al suelo.

Cuando vio por el rabillo del ojo a Lizara pasar por su lado, Lorien sintió el impulso de girarse, pero se quedó mirando al frente, abriendo los ojos, dejando que su mandíbula se cayera ligeramente, con toda su atención en la periferia de su mirada. Aunque su primer impulso no fue a ninguna parte, estancado como estaba en su cabeza, no movió ni un solo músculo. Concentrado en respirar. En el frío que hacía en aquel lugar y que hacía que se le erizara la piel de un modo exagerado, incluso con un abrigo puesto. Solo al oír el sonido de una cremallera cerrándose, por fin se permitió hacer caso a aquel impulso y girarse. Detrás de él había un reguero de ropa que acababa a los pies de Lizara, ya vestida de pies a cabeza de neopreno.

—He de admitir que he subestimado el frío. Hubiera sido buena idea venir cambiada ya de la tienda.

—No te quejes si lo que encuentras hoy es nada más que un resfriado —dijo Lorien, tenso, dejando los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza en desaprobación—. Es lo menos que te puede pasar si vas a actuar de esa forma tan temeraria.

—Tú no te preocupes: en peores plazas hemos *toreao* —dijo Lizara sonriente, haciendo el gesto de la victoria como señalándose a sí misma.

En ese momento, Lorien desistió. Consciente de que no podía decir nada, de que no podía hacer nada, se limitó a callar y

observar como ella se dirigía al agua, dispuesta a afrontar lo que se había impuesto como su destino.

***

El hecho de sumergirse en el agua siempre había sido un proceso extraño para Lizara. Suponía pasar de un mundo lleno de colores, percepciones, sensaciones, a otro donde solo existían ella y la consciencia plena de todo cuanto existía a su alrededor. Eso no cambió aquella noche. Según se sumergió en el agua, notó cómo se extinguía todo a su alrededor. Los colores, los olores, los sonidos. Allí abajo, dejándose mecer por los flujos del río solo un par de metros por debajo de la superficie, se sentía una con el agua. Consciente de cosas que normalmente no llamarían su atención: El olor del ozono en la boca. La presión del agua. El oxígeno llenando sus pulmones. Sentía todos esos elementos de un modo lúcido, constante. Pues si bien no podía evitar pensar que aquel lugar era hostil para la vida de la mayoría de los mamíferos, en la superficie no podría encontrar jamás un lugar que la hiciera conocedora del esfuerzo que supone estar vivo sin ponerse activamente en un peligro que no le permitiera disfrutarlo.

Durante un tiempo indefinido, lo que a sus ojos pudo ser toda la eternidad comprimida en un segundo, se limitó a flotar. Quieta. Disfrutando de esa consciencia que no podía poseer en la superficie. Pero entonces, un pensamiento fugaz, algo externo al propio hecho de estar allí, se cruzó por su cabeza: no estaba descendiendo para disfrutar del placer de bucear. Tenía un propósito. Y de ese modo, tras tomar una última inspiración profunda, abrió los ojos y comenzó el descenso.

***

La bajada fue lenta y meticulosa. Era de noche, en un día de niebla, y cualquier error podría salirle más caro de lo que nadie estaba dispuesto a pagar. Por eso se tomó su tiempo para entender el caudal, más fuerte de lo habitual, y la falta de visibilidad, dado lo turbio del agua. Tras descender no más de cuatro o cinco metros comprobó que aquel no iba a ser un camino fácil, pues a su

alrededor no había más que oscuridad. Una negrura pesada, pegajosa, que incluso con la linterna encendida, no le dejaba ver un palmo más allá de sus narices. Obligándola a seguir el descenso prácticamente a ciegas, aun siendo consciente del peligro de hacerlo cuando no había nadie para asistirla.

Lizara avanzaba por pura intuición, dejándose guiar por las diferentes fuerzas que ocurrían bajo el agua. No solo las corrientes, los cambios de presión y la temperatura, sino también el propio equilibrio de su cuerpo con respecto de su entorno; la consciencia de dónde estaba, dónde debía estar y dónde había estado. A fin de cuentas, aquel no era su primer descenso. Ni siquiera el primero a aquel lugar. Pues si ahora estaba allí era porque, en el pasado, ya había bajado solo para descubrir que a la vuelta todo había cambiado de un modo inexplicable.

***

Todo empezó un día lento, pesado, de clases tediosas y poco fructíferas en el máster de Historia y Arqueología. El profesor, incapaz de generar interés alguno, balbuceaba algo delante del encerado mientras Lizara, en su asiento, situado en el centro de una clase absurdamente amplia para los pocos estudiantes que eran, miraba rumiante al frente.

Al menos, hasta que unos ojos se cruzaron con los suyos. Eran marrones, no muy grandes, de pestañas irregulares, con calvas que solo podían explicarse si, de vez en cuando, se arrancaba los pelos por alguna motivación que Lizara no alcanzaba a comprender. Al alejarse instintivamente al ver de repente algo tan de cerca, pudo apreciar el resto: una cara triangular, una nariz grande y un pelo largo y castaño enmarcando sus formas. Era una cara singular, una difícil de olvidar, incluso si Lizara era incapaz de recordar quien pudiera ser aquella chica. O por qué la observaba con tanto interés.

—Podría serte de ayuda —dijo la chica, con los hombros levantados, sonriente, casi demasiado emocionada.

—Ayudarme en qué exactamente —dijo Lizara, entre susurros, como si fuera la única de las dos aún consciente de que eran adultas y estaban en medio de una clase—. Porque no entiendo muy bien a qué viene esto.

—¡Con tu trabajo de fin de máster! En la cafetería comentaste que estás haciendo un trabajo sobre el pozo de San Lázaro, pero que necesitas a alguien para descender allí. Y lo entiendo, ¡menuda historia tiene el pocito! Lo del autobús ya te lo sabes, ¿pero lo del monaguillo descuartizado? ¡Menudo viaje!

—Sí, lo sé. También lo de los suicidios. Y sí, he dicho que necesitaba ayuda. En la cafetería, a mis amigos, que ni siquiera estudian este máster.

—Minucias. ¡Detalles sin importancia! ¿Qué importa el contexto si alguien te ofrece su ayuda desinteresada?

Lizara la observó incapaz de no mostrar su inquietud. Sus labios torcidos. Sus ojos entrecerrados. Su nariz arrugada. Todo en ello gritaba la confianza que le suscitaba aquella línea de pensamiento tan infantil. Pero la chica seguía sonriendo, feliz, como si fuera incapaz de leer una cara completamente transparente en sus emociones.

—No creas que te voy a estorbar —dijo la chica como si la conversación no fuera con ella—. Yo solo estaré ahí, como excusa para que puedas descender. Hago buceo. Bueno, en verano solo. A veces. Ya me entiendes. Pero necesitas a alguien para que te asista. ¡Y como que me llamo Ainielle que no te dejaré desistir de tus sueños!

Toda la conversación fue unilateral. Si había algún motivo para que Lizara hiciera otra cosa diferente a observarla desconcertada mientras afirmaba con la cabeza, aceptando su propuesta sin motivo aparente para hacerlo, no conocía cuál podría ser. A fin de cuentas, pensó, no todos los días se conoce a alguien con una sonrisa tan pura y sincera.

***

A partir de aquel momento se volvieron inseparables. O la idea casi infantil de lo que es ser inseparables. Cuando Lizara iba a comer a la cafetería, allí estaba Ainielle esperándola. Cuando estaba trabajando, aparecía al final de su turno para acompañarla a casa o llevarla a tomar algo. Cuando llegaba a clase, ya le había guardado un asiento, incluso si lo que siempre sobraban eran sitios. Y si bien al principio Lizara se mostraba incómoda, indiferente u hostil, por

ese orden según fue pasando el tiempo, finalmente acabó aceptándola como un hecho inevitable en su vida. Iban juntas a comer a la cafetería. Quedaban específicamente al acabar su turno de trabajo. Lizara le guardaba asiento a Ainielle cuando era ella la que llegaba más tarde. Hacían vida juntas porque, de algún modo, habían acabado por hacerse amigas también en la cabeza de Lizara.

Eso hizo que su relación fuera lo suficientemente fluida como para que, llegado el momento, Lizara aceptara de corazón que la acompañara en el descenso al pozo de San Lázaro. Que bajaran juntas no porque fuera una compañera y había aceptado su ayuda, por pura insistencia por su parte, sino porque era lógico pensar que una amiga pudiera hacerle esa clase de favor.

***

Todo cambió tras el descenso al pozo. Ainielle dejó de asistir a clase, de contestar a las llamadas o los mensajes, de aparecer en la cafetería, a la salida del trabajo, de guardar un sitio en clase si llegaba antes. Simplemente desapareció, no dejando atrás nada más que su ausencia. Lizara no podía dejar de pensar en ello. El descenso fue bien, sin que ocurriera nada extraño o particular, salvo que al ascender había algo notablemente diferente en Ainielle. Sus ojos, de repente, eran opacos y ausentes; su natural viveza se convirtió en una disposición taciturna, ignorando a la gente de su alrededor, solo murmurando para sí misma. Lizara intentó hablar con ella, preocupada, pero Ainielle, ignorándola, se limitó a recoger sus cosas y marcharse del lugar sin dirigirse a nadie. A Lizara le costó dormir aquella noche y también todas las noches de la semana siguiente. Ainielle no contestaba sus mensajes, ni siquiera los dejaba en «visto», cuando hasta entonces siempre le había dicho, al menos, si no podía responder en ese momento. Aumentaba así aquel pequeño punto oscuro en su corazón, en su cabeza, en sus pulmones, que iba creciendo como un minúsculo pulso presente en cada instante de su vida en que intentaba hacer cualquier cosa que no fuera dedicarle toda su atención.

Al final tuvo que pasar toda una semana de tortura y rumiación para tener respuestas. Se preguntaba si había hecho algo malo, si le había ocurrido algo, si había alguna razón para que al mirar a su

móvil o a su alrededor nunca estuviera allí, cuando aquellas semanas siempre lo había estado. Vivía en un permanente estado de confusión, nunca del todo allá donde estuviera, ni siquiera cuando, al salir de clase, alguien se dirigió en su dirección.

—¿Lizara?

Era una voz baja, áspera y cavernosa, un tanto brusca, indudablemente masculina. Al girarse, un chico de no más de metro sesenta, un cuello que bien podría haber sido el muslo de ella y un cuerpo que parecía hecho a base de apilar músculos desconocidos, se dirigía hacia ella con pasos cortos, apresurados, como si las zancadas le estuvieran anatómicamente vetadas. Por un momento, Lizara temió que la arrollara, pero antes de que eso ocurriera, se paró enfrente de ella y, levantando la cabeza ligeramente, se la quedó mirando directamente a los ojos.

Aunque el comportamiento de Ainielle la había acostumbrado a los comportamientos bruscos e invasivos, aquello la desconcertó. Tener a un hombre que no conocía a menos de veinte centímetros de su cara, destruyendo toda posible noción de espacio personal, la repelía de un modo evidente. La posibilidad de gritar, esquivarlo o salir huyendo estaba ahí, pero le parecía excesivo, de alguna manera, cuando la estaba llamando por su nombre, incluso si no sabía quién era. Finalmente, decidió dar un paso atrás, dirigiéndose muy enfáticamente hacia él, adelantando una mano en un gesto cortés, para evitar que pudiera acercarse de vuelta aprovechando el nuevo espacio creado.

—Soy quien buscas, pero me temo que no sé quién eres.

El chico, frenando en seco tras ir a adelantarse cuando vio que había una mano entre el espacio de ambos, se quedó atorado medio segundo, como necesitado de comprender una rutina que aún no había aprendido. Pero tras comprobar que no podía acercarse mientras hubiera una mano delante de él y que apremiaba más contestar que hacerlo a la distancia que consideraba correcta, decidió prescindir de caminar e ir directamente a lo que lo había llevado hasta allí.

—Mi novia puede estar en problemas.

—Vaya, lo siento mucho —dijo Lizara, desconcertada, preguntándose por qué de repente atraía a toda la gente peculiar del campus—. Pero, como entenderás, no te conozco, no sé quién es

tu novia, así que…

—Soy Úrbez Martinez de Ulloa. Tengo veintisiete años, trabajo de mecánico y me gusta la astrología y las series de televisión.

—Vaya. Eso ha sido… específico.

—Entonces, ¿sabes algo de mi novia?

—Aunque te resulte difícil de creer, sigo sin saber quién es tu novia.

—Ainielle Segovia. Tiene veintinueve años, estudia el mismo máster que tú, sois amigas desde hace mes y medio y te considera una persona confiable, aunque un poco rara, por lo cual he decidido venir a hablar contigo.

Lizara se quedó helada por un momento. Saber que Ainielle estaba en problemas, que de hecho no era con ella, no solo con ella, que era algo que afectaba a la totalidad de su entorno, incluso a su novio, del cual en aquel mes y medio no le había hablado ni una sola vez, hizo que, de repente, su actitud cambiara completamente. Que una matriz pesada e inconstante se disolviera de su interior. Incluso si, durante un segundo, saber que Ainielle la consideraba una persona extraña, según había sabido por la excesiva cantidad de información que chorreaba de entre los labios de Úrbez, la hizo querer estrangularla con sus propias manos.

Pero aquel no era el momento para eso. Por ello, se limitó a ofrecer una invitación.

—¿Te importaría si fuéramos a tomar un café? —dijo Lizara mientras Úrbez, tras pensarlo un momento, se encogía de hombros para aceptar la propuesta.

***

La cafetería de la facultad apenas si era un sótano de grandes techos y alicatado antiguo donde, con unos asientos y unas mesas sacadas de la fantasía de una barraca militar, se construía un ambiente de camaradería y relajación que solo se podía encontrar en la sobriedad de lo que se percibe como lo estrictamente necesario. Aquella era la razón por la que Lizara, con un café entre las manos, se sentía allí relajada y tranquila, incluso teniendo delante a una persona con los ojos entrecerrados, recto, con las manos perfectamente paralelas colocadas sobre la mesa, no

despegando sus ojos más que de ella, de la taza de café que sostenía.

—¿Qué ocurre con Ainielle? —dijo Lizara, intentando que la mirara a los ojos, pero incapaz de que dejara de mirar a otro lado que no fuera a sus temblorosas manos sosteniendo la taza—. Si crees que puede estar en problemas, debe de haber ocurrido algo.

—Lleva una semana sin hablarme apenas. Casi no ha salido de casa. Desde que volvió del descenso al pozo de San Lázaro su comportamiento ha sido extraño.

—Se fue de allí sin decirnos nada, no me contesta los mensajes, no viene a clase… Sí, es raro. Por lo que la conozco, ella nunca se comportaría de ese modo.

—Durante esta semana, lo poco que ha hablado conmigo era para referirse al pozo —dijo Úrbez sin tener en consideración que estaba en una conversación con otra persona—. Ha repetido constantemente que me vio allí y que yo le pedí que se uniera conmigo quitándose la bombona de oxígeno. No entiendo por qué, porque no he buceado nunca —dijo, por primera vez, demostrando un más que evidente desconcierto.

Lizara asintió en silencio.

—Anoche desapareció alrededor de la medianoche. He hablado con la policía y dicen que no pueden hacer nada hasta pasadas setenta y dos horas. Mis compañeros de trabajo dicen que soy un *planchabragas*, a lo cual les he explicado que las bragas no se planchan. El comportamiento de Ainielle no tiene sentido, por eso he pensado que puede estar en problemas.

—Yo también estoy preocupada, todo esto no… No es propio de ella, supongo —dijo Lizara, titubeante, bajando la mirada hacia la taza de café solo para comprobar, nerviosa, la extrema palidez de sus manos—. Debes de estar preocupado, ¿no?

—Estoy preocupado. Si no sabes nada, me marcharé.

En ese momento, Úrbez se levantó y se marchó, sin siquiera haber tocado su taza de café, mientras Lizara se quedó mirándolo sin siquiera saber si debía decir o hacer algo más. Las circunstancias la sobrepasaban de todas las formas inimaginables, sintiéndose culpable de algo que ni siquiera sabía que era. Al final solo encontró una posible solución: sacar su teléfono, llamar a Lorien y quedar esa misma noche para buscar respuestas.

***

Lizara permanecía flotando bajo el río, recordando la falta de olor, de tacto, de estímulos tangibles en la cafetería. Incluso el calor del café, su amargo trago en la garganta, o la intensidad del teléfono en la oreja, mientras pedía ayuda a Lorien, allí abajo parecían tan reales, tan concretos, como si los estuviera experimentando en tiempo real. Hasta que recordó que no estaba en la cafetería; que aquello no era un aséptico saco amniótico donde nada pudiera dañarla, salvo que un traumático accidente perturbara la integridad física de cuanto la rodeaba. Estaba bajo el agua, no había nada ni nadie a su alrededor, y lo único prudente en aquellas circunstancias era seguir descendiendo, no dejarse atrapar por su propio rumiar.

De nuevo, con sus sentidos centrados en todo cuanto la rodeaba, continuó su descenso. Sin saber cuánto tiempo había pasado, cuánto había descendido realmente, se preocupó durante un instante por Lorien, por lo que pudiera estar pensando que estaba ocurriendo allí. Consciente de que cuanto antes terminara antes acabaría con su preocupación, decidió seguir descendiendo. Incluso si a partir de ahí las cosas ya no fueran tan fáciles como hasta entonces.

No era solo la oscuridad. Era el propio río. Como si tuviera vida propia, abriendo y cerrando caminos a su paso, iba arrastrándola de tal modo que el descenso se volvía prácticamente imposible. Lizara tenía que estar luchando de forma prácticamente constante contra los flujos que querían hundirla o elevarla, lanzarla lejos del lugar al que quería llegar a cualquier precio. Hasta que decidió que aquello no le compensaba. Esa lucha constante solo le servía para sentirse cada vez más exhausta. Con los músculos más entumecidos. Por eso, cuando notó que la fatiga empezó a llevarse lo mejor de ella, decidió volver a su disposición anterior. A no hacer nada.

Al dejar la mente en blanco, al no intentar luchar contra la corriente y el río, este parecía guiarla gentilmente. Los caminos se alargaban, se volvían sinuosos, pero comenzaba a descender, despacio, pero sin que le supusiera un gran esfuerzo. De ese modo, flotando en el agua, dejándose llevar, se sintió de nuevo una con el río. Al menos, hasta que se vio forzada a abrir los ojos de nuevo, a usar sus sentidos. Pues el río, en su consciencia, decidió compartir

con ella una imagen de la superficie.

Que de repente fuera capaz de ver no solo el exterior, sino también el puente de piedra que atravesaba el río bajo el que estaba, extrañó sobremanera a Lizara. Si bien parecía haberse disipado la niebla, ella estaba descendiendo. No solo estaba en las profundidades del río, sino que además estaba encarando el fondo, no la superficie. Aquella imagen no tenía ningún sentido, por más que la estuviera viendo con sus propios ojos. Pero el desconcierto no acababa allí. Al mirar hacia la superficie, al fijarse en los detalles, comprobó que no era el mismo escenario que había dejado atrás al sumergirse. Un trozo del puente estaba roto. Había coches de apariencia antigua circulando por la calzada. La gente parecía apiñarse en la lejanía alrededor del puente. Y en un momento dado, como apareciendo de la nada, un autobús cayó en su dirección, amenazándola con aplastarla sin que ella pudiera hacer nada.

Lizara se limitó a cerrar los ojos. A gritar con todas sus fuerzas. Pero cuando abrió los ojos, no había ni superficie ni puente ni autobús. Seguía viva. Debajo del agua. Seguía viva intentando gritar con todas sus fuerzas debajo del agua.

Notó como sus pulmones se vaciaban de repente. Completamente en pánico, pataleando, su instinto fue dar bocanadas pequeñas y rápidas mientras intentaba subir lo más rápido posible a la superficie. Pero eso solo ocurrió en su mente. Al sentir aquella necesidad imperiosa, bloqueó rápidamente el acceso de su inconsciente a su cuerpo, obligándose a pensar únicamente en su respiración. Sus músculos estaban tensos de un modo rígido y doloroso, el agua parecía erosionar su fuerza de voluntad e incluso podía notar hasta el último centímetro donde el neopreno rozaba contra su piel. Pero respiró hondo. A grandes y lentas bocanadas, tomándose su tiempo en inspirar y expirar, dejando que aquellas sensaciones se ahogaran lentamente, consiguió recuperar totalmente el control sobre sus actos y superar un ataque de pánico que pudo haberla matado.

Solo al recuperar el control pleno sobre sus facultades, notó una sensación externa. Como si una mano le estuviera tocando la espalda. Normalmente, eso le hubiera hecho entrar en pánico, obligándola a alejarse lo antes posible, pero de algún modo, aquel tacto cálido en su espalda la hacía sentir serena. En paz con su

entorno. Consciente de que aquella mano era amiga, que solo le deseaba bien, ya fuera un ángel o un efecto de la hipoxia, decidió seguirla. Dejó que ese cálido tacto en su espalda, la empujara suavemente hacia adelante y la condujera hacia su destino.

***

Siguió adelante solo por aquella calidez imposible que sentía en la espalda. Consciente de que desaparecería si se giraba para volver a la superficie, de que quizás no la volvería a sentir jamás si lo hiciera, se limitó a seguir el dictado de los elementos. Y al hacerlo, al respirar de forma pausada, al nadar activamente en favor de la corriente, notó como el agua la envolvía y la arrastraba rápidamente hacia su objetivo. No había distracciones ni duda. Había pasado la prueba que el río había decidido ponerle ante sus ojos, haciendo que esa sensación de calidez se fuera multiplicando a lo largo de toda su espalda, extendiéndose a sus brazos, sintiéndose cada vez más cerca de una catarsis que hasta entonces le había sido vedada.

Le parecía estar en otro mundo. Todo la acompañaba de un modo único y gentil. El agua a su alrededor ya no era fría. El calor se extendía por todo su cuerpo. El arrullo del río sonaba como un coro celestial de voces blancas. Todo se sentía más próximo según se acercaba al fondo. Hasta que se hizo la luz.

Al principio ni siquiera fue consciente. Solo se dejó guiar, respirando y nadando como si no ocurriera nada, viendo la cara de los niños que ponían sus pequeñas manitas sobre su espalda, sobre sus brazos, nadando junto a ella, cantando canciones de iglesia con una voz cristalina como el agua que los rodeaba. Pero cuando se dio cuenta de que estaba rodeada de niños sin bombonas de oxígeno, con las ropas desgarradas, con las caras desfiguradas, con sus manos empapadas de sangre flotando a su alrededor, ya era tarde para girarse. Sus manos ya no la calentaban, sino que ardían sobre su piel. Empujándola inevitablemente hacia la luz, hacia la cual Lizara no quería seguir, pues no quería llegar a saber qué era.

Pero tuvo que mirarla.

Ante sus ojos, una estatua de la Virgen del Pilar brillaba en el punto más profundo del pozo. Una virgen que no paraba de sangrar

por sus manos, por sus ojos, por sus pies. Irradiaba tal calor, incandescente aun en las profundidades del río, que hacía hervir toda el agua a su alrededor.

Lizara se resistió. Intentó deshacerse de la delicada presa con la que los querubines la mantenían aferrada. Pero ya era tarde. Cuando tuvo la oportunidad de soltarse, en el mismo instante en el que sus manitas ardían de tal modo que deshicieron el neopreno y la carne, pudo resbalarse al abrasarse al roce contra ella, permitiéndole hacer fuerza y girarse entre un dolor agónico al exponer su músculo abierto directamente contra el agua, vio la cara de la virgen. La cara de Ainielle, sonriente, diciéndole que la estaba esperando. Que llevaba muchísimo tiempo llamándola. En ese momento Lizara sintió como se quedaba sin fuerzas. Su cabeza daba vueltas en la nada, con los pulmones encharcados, perdiéndose para siempre en la falta de estímulos que tanto amaba para alimentar los mitos que con tanto ahínco persiguió hasta el vacío.

SIGNATUS

Nieves Mories

¿Qué hacías en la majada de la Vega de los Muertos antes de nosotras? ¿Rumiar soledades? ¿Esperar a la noche para vigilar a los lobatos, si es que aparecían? Arriba, casi en la cumbre de La Mira, a punto de coronar la cima de esa pirámide de granito cincelada por el hielo y el viento.

¿Sabes cómo te imaginaban? Como a una diosa pagana envuelta en nubes de buitres negros y águilas imperiales, que sometía bestias salvajes y domeñaba a los elementos. Un poco como *El caminante sobre el mar de nubes* aunque más feral, pero igualmente solitaria y ensimismada. Tu reino no era de este mundo y tu mundo no era el nuestro.

Arriba, en la montaña. Donde solo se aventuraban las rapaces y los lobos. Donde tu pisada era la única huella humana que hollaba ese monolito congelado en el tiempo.

Bajabas por la vereda, descalza, aseguran algunas, sin miedo de las víboras o las salamandras. De que te asaltara por sorpresa alguna de las muchas alimañas silvestres con las que convivías, como una moderna Francisca de Asís, «dejad que los animales y las niñas se acerquen a mí», solo que, en lugar de alimentar a palomas y ardillas, tú sustentabas a los carroñeros con bisturíes en las encías y las patas.

Una santa. Una divinidad. Una reina salvaje y decadente que moraba en la majada de la Vega de los Muertos.

Paja y lana para el lecho, una oquedad llena de hollín donde

cocinar. Sentada en un bloque tosco a la mesa, igualmente primitiva, no poseías más que una cuchara y un cuenco hechos con madera de encina, tallados por ti misma en un atardecer cualquiera, con la lluvia torrencial amenazando de muerte a las frágiles tejas de pizarra. Eso narraban en voz baja las leyendas sobre ti.

Paja y lana. Hollín y encina.

Y banda ancha vía satélite, con una buena tarifa de 50 Gb y llamadas ilimitadas por el increíble precio de 17,95 euros al mes, con la que comprar en Amazon la última moda en accesorios de silicona para microondas, color verde fluorescente, cocine al vapor todo tipo de platos: pescados, carnes, verduras, huevos y postres, listos en diez minutos. Fácil y rápido. Basta de suciedad y de caros utensilios, sus platos más sanos que nunca por tan solo 25,99 euros, gastos de envío gratis si efectúa su compra antes de dos horas y once minutos.

Y teléfono móvil, que para algo tenía que servir la antena amarrada a una encina detrás de la majada, si es que se la podía llamar así. Restaurada pocos años atrás, a pesar de su aspecto decrépito y camuflado con el entorno para no romper con la sintonía serrana, el edificio estaba revestido con una gruesa capa de espuma de poliuretano que, con la ayuda de la calefacción eléctrica, hacía más que confortables las noches de enero a veinticinco grados bajo cero.

Portátil y videoconsola, el colchón más moderno del mercado (combinación de espuma y muelles ensacados, partículas de grafito, disipa el exceso de calor corporal, optimiza las fases de sueño profundo), la cafetera *expresso* con accesorio para *capuccinos* y, por si acaso el calor apretaba en agosto, un coqueto aire acondicionado portátil fácil de enganchar a la red eléctrica.

¡Disfrute de su típica majada de montaña en un entorno incomparable, con todas las comodidades de la vida moderna y los gastos cubiertos, cortesía de la Red de Observatorios del Lobo Ibérico!

El trabajo como guarda forestal era ideal para solitarias como tú. Al menos, hasta que decidiste quedarte con nosotras.

Transitar la Vega de los Muertos por la Garganta Lóbrega con unas buenas botas de montaña es mucho mejor que hacerlo descalza, dónde va a parar. Lo mismo que si debes subir a La Mira,

con la mochila repleta y esos prismáticos pesados como el plomo colgados al cuello. Un calzado de calidad y fiable es garantía de un paseo montaña arriba con final feliz.

Aun así, yo también me lo pregunto; ¿qué hacías en la majada de la Vega de los Muertos antes de nosotras? Se me antoja abrumador.

El silencio y el frío. Los lobos aullando al vendaval.

La soledad a dos mil metros de altitud, donde el oxígeno escasea, más pesada que cualquiera de esos bolos graníticos que el hielo arrojó al valle, en la frontera del enebral.

Donde comenzó nuestra historia de lobos ibéricos, chozos y veredas umbrías y también donde acabó, al cobijo de la Vega de los Muertos; la montaña se escarpaba en precipicios como apocalipsis ultraterrenos y los buitres negros te cantaban al oído la melodía de la carroña en la que te convertirías si dabas un paso en falso.

Su carroña.

Ellos también rumiaban soledades contigo, arriba, en la montaña. Soledades y algo más.

Por una senda estrecha, aunque apta para caballos, encajonada entre lajas y drenajes por los que despeñarse al arroyo, por allí llegué a ti, al inicio de la Vega, donde se asoma por primera vez el enebral a cuya sombra chivas y terneras acudían a trasegar. Fui hasta allí por las ranas y las nutrias y me quedé por ti.

También por las demás. Y por los lobos, por supuesto. Cómo olvidarme de ellos.

Cómo olvidar, también, que todavía no he visto ni una sola nutria.

El primer día, al poco de conocernos, me cogiste de la mano y me acercaste a ellas, entonces no más de cuatro; mujeres de edad variada, entre los treinta y los cincuenta y pico que, bajo un acebo sonrojado, remojaban sus piernas al sol y charlaban sobre heroínas que se arrojaron al río con los bolsillos llenos de piedras.

—Vamos, no seas tímida. Socializa un poco y refréscate. El camino de vuelta no va a irse a ninguna parte.

El camino no se marchó, cierto, igual que no me marché yo cuando acabó el verano. Me acostumbré al rumor del arroyo y el chasquido de los enebros cuando la brisa los mecía. A la compañía de esas mujeres especiales con las que hablar durante horas y horas,

con los dedos manchados de zarzamoras maduras y briznas de hierba en el pelo.

Restauramos chozos donde dormir y guardar nuestras exiguas posesiones mientras tú mirabas, sonriente, complacida. Tu presencia embrujadora proyectándose como una sombra inmensa nos servía de burbuja para no pensar la locura que estábamos cometiendo.

No pensar en qué pasaría cuando los sacos de dormir flotaran a la deriva con las lluvias torrenciales del otoño.

No pensar en lo que sucedería con las primeras nieves blandas o cuando estas devinieran en hielo. No plantearse qué comeríamos, cómo nos abrigaríamos. Cómo íbamos a sobrevivir a la vida en una cordillera que nos era ajena a todas menos a ti.

Aparecías con la mañana; cuando despertaba, con el pelo enmarañado y lleno de hormigas por no haberme fijado en dónde me echaba a dormir, tú ya estabas allí. Con café, sonrisas y promesas. Desaparecías al anochecer, siempre práctica, para no perder del todo el camino en completa oscuridad, siempre de buen humor, siempre entusiasta por lo que nos pudiera deparar el día siguiente.

¡Había tanto por hacer! ¡Tantos planes, tantos proyectos a cuál más brillante!

Al final de ese primer verano ya éramos seis.

Y todas te queríamos. La veneración y la fe ciega vendrían después, con el tiempo.

Arriba, en la montaña, despegaron nuestros sueños sobre las alas de los azores, impulsados por el viento que olía igual que tú.

***

¿Qué hacías en la majada de la Vega de los Muertos las noches de ese primer verano? ¿Te entretenías con algún videojuego mientras abajo, en el valle, nos comían los mosquitos o realmente creías en esas historias mágicas con las que nos hipnotizaban tus pupilas y tus palabras? ¿Te acordabas de nosotras ahí arriba, en la cumbre de La Mira o solo tenías mente, ojos y oídos para los lobos?

¿Planeaste entonces lo que estaba por venir?

Sinceramente, no lo creo. Pero a lo mejor es que todavía soy un poco esa ingenua que confió en ti. La que se quedó ciega y sorda y

que no enmudeció porque debía soltar por la boca tus palabras, tu discurso, tu pasión. Liberaste mi lengua, mi tráquea, mis cuerdas vocales, me conferiste un don que antes no había poseído: el de tu verdad. Dejarme amarrar por un collar y una correa a tu mano fue un precio muy bajo que pagar, o eso pensé entonces.

«Soy tu evangelista, tu perra de presa, tu vara y tu cayado, tu Susan Atkins y la bala de calibre 45 que mata, tritura y destruye cuando aprietas el gatillo».

«Eres nuestra Madre Nutricia, la hembra reproductora que regurgita el alimento para sus lobatas. Una Magnum con el seguro estropeado».

Un día descubres que entre la Virgen María y Charles Manson no hay tanta diferencia y, con horror, te das cuenta de que tampoco te importa.

Subí a la Vega de los Muertos por la Garganta Lóbrega, hasta tu majada, hasta tu secreto. Compartimos unos cuantos vasos de Blue Mountain y paté de corzo. Cervezas y marihuana para fumar.

Oí los crujidos entre los piornos resecos, arrasados por el sol nuclear del final del verano, y tú me agarraste del brazo para que no me moviera.

—Observa. Solo observa y no te muevas.

Por supuesto que no me moví. Creo que ni respiré. Que los párpados se me quedaron congelados y la saliva se me atravesó en la garganta. Incluso puede que el corazón perdiera un par de latidos.

Sus ojos eran oblicuos, amarillo dorados, serenos, con esa extraña cualidad eterna que a veces se percibe en un lugar sagrado o en un beso tan prolongado y triste como un re menor.

Sus ojos. Arriba, en la montaña, en la Vega de los Muertos. Su pelaje estriado, los belfos llenos de sangre, sucios por la ofrenda de carne y entrañas que dejaste a su lado, como sacrificio a esa deidad feral, aún más hermosa y mortífera que tú.

El corazón lo primero, aún tibio. El corazón es lo primero que arrancamos y ofrecemos.

Una vez saciada, otro par se le unieron. Más pequeñas, igualmente letales y milagrosas, acudieron a devorar lo que la otra despreció. Mientras esperaba, te concedió el favor de que la acariciaras. De que hundieras las manos en su espeso pelaje y le

rascaras tras las orejas.

Ella era la auténtica madre de la manada y todas allí le debíamos pleitesía. Incluso tú.

Tú más que nadie.

Mientras se marchaban, se volvió a mirarnos («a mirarme», pensé yo, con los sentidos empañados), y en esos extraños ojos de oro no vi más que piedad.

«Soy libre», dijeron.

«Soy libre. Y tú no».

No descarté que fuera por la marihuana.

***

Abajo, en el valle, donde la Senda Lóbrega se pierde en el enebral nos perdimos nosotras también; en veranos e inviernos que nos agostaron, en efímeras primaveras y otoños fugaces. Compartimos lo que llevamos y, cuando esto se acabó, bajamos al pueblo por la misma trocha por la que llegué, a saber cuántas estaciones antes. Recolectamos niñas maduras entre las veraneantes y te las llevamos como tributo, como quien arranca un melocotón a punto de ser cosechado, pero aún no, todavía no, porque conserva ese punto de acidez, de infancia sedosa pegada a la piel.

Y ellas compartieron con nosotras a su vez, pero el dinero no es eterno, igual que la ingenuidad. Saquearon árboles frutales y vides, contenedores de basura detrás de los supermercados y más de una ejerció de sirena con los escaladores por un bocadillo de salami. Mientras tú, arriba, en La Mira, mutabas para adaptarte a ellas. Para beberte su alma con la esperanza de no envejecer ni arrugarte.

No te importó la marcha de esas primeras, que huyeron de una en una, gota a gota, como una herida que se desangra y renueva a partes iguales. Derrotadas y consumidas iniciaron la hemorragia que ya no cesaría nunca, sustituidas al momento por una transfusión de vida entusiasta que invadía sus chozos, dormía en sus sacos y se meaba en nuestras diosas aullantes que daban por finalizada su existencia con la cabeza dentro de un horno de gas.

Todo cambia, menos la montaña. Todo muta, menos la Vega de los Muertos. ¿Te acuerdas de la loba, arriba en la majada?

«Soy libre», te dijo.

«Soy libre y tú no».

Hiciste bien en creerla.

«Puedo hacer lo mismo que tú», me dije (nos dijimos, nosotras, las pocas que quedamos desde ese primer verano). Aprender los caminos de este valle, de la vega y de La Mira. Subir. Bajar. Encontrar las mejores ensenadas para capturar barbos y los cotos ideales donde corzos mansos y conejos abundaban.

Abrimos ojos y oídos y, en su lugar, nos anudamos la lengua, la tráquea, las cuerdas vocales con alambre de espino para no hablar, para que ninguna palabra delatara que el yugo con el que nos unciste se había quedado tirado por ahí, marchito como las primeras flores de la primavera.

Tu verdad.

Habíamos olvidado lo que fue. Pero aún teníamos que recuperar la nuestra. La que nos fue arrebatada junto a un arroyo por una mujer que se convirtió en diosa solo por nuestra obra y gracia. Y por nada más.

«Soy San Juan Evangelista después de narrar el Apocalipsis, una perra salvaje que ha perdido su primer combate, una brújula sin norte, soy Susan Atkins en prisión y una bala sumergida en agua destilada e insulsa».

«Respecto a ti, poco eres cuando se acaba la función. La copia de una copia de una copia borrosa».

Un día descubres que entre la Virgen María y Charles Manson no hay tanta diferencia; los dos son un fraude.

Arriba, en la montaña, no hay más que una Madre Nutricia, una hembra alfa y reproductora al mismo tiempo. Y esa, querida, nunca fuiste tú.

***

Así que subimos a la Vega de los Muertos por la Garganta Lóbrega hasta tu majada, esa noche signada de finales de junio, con el calor apretándonos en los pulmones y las axilas. Tú, todavía Madre. Nosotras, aún Favoritas. De nuevo, invitadas a tu secreto, al que solo nosotras, las únicas que quedamos de esas primeras, antes que desaparecieran todas las zarzamoras del mundo y las estrellas fugaces, las poetisas y las canciones, teníamos acceso. Tu santuario

con wifi, videoconsola, cerveza fría y hamburguesas de jabalí a la parrilla con pan crujiente, mientras abajo se mueren de hambre.

Un Blue Mountain después de cenar, por los viejos tiempos. Un brindis con Coors, por lo que está por venir. Aunque nos falta la marihuana para rememorar del todo esa otra noche, tenemos cerveza de sobra.

Los piornos y las zarzas crepitan, con el mismo chasquido que las ramas que explotan en las hogueras, en la linde del incendio, y es un incendio mismo el brillo de sus ojos, que vemos antes de que tú lo hagas

«eso debe significar algo»

y comiences con tu función favorita

«pero es otra quien te agarra del brazo para que no te muevas»

y otra más quien te susurra al oído

—Observa. Solo observa y no te muevas.

y una última te besa la nuca, entre atlas y axis, que suenan un poco como los ríos de Babilonia junto a los que nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sión, atlas y axis en el Salmo 137 o en una canción disco de Boney M., entre las que hunde el Bowie, hacia arriba y hasta las cachas y te parte el cráneo con la base.

Va a ser difícil de sacar.

Tan serena como siempre, impasible ante nosotras, se sienta a poca distancia y espera. Es paciente, pero solo porque está bien alimentada. Sus compañeras, todavía invisibles entre la maleza, nos recuerdan con gruñidos que ellas no tanto, que solo tienen restos de lo que la otra les cede y que quizá no tengan tanto aguante, ni quieran tenerlo.

El corazón lo primero, aún caliente. El corazón es lo primero que arrancamos y ofrecemos.

Mientras lo dejo en el suelo, frente a ella, que me escruta con esos ojos penetrantes sin atisbo de humanidad, juraría que aún late. Aunque eso no sea posible.

Sus ojos amarillo-dorados, imperturbables mientras te devora. Arriba, en la montaña, en la Vega de los Muertos. Empieza por tu corazón y continúa con tu carne, se lo toma con calma porque esto no es un festín.

No sé lo que es esto, que tiene tanto de feral como de divino.

Hay mucho para las que se unen después. No hace falta pelearse

por las migajas esta noche, en la que el festín es abundante y reciente. No hace falta darse prisa; nadie va a marcharse de aquí.

Mientras espera, acerco la mano y la hociquea. Me concede la gracia de que la toque, la acaricie, le rasque tras las orejas, en el cuello y bajo la mandíbula. De rendirle pleitesía, satisfecha por el tributo.

Es la madre de la manada. Su reino no es de este mundo y su mundo no es el nuestro.

Macarena libre

Carlos G. Gurpegui

Macarena libre
¡Queipo, fuera!

El cartel había sido hecho a partir de un folio cortado a la mitad para ahorrar tinta. Impreso en blanco y negro, estaba pegado con celo a un lado de uno de los tablones que podías encontrar en el primer piso de la Facultad de Comunicación de Sevilla. Había media docena de ellos colgados por los diferentes tramos de la escalera del edificio gris. La inmensa mayoría de los alumnos ni siquiera reparaban en ellos.

Javier lo había visto a primera hora, antes de entrar a Historia del cine español, y la frase se le quedó grabada a fuego. Debajo del lema había una pequeña convocatoria para una reunión informativa esa misma tarde. Le coincidía con una clase, pero no le importaba demasiado, se saldría a mitad. Ya le pasaría alguien los apuntes. Para Javier esto era lo importante, de esto iba la universidad, de ir a reuniones, hablar de política y manifestarse, ¿no?

No conocía a los organizadores de la reunión, no eran la Delegación de Alumnos ni aparecía colectivo alguno. Solo la hora y el lugar. Ni siquiera se hacía en la facultad sino en los jardines de enfrente. Bien, eso era bueno, así podría fumar y despejarse un poco después de pasar un día entero encerrado en ese grisáceo edificio.

La última clase de la tarde resultó ser algo más interesante e importante de lo que Javier creía y apuró un poco. Esas cosas casi

siempre empezaban tarde y no le pillaba lejos, así que aguantó todo lo que pudo hasta que se escaqueó por la puerta de atrás sin decir nada a nadie. La asistencia a clase no era algo que le importase demasiado y los profesores ya lo conocían porque a pesar de faltar y salir de clase luego rendía en los trabajos y exámenes. Ya recuperaría echando horas en la biblioteca. No le pidió a nadie que lo acompañara, sus conocidos de la facultad no estaban demasiado interesados en política, y mucho menos sabrían decir quién era el señor ese y por qué lo querían echar de la Macarena.

Salió por la puerta trasera de la facultad en dirección al lugar de la reunión. Ya era de noche y hacía algo de fresco. Odiaba esas semanas en las que entraba a clase a primera hora, todavía de noche, y salía por la tarde con el cielo ya oscurecido. Siempre decía de sí mismo que era un poco lagartija y necesitaba su ratito diario al sol.

¿Conocería a alguien? ¿Sería una tontería? Javier había perdido la cuenta de la cantidad de reuniones, asambleas, charlas y fórums que habían quedado en nada. Se hablaba mucho, se repetían frases y se citaban a decenas de autores y autoras muertos, pero nada más. Al consumirse el tiempo por el que se había reservado el aula o las horas de asamblea todo el mundo cogía sus cosas y «cada mochuelo a su olivo». Le gustaban los debates y disfrutaba escuchando hablar a sus compañeras y compañeros, pero echaba en falta algo de movimiento. En el último año habían tenido un encierro que parecía que se convertiría en la chispa necesaria y al final quedó en un nuevo grupo de trabajo que rápidamente se *empantanó* en burocracia y mierdas internas entre sus integrantes.

Sacó un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta vaquera y se lo encendió de camino. Llegaba tarde. No le gustaba demasiado ser impuntual y ya se arrepentía de haber aguantado más en la clase. Siguió el estrecho camino de asfalto que atravesaba el parque y al girar en una fila de setos, los vio sentados alrededor de un banco. Había mucha gente, más de la que hubiera imaginado, aunque así, a lo lejos, no reconoció ningún rostro. Había por lo menos dos docenas de personas, así que decidió quedarse al margen, apoyado en un árbol terminándose el cigarro. En el centro del círculo, un chaval de pie junto a un señor mayor, hablaba al grupo.

Por eso estamos recogiendo firmas para que saquen de una vez

su cuerpo de la basílica, dijo mientras su audiencia asentía. Sabemos que no es la primera vez que lo intentamos, pero esta vez estamos moviendo las hojas de firmas por toda España.

Ahora es buen momento, ¿no? Con todo lo de Franco y eso, preguntó una chica sentada en primera fila.

Exacto. Creemos que es el momento idóneo. Si se ha sacado a ese cabrón, ¿por qué no iban a echar a este?

Tomad, un chico con una camiseta de Soziedad Alkohólika empezó a repartir las hojas entre los asistentes. Firmad.

¿En serio otra recogida de firmas? Javier estuvo a punto de encender otro cigarro y darse la vuelta antes de que le llegara la hoja. Había estado en decenas de estas mierdas y ninguna había llevado a nada. Papeles y más papeles para que algún funcionario en la Junta, o donde coño quiera que fueran esas hojas, se limpiase el culo. La voz de otra chica destacó sobre el ruido de papeles y bolígrafos al pasar de manos.

¿Otra vez? Siempre la misma mierda. No sirve de nada. Acción directa. Sonaba extranjera y para enfatizar golpeó en su rodilla con el puño cerrado. Hubo murmullos.

Ya, a mí me encantaría entrar ahí una noche con un pico, pero…, respondió Antonio.

Pues vamos, coño. ¿De verdad creéis que la enésima petición firmada servirá de algo?, preguntó poniéndose de pie.

Bueno, son las vías legales. Mira a Franco, no le han sacado así por las bravas, ha costado lo suyo.

Aquí se nos llena a todos la boca, pero luego nada de nada. Esperemos otros treinta añitos a que a algún socialista de tres al cuarto le dé por rascar votos, así va la cosa, ¿no?

¿La vamos a tener de nuevo, Vivalda?, el chico sonaba harto. No era la primera vez.

Antonio, la verdad es que la compañera aquí tiene razón. La voz del anciano sonó clara y contundente. El círculo se calló y de pie tan solo quedaron el anciano, Antonio, Vivalda y, apartado de todos, Javier. Se notaba la crispación en el ambiente.

¿Habéis firmado todos?, preguntó Antonio. Bien, podéis dejarme aquí las hojas, gracias. La semana que viene seguramente tengamos reunión también, estad atentos a la convocatoria y si no estáis en la base de datos podéis dejarme vuestro correo y os añado.

La gente recogió sus mochilas, chaquetas y zapatos y se desperdigó. En menos de cinco minutos todo el mundo se esfumó. Antonio, Vivalda y el anciano se quedaron en el mismo sitio, en silencio, mientras dos chavales recogían las hojas. Javier tiró el cigarro al suelo y se acercó. Ya que estaba allí, por lo menos firmaría. Interrumpió una conversación entre susurros.

Vivalda, ¡coño!, ¿otra vez?, Antonio hablaba con la chica que se liaba un cigarro.

Pues sí Antonio, otra vez, que estamos siempre con la misma mierda.

Mira que eres cabezona, ¿eh? Lo hemos hablado mil veces, no podemos ¡y punto!

No podrás tú, aquí Leopoldo está conmigo, ¿verdad? La joven se giró hacia el anciano que asintió.

Vaya dos, ¿qué queréis entrar ahí sin más y picar en la tumba?

A mí me parece un buen plan, dejó caer Javier. Los cinco lo miraron en silencio.

¿Y tú eres?, preguntó Antonio.

Javier, estudio en Comunicación Audiovisual.

¿Ves?, la voz de Leopoldo sonaba a lija. También lo ve claro.

¿Y qué?

Pues, que ya va tocando hacer algo Antonio, dijo Vivalda. Ya va tocando.

***

El Vizcaíno estaba *petao*, como siempre. Javier llegó antes de tiempo. No tenía muy claro que hacía allí, la verdad, pero tampoco tenía nada mejor que hacer y si el paripé este con Vivalda y compañía salía mal siempre tenía a algún conocido rondando por la Alameda con el que terminar la noche.

Habían quedado a eso de las once para tomar unas mistelas y hablar del tema. Se quedaron durante una hora discutiendo en el parque después de la recogida de firmas. Supo que Vivalda era una estudiante de intercambio italiana que decidió quedarse en Sevilla para terminar sus estudios; que Leopoldo, ahí donde se le veía, tenía casi ochenta años y había sufrido en sus carnes la represión en Sevilla y las barbaridades de Queipo de Llano. Dijo, cargado de

rabia, que era un «niño de los discursos». Su madre fue una anarquista represaliada y su padre un miliciano nacional que se tomó en serio las arengas de Queipo de Llano. Antonio, el que montó toda la reunión de esa mañana, era un eterno estudiante de último año de Biología que ya casi ni recordaba para qué quería estudiar la carrera, un rebotado que ni en el Sindicato de Estudiantes querían, y los otros dos eran Luisa y Fede, una pareja de arquitectos. Los cuatro, sin contar a Leopoldo, solían salir juntos y se conocían del círculo activista de la ciudad.

Se pidió una caña y esperó comiendo *chochitos*. La conversación de esa mañana, tras unos intensos minutos de discusión entre Vivalda y Antonio, acabó con uno de esos planes envalentonados que uno hace tras varias litronas: entrarían esa noche en la Macarena y sacarían a Queipo de Llano. El propio Leopoldo dijo que él traería las herramientas, que todavía tenía guardadas un *puñao* de cuando se partía la espalda en la obra y el resto accedió. No creía que fueran ni a pasar de la verja de entrada de la basílica y, si lo hacían, como mucho dejarían una pintada o cualquier tontería tal y como ya habían hecho otros.

Mientras pedía la segunda cerveza vio cómo entraba Vivalda que acompañaba al anciano y cargaba con su maleta. Pidieron dos cervezas y se apoyaron en la barra. Eso parece pesar un quintal y medio, dijo Javier.

Ni te lo imaginas.

Vivalda ha cargado con ello como una jabata. Se ha ganado la cervecita, dijo Leopoldo. ¡Salud y República!

***

Cuando apuraban la segunda caña, la tercera de Javier, vieron llegar a Luisa y Fede. Cada uno traía una mochila. Se quedaron en la puerta fumando un porro. Vivalda y Javier salían de vez en cuando a dar una calada, incluso Leopoldo probó un poco. Comentaban entre risas y susurros lo que iban a hacer, cómo iban a entrar y sacar al cabrón de su tumba de una vez por todas. Javier dudaba de que nada de eso fuera a pasar, pero al final la noche se le había enfilado. Además, Leopoldo les insistió en pagar todo lo que consumieran.

Las cervezas, altramuces y vinos de naranja se alternaron con las visitas al banquito de enfrente a fumar con Luisa y Fede. Esperaron a Antonio hasta que el Vizcaíno los amenazó con echarlos con agua caliente. Javier, que hacía mucho que no fumaba y bebía tanto, ya tenía problemas para caminar recto e intuyó, cuando se vieron los cinco en la calle Feria de madrugada que hasta ahí había llegado la noche y que cada uno tiraría para su casa y santas pascuas. Se acercó al grupo para despedirse.

¿Te rajas?, dijo Vivalda.

¿Cómo?

Que si te rajas, me has dado dos besos, ¿te marchas?

No supo qué responder, Leopoldo, Luisa y Fede los miraban a un par de metros de distancia con las maletas a cuestas.

Creía que ya nos recogíamos.

Va, que te rajas, ¿no? Los ojillos enrojecidos de Vivalda se voltearon en sus cuencas a la vez que la muchacha se giraba en dirección al grupo adelantado. Bueno, tú sabrás, dijo, nosotros vamos a exhumar a un hijo de puta.

***

De camino a la basílica siguieron fumando y Javier caminaba casi por inercia. Leopoldo abría la comitiva y parecía estar fresco como una rosa a pesar de haber bebido tanto o más que los cuatro estudiantes. El camino fue rápido, o eso le pareció a Javier en ese momento. Cuando quiso darse cuenta estaban frente a la verja del edificio y Luisa sacaba un *spray* de pintura negra.

La Macarena llora por un asesino a su vera

«Ea, ya está la pintada», pensó mientras Fede sacaba una escalera de cuerdas de la mochila. El estudiante la lanzó por encima de los hierros que cercaban la entrada a la basílica y empezó a escalar. Vivalda ayudó a Leopoldo que, para sorpresa de todos, subió con soltura. Luisa fue la última en saltar detrás de Javier y descolgó la escalera para esconderla. Fede ya estaba, junto a Leopoldo, frente a una de las pequeñas puertas de acceso al edificio. Se agazaparon sobre la cerradura y apenas se los escuchaba susurrar algunas palabras. Que no puedo carajo, escuchó que decía el

estudiante de arquitectura.

¿Qué sucede?, preguntó Vivalda.

La puerta, que no hay manera. Ni Leopoldo ni yo podemos abrirla.

Se quedaron en silencio mirando la puerta de madera. Fede sostenía unas finas ganzúas.

¡Al carajo!, dijo Leopoldo mientras sacaba de su maleta un martillo y un cincel de gran tamaño. Antes de que ninguno de ellos pudiera detenerlo colocó el cincel sobre la cerradura y echó el brazo atrás para golpear. En ese preciso instante un ruido mecánico le paró en seco. La puerta, cerrada a cal y canto hasta ese momento, crujió y se abrió.

***

Los cinco se adentraron en silencio en el interior de la basílica. Al fondo, la Macarena los vigilaba entre lágrimas. Un puñado de desgastadas velas eléctricas iluminaban el camino. Javier no había entrado nunca, pero Leopoldo parecía saber el lugar exacto al que se dirigían. ¿No hay nadie?, preguntó Vivalda mientras avanzaban entre bancos.

Mejor, ¿o acaso quieres un cura dando por saco?, susurró Luisa.

No, pero, es raro, ¿no?

¿Crees que vigilan a todas horas la muñeca esta?

Supongo. La italiana no parecía convencida, pero se agachó junto a los demás y avanzó en silencio.

Las tumbas de Queipo y su mujer estaban situadas en una pequeña capilla lateral, bajo un cristo y junto a un confesionario. Las losas cubrían buena parte del suelo, él a la izquierda y ella, su mujer Genoveva, a la derecha. Cientos de miles de pisadas a lo largo de los años habían dejado pulida su superficie y desgastado las letras. Todos ellos se frenaron en seco al entrar en la capilla. Leopoldo se adelantó unos pasos, solo, hasta situarse frente a las losas. Nadie dijo nada. El anciano suspiró, alzó la cabeza, carraspeó y lanzó un gargajo sobre la tumba. En ese instante, la enorme losa de piedra salió despedida con fuerza hacia arriba partiéndose en decenas de lascas que provocaron pequeños cortes sobre los cuatro estudiantes mientras trataban de proteger sus rostros con los brazos.

Leopoldo fue arrojado contra el banco más cercano y todos ellos cayeron al suelo. Javier se golpeó con fuerza la parte posterior del cuello contra el suelo y lo último que vio antes de perder la consciencia parecía una escena sacada de una novela barata. Gonzalo Queipo de Llano se alzaba desde su tumba.

***

Mientras Javier recupera la consciencia, durante apenas cinco segundos, se siente en un extraño limbo sensorial. Por un lado es incapaz de recordar dónde está, que está haciendo ni quién es; y por otro lado no siente su cuerpo. Sabe que se encuentra dentro de él, o eso cree, pero es incapaz de conseguir que sus miembros respondan sus órdenes. Me he roto el pescuezo, piensa aterrorizado. El mundo a su alrededor no es más que claroscuros apenas iluminados por tenues tonos naranjas procedentes de las velas electrónicas. Trata de enfocar la vista y hasta sus ojos parecen reacios a responder. Tampoco es capaz de escuchar nada que no sea un lejano pitido que se repite cada pocos segundos y que siempre va en un ligero aumento de tono. Se siente como cuando jugaba a aguantar la respiración en la piscina con los ojos abiertos. Su cabeza flotando dentro de un cuerpo que no siente suyo y el mundo a su alrededor desaparecido. Hasta que la sangre le salpica el rostro. En ese momento, Javier, es consciente de la escena que se desarrolla a su alrededor.

El pitido ya no suena tan lejano y no existe duda posible de su procedencia, es la garganta de Luisa que lucha por seguir gritando mientras una mano cadavérica hace fuerza sobre su tráquea. La arquitecta grita por inercia, casi como un acto reflejo en busca de una salvación que nunca llegará. Sus tripas cuelgan de su interior, como una piñata, y se esparcen sobre el suelo de mármol de la capilla. Su sangre, todavía caliente, cubre la cara de Javier, el cristo que observa la escena y buena parte de las paredes. Luisa grita, Fer grita, Vivalda grita, Javier todavía no comprende bien qué sucede, pero Leopoldo, el único que sigue en pie, sonríe.

Los gritos de Luisa cesan, o bien Javier deja de escucharlos, cuando Queipo de Llano la arroja contra Fer haciendo que el pobre chaval quede atrapado bajo el cadáver vacío de su pareja. ¿De

verdad está pasando esta mierda?, piensa Javier. ¡Alejaos!, grita Leopoldo.

Tú, la voz procedente del muerto suena extraña, como locutada.

Yo.

Cobarde. Rojo indecente.

La figura del teniente general se posa sobre la lápida de su mujer, Genoveva, y los mira. Sus ojos, translúcidos, reflejan la luz de las velas y sus pupilas, casi gatescas, enfocan al anciano.

Vivalda se arrastra detrás de un banco hasta llegar junto a Javier y tira de él para sacarlo de la capilla. Fer, en shock, balbucea mientras trata de introducir sangre y vísceras en el cuerpo, abierto en canal, de Luisa. Las manos del arquitecto restriegan la sangre sobre el mármol sonando como una fregona hinchada y vieja.

Os mataré como los perros que sois, dice el cadáver avanzando hacia Fer. No sois más que cucarachas.

El joven, demasiado concentrado intentando rellenar el cuerpo de su pareja, ni siquiera alza la vista hasta el general, vestido de punta en blanco, que se sitúa frente a él. Con un porte altivo, casi convertido en estatua de bronce. Su piel se tensa en una mueca suave antes de agarrar la cabeza del joven.

Detente, la voz de Leopoldo suena firme.

Detenme, responde Queipo de Llano antes de arrancar a Fernando del amasijo de tripas y sangre sobre el que retozaba entre lágrimas y alzarlo hasta su altura. El general tuerce la cabeza con lascivia y muerde el cuello del joven. Javier y Vivalda lo observan todo desde detrás de uno de los bancos de la basílica. Un mordisco voraz, rabioso y casi cánido. La piel del cuello de Fer se rasga con facilidad dejando entrever venas, cartílagos y hueso. Ni siquiera grita. Su garganta apenas es capaz de emitir un penoso gorjeo que fluctúa con la succión que ejerce la boca de Queipo de Llano.

En apenas unos segundos los espasmos del cuerpo se detienen y el murmullo desaparece. El monstruo arroja el cuerpo sin vida de Fer contra el banco tras el que se ocultan Vivalda y Javier.

Un estruendo hace que los dos jóvenes den un respingo en su escondite. Leopoldo, que se mantiene firme en su sitio sigue sonriendo frente a Queipo que observa el agujero de su pecho con sorna. Su bigote vibra al son de una risa que surge de su interior hueco. Es un sonido irreal. Una risa que parece grabada con una

vieja grabadora de cinta y emitida a través de un antiguo sistema radiofónico. Suena entrecortada, lejana y a No-Do.

Buen intento.

Leopoldo no responde y en su lugar abre fuego de nuevo con una escopeta corta. Hacia la Virgen, ¡rápido!, les dice.

Javier y Vivalda corren entre los bancos en cuanto suena el segundo estruendo. El cuerpo reanimado del antiguo golpista sale disparado contra el cristo y Leopoldo avanza de espaldas, recargando el arma, y sin apartar la vista del monstruo.

¿Qué coño pasa?, pregunta entre sollozos Vivalda.

Callad.

Javier no se atreve a replicar al anciano. No sabe qué sucede, está aterrorizado y seguro de haberse orinado encima.

La Virgen de la Macarena ocupa un lugar predominante en el interior de la basílica y frente a ella hay un pequeño espacio diáfano con bártulos y muebles. Javier no era religioso y en ese momento no puede pararse a pensar si la mesa tras la que se esconden es un altar exactamente o no.

Leopoldo aparece unos segundos después. Se queda oculto tras un estrecho reborde de la pared. Su cuerpo, tan anciano y fino, encaja a la perfección.

Lo siento, dice.

¿Qué coño es esa cosa? ¿Por qué está vivo? ¿Qué les ha pasado a Fer y Luisa?, las preguntas de Vivalda se atropellan y pisan.

Ese monstruo es Queipo de Llano, susurra Leopoldo. Siento haberos metido en esto, pero necesitaba ayuda para entrar y ya no quedamos ninguno de los míos. De los hijos surgidos de las entrañas de esas comunistas y anarquistas que predicaban el amor libre.

Pero, esto es imposible. Javier no cree las palabras del anciano.

Y a la vez está siendo posible. No sé los detalles, pero no murió en el 51.

La basílica está sumida en un extraño silencio y Leopoldo se asoma, escopeta en mano, durante un segundo antes de seguir hablando. Las atrocidades que predicaba fueron demasiado incluso para algunos sectores de las élites religiosas y franquistas que hicieron todo lo posible por ocultar al monstruo. Los hijos de las mujeres nacidas de esas barbaridades lo sentíamos, lo notábamos, unos más que otros.

¿Qué coño quiere decir eso?

Vivalda, compañera. No lo sé, algunos abrimos más nuestra mente a esa conexión y otros se cerraron a cal y canto. Ahora solo quedo yo de un pequeño grupo que decidimos acabar con él.

¿Sabías esto?

No, no lo sabía. Al menos no exactamente. Mi conexión se había deteriorado y creía que eso significaba que él también. Que al desaparecer nosotros, sus vástagos, asimismo lo haría él. Me equivoqué.

Un crujido de madera resuena en el interior de la Macarena. Antes de que ninguno pueda reaccionar Queipo de Llano aparece en el centro de la nave central. Lo hace firme, marcial, con los brazos abiertos en cruz. La sangre de Luisa y Fer se mezcla en su uniforme ceremonial. Su aspecto, aunque enfermizo, no difiere del de un anciano. Sonríe mostrando una dentadura afilada, casi limada, camina hacia ellos tranquilo e incluso se detiene para girar sobre sí mismo entre risas.

Ah, dice, ya sé quién eres. Un cachorro de una de esas perras rojas, ¿verdad?

Vivalda, Javier, tomad, les dice Leopoldo mientras arroja su pesada bolsa. Su interior parece el sueño húmedo de un fanático de las películas de vampiros: estacas de madera, un viejo revólver, un cuchillo y todo tipo de plantas y tarros. Estad listos.

Queipo se detiene y olfatea. ¿Qué es eso que huelo, vejestorio? ¿Has traído a dos niñatos? ¿A una cría y un maricón para hacer el trabajo de hombres? La estupidez se repite, ¿acaso no aprendiste la lección? Vayan vuestras madres, niños, preparando sus mantones de luto.

No hagáis caso, dice agarrando con fuerza el mango de su escopeta. Apuntad, disparad, pelead, no es inmortal.

En ese momento el anciano asoma de su escondite cruzando de un resquicio a otro y abre fuego. El tiro va torcido y revienta un banco haciendo que decenas de pequeñas astillas salten por los aire y se claven en las piernas del monstruo. Javier agarra el revólver con fuerza, no ha disparado jamás un arma en la vida real, y Vivalda sostiene el cuchillo con las dos manos. Ninguno de los dos tiene el valor de moverse.

La criatura, el hombre, o lo que sea, avanza demasiado rápido.

En menos de un segundo está en el interior del altar de la basílica. Se alza, delgado y enfermizo, sobre la mesa que protege a los chavales. De un simple manotazo sale volando. Javier y Vivalda quedan al descubierto, paralizados. Javier siente las manos de Queipo antes de ser capaz de reaccionar. Le agarran con fuerza la garganta y nota como el aire choca contra su tráquea cerrada por la fuerza del agarre. Le sorprende lo rápido que empieza a desvanecerse todo por la falta de oxígeno. Por el rabillo del ojo puede ver a Leopoldo detrás del monstruo y escucha el rugir de la escopeta antes de ser lanzado contra una puerta de madera.

Todo sucede muy deprisa.

El aire entra en sus pulmones a raudales.

Tose y escupe saliva con regusto a hierro.

Le duele la espalda y siente astillas clavadas en sus brazos y piernas.

Ve la escena encuadrada de la misma forma que otras tantas veces en las prácticas de CAV. Oscuridad, puerta en contraste con iluminación y una figura, como un John Wayne, de espaldas y a contraluz. Leopoldo apunta de nuevo hacia algo que está fuera del plano y abre fuego. Le duelen los oídos y escucha el estruendo que hacen los cristales que protegen a la Virgen al estallar. Incluso cree notar, brevemente, un cambio en el olor y la temperatura del ambiente al liberarse la atmósfera cerrada y sacra del camarín de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena.

Cabecea, siente el cuerpo dolorido y su mente pugnando por no rendirse y apagarse. Ve a Leopoldo, todavía de pie, recargar la escopeta humeante. Sabe que les está hablando porque gesticula hacia Vivalda. La joven italiana se arrastra, todavía aferrada al cuchillo, sobre los cristales dejando un reguero de sangre y piel a su paso. Sus rodillas repiquetean con el sonido de decenas de cristales clavados al avanzar hasta llegar a Javier. Cuando llega a su vera lo arrastra al interior del estrecho pasillo. El cuerpo ha roto la puerta que permite el acceso al camarín y, por suerte, la segunda puerta está entreabierta. Entre bocanadas de aire y salpicaduras de sangre se arrastran.

La escopeta estalla una vez más a sus espaldas.

En lugar del silencio que uno espera después de un disparo de escopeta escuchan un rugido que les paraliza. Vivalda se detiene en

seco al escucharlo y se escurre con la sangre de sus rodillas. No parece sentir las heridas. Un grito como aquel no puede surgir de una garganta humana, piensa Javier antes de escuchar un segundo grito, más mundano y terrible que el primero. La voz de Leopoldo suena distorsionada por la sangre que rebosa de su garganta. Javier ve al anciano, que le acaba de salvar la vida, sostenerse en pie solamente por la mano de Queipo de Llano que atraviesa, de lado a lado, su cuello. Las manos de Leopoldo, flácidas, no son capaces de sostener la escopeta que cae vacía al suelo. La criatura parece desencajar la mandíbula en un intento gozoso por tragar la mayor cantidad posible de sangre del anciano.

Ninguno de los dos se mueve durante un puñado de segundos que parecen durar horas.

Javier reacciona antes y es él ahora el que en ese momento empuja, desesperado, a su amiga hacia el interior del camarín de la Virgen. No sabe si hay salida, pero su instinto les fuerza a tratar de alejarse lo máximo posible de la criatura que está vaciando de sangre el cuerpo de Leopoldo a escasos tres metros de ellos.

Tira de Vivalda, se clava sus cristales y se mancha con su sangre, lágrimas y mocos mientras se arrastran hacia el interior de la basílica. El recodo tras la segunda puerta da directamente a la figura de la Virgen. Los blancos, dorados y azules de los ropajes de la imagen se mezclan con el rojo de la sangre. Javier tira de Vivalda hasta acurrucarse en una esquina. La Macarena se alza, llorosa, frente a ellos.

Escuchan cómo el cuerpo de Leopoldo es arrojado contra la pared. Los huesos del anciano parecieran estallar. La sangre gotea de las garras de la criatura que gira la cabeza de manera antinatural buscándolos. Olfatea el ambiente antes de pisar sobre los cristales y saltar, sin ningún problema, al interior del camarín.

Queipo de Llano se mantiene, ensangrentado, junto a la Macarena. Javier está paralizado, es incapaz de reaccionar, su cerebro no asimila qué ha sucedido en los últimos cinco minutos. Todo ha pasado demasiado rápido. La basílica se ha inundado con el olor de la pólvora y la sangre. El monstruo sonríe y la sangre cubre sus amarillentos dientes. Extiende los brazos y avanza hacia ellos. No lo hace rápido, no lo hace en tensión, lo hace con la seguridad del cazador que sabe que tiene acorralada a su presa. Se

ríe. Es una risa áspera y seca que suena a interferencias de radio.

Javier siente de nuevo esas garras sobre su cuello. Siente de nuevo el oxígeno luchando contra ellas y perdiendo. El aliento de Queipo huele a sangre y sótano. Rechina los dientes y pasa su lengua entre ellos rajándola a cada pasada. De repente Javier siente un leve resquicio en su tráquea y el aire vuelve a recorrerla. La mano del monstruo se afloja durante el segundo que tarda en girar la cabeza para mirar directamente a Vivalda. La italiana está de pie, junto a la Virgen, y retrocede un par de pasos. El mango del cuchillo sobresale, como una antena, por encima del hombro de Queipo.

Escucha el crujido de su cuello antes de sentir nada. De hecho, deja de sentir nada para siempre. Javier percibe, porque ve el mundo moverse, que su cuerpo es arrojado contra una esquina del camarín. Ve sus brazos y piernas en posiciones imposibles, pero no siente dolor. La visión se le empieza a nublar, pero ve a Vivalda gritar y tratar de correr. Sus rodillas, peladas de arrastrarse, fallan y choca contra la Virgen que está a punto de caer. Queipo sostiene a la chica con cierta delicadeza antes de hundir su rostro en su nuca.

La visión le empieza fallar y solo escucha estática, pero Javier todavía puede ver a Queipo de Llano alzar su rostro de la nuca destrozada de Vivalda que acto seguido cuelga, como una muñeca de trapo, entre sus brazos. La columna asoma por el hueco abierto a dentelladas del que bebe la criatura.

Lo último que alcanza a ver Javier es a Queipo de Llano avanzando hacia él bajo la llorosa mirada de la Macarena ensangrentada. Durante los últimos segundos de su existencia siente los dientes del monstruo sobre su cuello. Después todo es estática.

Biografías

Álvaro Arbonés (1988) es co-presentador del programa de videojuegos Checkpoint en Aragón Radio (@CheckpointAR) y colabora habitualmente en medios como Cinemanía y Eurogamer. Además, ha participado en los libros colectivos como *Los nuevos inquilinos: Ensayos para un mundo pendiente* (Ariel, 2012) y *Porno: ven y mira* (Shangri-la, 2017) y ha publicado en solitario el libro *Tú (no) necesitas ser un héroe. Neon Genesis Evangelion* (Héroes de Papel, 2018) y *Satoshi Kon. La mirada de un autor* (Héroes de Papel, 2020), de próxima publicación.

Carlos G. Gurpegui o simplemente Gurpegui para casi todo el mundo, intercala la mayoría de sus horas entre el desarrollo de videojuegos en Brainwash Gang y la escritura de literatura *weird* tanto en relatos, pequeños juegos o novelas. Ha publicado la novela corta *La venta del Lucero* dentro de esta misma casa y el libro de ensayo *El soñador de Providence* con Héroes de Papel, así como relatos en diferentes antologías de forma gratuita en Lektu. Ha tenido el inmenso placer de seleccionar los relatos para la antología que tienes entre manos.

Eleazar Herrera (Vitoria, 1991): Escribe movidas. Le gustan las buenas historias, sin importar cuántas veces las haya escuchado ya. Escribe movidas. Ha publicado dos títulos de la saga Wes Marino, *Bajo la piel de la ciudad* y *Astrales* (Cerbero), *Andros* (disponible en Lektu), un relato dentro del mismo universo, *Nueve Vidas* (Cazador de Ratas) y otros relatos en antologías desde que tenía dieciséis años. También la encontrarás en publicaciones sobre videojuegos,

pero prefiere mil veces sentarse a jugar. Practica kendo en el dojo de artes marciales Zanshin Madrid. Sus dos gatos, Gavilán e Irian, provienen de Terramar.

Elena Santiago González. Escritora Madrileña que estudió Humanidades en la Universidad de Alcalá de Henares. Luego se sacó un certificado profesional de edición y productos multimedia, seguido de cursos de corrección y de edición profesional. Empezó a crear historias desde bastante pequeña y recientemente ha reunido el valor para presentar sus escritos, publicando relatos como «La Flor» en la antología *Desde mi tumba: Una antología de terror gótico* (Varias autoras, publicación independiente, 2019) y «La estrella del dragón», publicado en la antología *Tras las huellas del dragón* (varios autores, Alberto Santos Imagica, 2020).

Guillermo Blázquez nació el 16 de febrero de 1994 en Madrid. Médico y contrabajista, comenzó a escribir desde que finalizó la carrera de Medicina y se mudó a un pueblo de Segovia. Desde pequeño, su mayor afición es la lectura en cualquiera de sus formas: novelas, cómics, la interpretación musical (o lectura interactiva analógica) o los videojuegos RPG (o lectura interactiva digital), entre otras. Su género predilecto es el terror, influenciado en gran medida por la religión, Junji Ito, Narciso Ibáñez Serrador y las interacciones sociales, elementos que espera que el lector encuentre en este, su primer relato publicado.

Inés Alcolea Llopis nació en un pueblecito de Alicante (Aspe) que desde muy temprana edad usó como campo de pruebas para sus cuentos y poemas. Ha ganado en numerosas ocasiones el premio local de poesía y narrativa breve, así como el premio provincial Géminis de relato corto. Entres sus ocupaciones más pintorescas está la de asesorar en comunicación a empresas de videojuegos, hacer ronronear a gatitos y recolectar lágrimas de trolls. Puedes encontrarla en antologías como la de *Mundos Sutiles* (ed. Cerbero), magazines como Caninomag, podcast como Analfabestias o performances poéticas como Labios de Papel.

Irenea M. Fernández es licenciada en Periodismo y escritora. Tras trabajar en diversos medios de comunicación, en 2017 decide estudiar y desarrollar su pasión por la escritura. Algunos de sus relatos seleccionados en antologías son «Damas de noche», en *Eliza,*

que ya no está […] o «Tempus hibernum», cuento ganador de *El hilo rojo*. Participa en *Vuelta a la Tierra cercana*, de la editorial El Transbordador, con su historia «Donde descansan los héroes» y en *Ars Mítica: […]*, de Carlinga Ediciones, con el relato «Proyecto Medusa». Su primera novela se publicará a principios de 2021. Sigue soñando con dar vida, a través de las palabras, a los mundos que habitan en su cabeza.

Mal Lawless (Valencia, 1990) es licenciada en Derecho y en Ciencias Políticas y de la Administración, co-creadora del podcast Fan Grrrl sobre cultura popular y escritora. Ha publicado varios relatos, entre ellos: «Helreid Alvitar», dentro de la antología *Por el Fólkvangr y el Valhalla: una antología vikinga* de Ediciones Freya, «Gentrificación» en la revista digital Café de Tinta y «Por el poder del planeta Neptuno» en la antología *Fandom of our own*. Se sabe más canciones de Mocedades de las que le gustaría, incluidas las que están en latín, y tenía que sacarle algún provecho.

Mariela González Álvarez es periodista y escritora especializada en género fantástico. Ha publicado las novelas *Heredero del invierno* (2016), *Historias del camino* (2016) y *Götterdämerung* (2018), así como varios libros de ensayo centrados en el mundo del videojuego y el manga. Es redactora en la página especializada en género fantástico Fantífica, y escribe sobre videojuegos en la sección de cultura de The Objective.

Nieves Mories (Ávila, 1978), es escritora, ilustradora y guionista; también ha ejercido como crítica de cine en revistas y webs del género. Estudió Artes y Ciencias Políticas, entre otras muchas cosas, puesto que su formación continúa a día de hoy. Cuenta con varias novelas publicadas: *Nepenthe* (2013), *La chica descalza en la colina de los Arándanos* (2017), *Agnus Dei* (2018), *Asuntos de muertos* (2019) y *Agujeros de Sol*. Sus relatos pueden encontrarse en diversas antologías, revistas digitales, webs editoriales, y otras páginas especializadas.